La teoría de las 12 citas de Tinder

Una novela romántica



OLIVIA KISS

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo Veinticinco
Capítulo Veintiséis
Capítulo Veintisiete
Capítulo Veintiocho
Epílogo
Nota de la autora

CAPÍTULO UNO

«Pues no entiendo que, con lo maja que eres, no tengas pareja, chica».

Vega ha llegado casi a su límite. Si vuelve a escuchar de nuevo una frase que contenga esas cinco palabras: Con-lo-maja-que-eres, comenzará a asesinar a las personas que lo digan. Bueno, pensándolo mejor ,no ejecutará el plan porque sería la mayor asesina en serie de la historia. Pero sabe que no se atrevería. Ella es del tipo de persona que nunca dice que no a un favor, aunque sepa que la persona que lo pide no se lo merece. O que se calla cuando no está de acuerdo con alguna afirmación del tipo cuñadismo.

Esta vez la mamá random del parque ha incluido en su entrometida frase un "pues si no eres nada fea", haciendo que a Vega le tiemble el párpado izquierdo.

Siempre se sienta en el mismo banco y ha aprendido la habilidad de jugar a sudokus mentalmente cuando los otros padres y madres le hablan del color de las cacas o del tan *peligroso* Bisfenol A en los envases de plástico y del color de las emociones.

El rojo. Sí, su rabia es ahora mismo del rojo sangre.

—Ya, claro, yo tampoco lo entiendo. —Vega sonríe y saca el móvil, frunciendo el ceño con interés a ver si deja de hablar.

—De verdad… —Nada, no se da por aludida—. No lo sé. Pero, ¿es porque no quieres o porque no puedes? Seguro que hay muchos chicos esperándote. Eres guapa, lista…

Claro, señora, piensa Vega, *No tengo la pareja de mi vida porque no quiero. "Ah, perdona, chico superatractivo, comprensivo, cariñoso, fiel y enamorado de mí, no quiero estar contigo. Atrás, bicho."*

—Si no es que yo no quiera… —Tampoco sabe por qué le da explicaciones, porque lo que le gustaría decir es: Métase en sus

asuntos y vaya a ver la caca de su hijo.

Y entonces ve lo que va a suceder en el futuro inmediato. Lo nota en sus ojos. Sabe exactamente qué va a decir. Tiene un conocido…

—¿Pues sabes? Tengo un amigo… Bueno, es el…

Vega desconecta su cerebro de la realidad y coloca los números en la casilla del sudoku que corresponde. Ahora mismo está aplanándose la falda con la mano y pensando que tal vez debía haberla planchado antes. Y se pregunta por qué todo el mundo intenta emparejarla. Ella ya es mayorcita.

Que si ponte las aplicaciones de ligue porque ahí hay gente normal, que si cuesta encontrarlas, pero hay… Que si tienes que salir más y emborracharte. Que si ponte más escote, así atraerás más… Que si se te va a pasar el arroz.

¡Que si os vais todos a la mierda y me dejáis en paz!, le gustaría gritarles hasta dejarlos sordos.

Desde que Vega terminó con Jacobo, su novio desde que acababa sus dieciocho, no ha vuelto a tener una pareja estable y eso que ya han pasado otras siete primaveras. Los nueve años de relación que disfrutaron fueron de lo más correctos: viajes, salidas de fiesta con amigos y solos, regalos en fechas señaladas, llamadas cuando la distancia los separaba… Vamos como si dos inteligencias artificiales y aburridas se convirtieran en personas y salieran juntas.

Incluso él era de manual. Vega estaba convencida de que le caería bien a todas las suegras del mundo: guapo, educado, con una sonrisa perfecta. Del tipo folleto de ropa de supermercado. Jacobo tenía un radar para detectar abuelitas con exceso de compra y ayudarlas a llevarla a sus casas, incluso llegaba a pararse con el coche cada vez que veía un perro en la carretera y lo dejaba a salvo. Vamos, todo un unicornio, que en este contexto, es un tío como él: un partidazo difícil de encontrar.

Vega sabía que era el hombre perfecto, pero se acabó. Esa chispa indispensable se agotó. Hubo un día en el que Vega abrió le puerta y, en lugar de ver a su novio, vio a un extraño que le caía muy bien. No notaba ni una pizca de atracción. Era evidente que tenía un cuerpo de escándalo, pero sentía lo mismo al verlo que con

el peluche de los osos amorosos que le regalaron de pequeña y todavía conservaba.

Es verdad que ha tenido algún rollo que otro con chicos de empleos anteriores, pero nada serio. Nada que pueda llamarse algo más que conocidos con derechos. Al principio de quedar puede encontrar algo interesante en ellos como una conexión en alguna afición común como la escalada o la literatura, pero al cabo de unos días, todo se esfuma. Se vuelven igual de aburridos que ver crecer la hierba.

Y entonces, vuelven los comentarios: "Ya verás como hay una media naranja para ti", "seguro que encuentras a alguien con el que compartir la vida". Y la estrella de todas: "Con lo maja que eres no entiendo que no tengas pareja".

—Seguro que congeniáis muy bien Armando Osorio y tú —insiste la mamá aleatoria del parque que apenas conoce de nada y se mete tanto en su vida. Vega se pregunta por qué le pone el apellido. ¿Será tan pijo como ella y entre pijos es normal hablarse así?

—Seguro que sí…

Vega ve a su sobrina Antonella cómo viene corriendo con una cara de, no sabe muy bien, de pícara o de urgencia. Es una mezcla.

—¡¡¡Tía, Vega!!! —dice, parándose delante de ella.

—¿Qué pasa, cariño?

—Vamos a limpiarnos que me he hecho caca y creo que he manchado todos los columpios.

Silencio. Pájaros. Críos mirando. Una pelota de goma se detiene como si respetara el momento.

Vega abre los ojos, intentando asimilar lo que le está diciendo su sobrina. Al mismo tiempo la madre de que estaba a su lado se levanta para recorrer veloz los treinta metros que la separan de sus mellizos que se están tirando por el tobogán.

Anto se encoge de hombros.

Vega se levanta también y la agarra de la mano y observa que la mamá casi acaba cayendo para rescatar a su hijo. Piensa en toallitas, el WC más cercano…

Antonella se ríe.

—Tía, no me he hecho caca.

—¿Qué dices, Anto?

—Estabas poniendo tu cara de: vaya coñazo que me está dando esta tía y he venido a salvarte. Así que vámonos. ¡Huyamos!

—¡Me encanta, Anto! ¿Sabes qué? Te voy a invitar al helado que quieras.

—Vámonos.

Antonella es única en el mundo. Vega y ella han tenido una conexión especial desde bien pequeñas. Incluso fue la pequeña la que se dio cuenta de lo harta que estaba de que le preguntaran siempre lo mismo. Una niña de tan solo ocho años parece tener más cabeza que algunos adultos.

Desde pequeña siempre ha sido como un tipo de niña que aparentaba más edad de la que tenía. A Vega le enamoró la cara de asco en la primera foto que tuvo de recién nacida. Parecía decir: me vuelvo de nuevo al vientre materno. Más tarde, tenía unos intereses raros. Muy raros. Cómo funcionaban las cosas, el tema de la muerte, del universo, de dónde vivían las Supernenas cuando no tenían nada que hacer… Tan solo decir que DMAX era su canal favorito junto con Disney.

Calaba muy bien a cada persona y niño y sabía qué decir a cada uno con tan solo 4 años. Es adorable. Pero el sarcasmo y la ironía han sido su mayor nexo de unión. Les encanta comentar cada cosa con humor. Es una conexión distinta a la que tiene con su madre, pero muy intensa. María, la cuñada de Vega, hay veces que tiene celos.

—Tía, eres la mejor. No sé qué haría sin ti.

Ambas se han pedido un helado de Nutella y, cada vez que dan una cucharada, se les ponen los ojos en blanco. Lo disfrutan mientras observan a la gente pasear por el centro comercial y comentan cada personaje que les llama la atención.

—No cambies nunca, Anto. La vida es mejor si te la tomas con humor.

—Y no te preocupes por mañana. Nos vamos a reír también mucho. ¿Vale?

—¿A qué te refieres, pequeña? ¿En mi cumpleaños? Claro que nos vamos a reír—. Vega le limpia un poco de chocolate que se le ha quedado en la comisura.

—Vamos a hacer un truco. Cada vez que te digan algo sobre tus novios o que se te pase el arroz, tenemos que decir la palabra culo en la siguiente frase que digamos.

—¡Eres única, pequeña!

—La verdad es que sí —dice entre bocado y bocado. Vega le acaricia el pelo, pensando que se siente más comprendida por ella, que por los demás—. ¿Te puedo hacer una pregunta, tía?

—Sí, cariño.

—Es que, es muy personal.

A Vega le sigue sorprendiendo el nivel de madurez que puede llegar a tener esa niña.

—No te preocupes.

—Es que…

—¡Va, Anto! Que tenemos confianza.

—Bueno, te lo pregunto. Con lo maja que eres, ¿por qué no tienes novio? —bromea, casi atragantándose con el helado de chocolate.

Vega se le echa encima para hacerle cosquillas en la barriga.

—¡Ahora sí que te vas a hacer caca de verdad!

Y continúa la pelea de cosquillas.

CAPÍTULO DOS

Inmensa. Cúbica. Limpia. Recta. Minimalista.

Todos esos adjetivos describen a la perfección la casa donde vive el hermano de Vega. Es como sacada de una de esas revistas en las que las modelos parecen tener hambre, cara de asco y aires de superioridad a partes iguales.

Cada detalle está calculado al milímetro, como si lo hubiera diseñado un algoritmo. De hecho, la casa ha sido alquilada más de una vez para grabar escenas de películas. Sí, de esas que ponen en los festivales donde la gente finge entenderlas.

La culpable de tanta perfección (o frialdad, según Vega) es María, su cuñada. La arquitecta más reputada de la zona, que además es la zona pija deluxe.

Todo el mundo comenta, con esa voz bajita de las críticas disfrazadas de halagos, lo "majos y normales" que son, teniendo en cuenta que sus amigos ganan más de cinco cifras al mes. Pero, para sorpresa general, no son tan pijos como aparentan. Usan el dinero a su favor, no como correa al cuello.

Martín, el hermano de Vega, trabaja en el sector inmobiliario de lujo, pero siempre ha mantenido los valores intactos sin darle más importancia a la riqueza de la que tiene. Lo mismo negocia con el mismísimo Amancio Ortega que se toma una caña con Paco, el del bar de la esquina en Móstoles.

Siempre ha tenido esa habilidad de caer bien a todo el mundo, incluso a los que no soportan a nadie. Alto, con ese look de ejecutivo relajado —camisa blanca arremangada, sonrisa honesta— y una capacidad asombrosa para no mancharse nunca de salsa.

Vega llega a la casa con el ceño fruncido. Es su gesto por defecto. Nada más cruzar la puerta, una niña de ocho años le salta encima con un abrazo de koala.

—¡Tía Vega! ¡Recuerda el juego de la palabra culo! —le susurra Antonella al oído con tono de conspiración— Comenzaré yo.

Vega asiente y le devuelve otro abrazo gigante.

María aparece al fondo con un poncho de esos que parecen sacos de patatas de diseño.

—Lo vi en Primark y me enamoré. Es monísimo, ¿verdad?

—Absolutamente boho-chic —responde Vega, conteniendo la risa.

Martín también se acerca y la abraza con cariño.

—¡Ya era hora! Estás más ocupada que el presidente del Gobierno.

—¿Yo? Creo que te estás equivocando. Si me alegro cuando tengo que regar las plantas por tener alguna tarea que hacer.

—Ya será menos, hermanita —dice Martín, revolviéndole el pelo a Vega como cuando eran pequeños. A ella le gusta el gesto, pero, coño, la ha despeinado.

Vega observa la mesa. Parece un banquete de boda: centros de flores, vajilla a juego, velas aromáticas… hasta los canapés están alineados en escuadra.

—María, ¿hay algo que se te dé mal? Te juro que quiero agradecértelo.

Los invitados empiezan a llegar. Entre ellos, la temida pareja: Román y Lilián. Vega ha coincidido en algún que otro cumpleaños con ellos.

Abogados ambos, especialistas en quejarse. Se nota que no se soportan, pero se empeñan en fingir lo contrario. Román habla como si estuviera en un juicio y Lilián lo mira como si quisiera declararlo culpable de todos sus males. Aunque a Vega siempre le ha caído bien Lilián, piensa que su vida sería mejor sin Roman. Tienen dos hijas mellizas que parecen sacadas de un catálogo de ropa cara. Antonella las odia con toda su alma.

En el picoteo todo son sonrisas. Vega sabe que en toda reunión social comienza la ronda preguntas: Sobre el trabajo, familia, proyectos…

—¡Cuánto tiempo, Vega! —dice Román, mientras se lleva un trozo de tortilla de patatas con trufa de Teruel a la boca.

Al mismo tiempo Vega observa que Chris, su mejor amigo y el de su hermano, entra con el móvil pegado en la oreja. Llega tarde, por supuesto. Anda siempre con aires de, haga lo que haga no me esfuerzo y aun así caigo bien a todos. Es lo que tiene ser guapo y atractivo, piensa Vega. Nació con una flor en el culo.

—Sí, creo que no te veo desde el cumpleaños de Anto —le responde a Román.

—Toda la razón, hará un par de meses —responde, pero esta vez con la boca llena—. Veo que estás mucho mejor físicamente.

Román la mira de arriba a abajo inspeccionándola, lo que hace que el rabillo del ojo de su mujer vibre con tensión.

—Pues tampoco mucho. Un poco de pesas en casa con algún vídeo de Youtube.

—Yo hago pesas —dice con aún comida en la boca—. Y ya levanto 90 kilos en peso muerto.

Vega analiza la información que le ha dado y llega a la conclusión que le importa una mierda. Ella sonríe y no piensa contestar. Mira alrededor a ver si alguien, con suerte, se está atragantando.

—Deberías apuntarte. Allí hay muchos chicos…

—¡Tía! —interrumpe Anto providencial. Vega hace como si no hubiera escuchado nada. Es la antesala. Se unen al corrillo María y su hermano.

—¡Anto! —La eleva con un abrazo dándole vueltas.

—No paraba de preguntar que cuándo venía su tía —dice Martín.

—¡Es que la quiero mucho!

Chris se acerca después de hablar por teléfono, con el aire chulesco que le caracteriza.

—Perdonad, pero es que tenía que cerrar una operación —dice, guiñándole un ojo a Vega. Lo más seguro es que haya cerrado alguna cita o dos—. Ven aquí, trozo de tocino y dale un abrazo a tu mejor amigo. Felicidades, requesona.

—Muchas gracias, torreznete. Gracias por malgastar tu tiempo sin poder acostarte con más tías.

—Es un detalle que te des cuenta. Es casi como un regalo, pero no te preocupes, luego he quedado con la dependienta de Druni que me ha ayudado a comprarte esto.

Vega agarra la bolsa con una sonrisa de agradecimiento. No es de expresar mucho en palabras sus emociones.

—En serio, ¿con la dependienta de una perfumería?

—Es que… —Román pone los ojos en blanco y absorbe por la nariz—. Huelen tan bien…

—Es que… eres tan idiota —responde ella.

Se funden en un abrazo sincero. Vega huele su aroma de bergamota y almizcle.

Chris y Vega se conocen desde la adolescencia cuando se convirtieron en vecinos.

—Que sepas que muchas mujeres pagarían por darme un abrazo —bromea levantando el dedo.

Chris saluda al resto que sonríen como agradecidos por haberles dedicado unos segundos. No puede entender ese aura de *bienqueda.*

—Vega, ¿cómo es posible que sigas soltera? —pregunta Román en mitad del picoteo—. Estás muy buena, eres lista y divertida. Ya no hay tías así.

Todos se quedan un poco extrañados por la elección de las palabras y la insistencia. Hasta su mujer emite un carraspeo bastante sonoro. A Vega se le queda la cara del emoticono que muestra una sonrisa nerviosa. Aunque ella solía confundirlo con una amplia sonrisa graciosa, hasta que Chris se lo dijo en una de las interminables conversaciones por WhatsApp

—Digo que no hay chicas así, solteras —matiza Román.

Vega escucha un susurro que sale de la boca de Chris que dice algo así como: "igual es que no tiene pareja porque no quiere aguantar a tipos como tú". Pero tampoco está segura de lo que oye. Román la vuelve a mirar. Una pelota se le forma en la boca del estómago.

—¡No veas cómo me pica el culo! —grita Anto, rompiendo la tensión al comenzar el juego secreto entre tía y sobrina.

—¡Anto! —dice su madre.

—¡Es broma! —Se ríe y se va a por patatas fritas.

—Conozco a alguien que acaba de separarse… Seguro que os lleváis bien —insiste Román.

—Qué sorpresa —responde Vega—. ¿También le gusta el hummus ecológico y las criptomonedas?

—¡Sí!

Responde emocionado sin captar la ironía.

Vega está a un comentario de mandarlo a la mierda. Ella nunca es de discutir, pero cuando lo hace es como si una presa se rompiera y arrasara todo a su paso. No sabe qué puede salir de su boca. Y, lo que faltaba, Vega observa cómo Román se está relamiendo, mirándole el escote. Aprieta su puño y abre la boca para hablar, pero Chris la interrumpe poniendo la mano para que no hable.

—Román. Sabes que cada uno puede hacer con su vida lo que quiera. ¿No? Hay estudios que dicen que la gente que se mete con la vida de los demás, es porque en la suya propia tiene muchísima carencia e intenta controlar lo que hacen los demás. No digo que sea el caso, pero puedes herir o molestar a la gente.

Cuando Chris habla, nadie pone un pero. Todo el mundo respeta su turno de palabra.

—No, yo… no.

—Siempre hay que mirar el contexto de cada persona y si a ella no le apetece tener pareja, será por algo. Todo el mundo tiene sus motivos para actuar como actúa. No es que esté defendiendo a Vega, solo estoy dando mi opinión.

Sí, la está defendiendo justo en un momento que ella iba a explotar.

—No me he dado cuenta… —responde Román.

—¿Sabes? Cuando un perro pasea por la calle y caga lo hace sin malicia, pero cuando tú pisas la mierda se te queda el olor. Y en ningún momento ha habido una mala intención.

Un silencio incómodo se queda flotando por la fiesta. Solo se mueven algunas mandíbulas masticando los aperitivos. Pero Chris se levanta frunciendo el ceño mirando al plato de jamón.

—¡Oh! ¡Sí, nena! ¡Cómo me gusta el jamón! —grita, rompiendo el silencio incómodo.

Luego continúa contando anécdotas y volviendo a crear un ambiente como él sabe crear. Parece un dj de reuniones controlando cada tiempo.

La fiesta transcurre sin más sobresaltos gracias a Chris, que sabe cómo mantener a flote hasta el Titanic si le pones una copa de vino en la mano. Vega, por su parte, se dedica a rescatar a su sobrina de las garras de las gemelas demoníacas, que esta vez han venido con peinados idénticos y vestidos a juego, como si fueran las villanas de una serie de Netflix.

Más tarde, llega el momento de la tarta. Una de chocolate negro con frutos rojos y crema de mascarpone que, según María, es de una pastelería artesana "de autor". Román y Lilián la rechazan con cara de mártires nutricionales, alegando que tiene "demasiado azúcar". Pero sus hijas no opinan lo mismo: para cuando sus padres acaban de recitar el valor calórico del postre, las dos ya tienen la cara llena de crema y compiten por ver cuál mete la cabeza más hondo en el pastel.

Vega no puede evitar reírse. En ese instante, se gira hacia Chris. Él no dice nada, pero le guiña un ojo desde el otro lado de la mesa. Ella asiente, apenas un movimiento de cabeza, pero cargado de gratitud. A veces no hace falta más que eso. Un gesto pequeño. Pero muy simbólico.

Y justo así, con la boca todavía llena de tarta y el corazón un poco más ligero, Vega piensa que, si algún día escribe un libro sobre su vida, debería incluir un capítulo solo para las fiestas que casi acaban en crimen, pero que terminan salvadas por un tío que huele a bergamota y sabe cuándo callar a un idiota.

CAPÍTULO TRES

20 años antes. Chris.

«Es por un motivo laboral el que tengamos que mudarnos». Esa frase le retumbaba en la cabeza a Chris como una maldición. Era lo único que sus padres le habían dicho cuando anunciaron, sin previo aviso y sin consultar nada, que dejarían atrás su vida en la gran ciudad para trasladarse a un pueblo de Valencia. Chris acababa de cumplir quince años y lo único que sentía era una mezcla de rabia y resignación.

Ni una sola vez le preguntaron cómo se sentía con la idea de abandonar a sus amigos, su instituto, su barrio, su rutina. Ni una palabra sobre lo que significaba para él dejar atrás a Cyntia. Ella, la compañera de clase de los rizos rubios y la risa contagiosa. La que hacía que su corazón diera un salto cada vez que se sentaba a su lado. Tenía pensado pedirle salir. Ya se había armado de valor —algo que no era fácil en él, porque aunque ahora nadie lo diría, Chris era tímido. Muy tímido— y estaba casi seguro de que esos rizos podrían ser suyos si lograba decirle las palabras adecuadas.

Pero ya no. Ahora todo eso quedaba a casi cuatrocientos kilómetros.

Un golpe seco contra el bordillo lo sacó de sus pensamientos.

—¡Joder! —espetó mientras recogía el disco de hockey, que había salido disparado tras impactar con rabia.

Estaba solo en la calle, bajo un cielo de verano despejado que no lograba despejarle el ánimo.

Empuñaba un stick de hockey que había traído de su antigua casa como si fuera su única conexión con la vida que le habían arrebatado. Lo usaba para golpear con furia contra piedras, latas, el bordillo, lo que fuera. Necesitaba sacar toda la rabia acumulada. Todo ese asco que sentía por el cambio, por el silencio de sus padres, por la forma en que se lo habían soltado como si nada.

Su padre había conseguido un contrato para desarrollar un macroproyecto urbanístico: un nuevo polígono industrial que, según sus propias palabras, «pondría en el mapa» a ese pueblo perdido de Valencia. Un proyecto que le absorbería durante, mínimo, diez años. Una década entera dedicada a eso.

—Y yo aquí, pudriéndome en este sitio de mierda —murmuró Chris entre dientes, apretando el stick con fuerza hasta que le dolieron los dedos.

El eco de su frase rebotó entre las paredes de las casas y calles vacías de aquel pueblo. Él no era de ahí. No quería serlo. Pero nadie le había preguntado.

—¡Eh, tú! —dijo una voz femenina desde la acera de enfrente.

Chris se giró con desgana, el stick aún apoyado contra su muslo. Una chica morena, de melena recta como cortada a cuchillo —rollo Cleopatra— lo observaba con los brazos cruzados y la cabeza ladeada, como si llevara rato evaluando el espectáculo.

Tenía la piel clara, casi traslúcida, lo que le resultó extraño siendo pleno agosto en Valencia. Ni rastro de moreno playero. Esa chica no era de las que pasaban la tarde en la piscina mirándose las uñas como si fuera lo más importante en la vida. No. Era otra cosa.

Él, en cambio, no estaba para socializar. Hablar con desconocidos no era lo suyo. Se le atragantaban las palabras. Aunque por fuera pareciera ese tipo interesante de mirada intensa, un híbrido entre James Dean y adolescente medio frustrado, por dentro se sentía una especie de tortuga social. Así que bajó la mirada, recogió el puck del suelo y le dio la espalda sin decir nada.

—Me parece que golpeando ese trozo de plástico no se van a ir los problemas —insistió la voz, esta vez más cerca.

Chris levantó la vista, un poco a regañadientes. La chica se había cruzado de acera y se plantaba a apenas dos metros de él. Lo miraba como si ya se conocieran de antes. Como si supiera algo que él no.

—Puck —dijo él en voz baja.

La chica entrecerró los ojos.

—¿Estás diciendo que me jodan? —preguntó, arqueando una ceja, sin moverse ni un centímetro.

Chris parpadeó. No se lo esperaba. Pero lo que más lo descolocó fue otra cosa: su olor. Un perfume floral y cálido le llegó de golpe, mezclado con el calor del atardecer. Jazmín. Como el que cubría la verja del chalet de sus abuelos en Granada. Ese olor que anunciaba que el verano estaba en su punto exacto, cuando las noches eran para quedarse despierto sin motivo.

—No he dicho «fuck». He dicho que el trozo de plástico se llama puck —aclaró, tragando saliva.

Ella lo miró unos segundos más, como calibrando si creerle o no.

—¡Anda! Pero si hablas perfectamente castellano. Pensé que eras otro guiri de esos que vienen aquí a comer jamón, emborracharse y molestar a las abuelas que sacan la silla a la calle.

Chris esbozó una media sonrisa. Primera del día, probablemente.

—Pues soy más español que la tortilla de patata —contestó.

Ella se rió. Tenía una risa espontánea, sin filtros, que le vibró en el pecho.

—Me llamo Vega —dijo de golpe, como si acabara de acordarse. Dio dos pasos rápidos hacia él y, sin darle tiempo a reaccionar, se inclinó y le plantó dos besos. Uno en cada mejilla. Como si eso fuera lo más normal del mundo.

Chris se quedó inmóvil, como si le hubieran dado un calambrazo. Sentía todavía el cosquilleo en la cara cuando ella se apartó.

—Pensé que, con ese pelo rubio y los ojos claros, eras inglés. O americano.

—Mi padre es canadiense y mi madre española —respondió, aún con el calor en las mejillas—. Pero nací en el sur. En Almería.

—Vaya mezcla. ¿Y te han castigado mandándote aquí?

—Más o menos —dijo él, bajando la mirada al stick—. Proyecto familiar. Diez años de obras. Y yo sin escapatoria.

—Bienvenido al club —contestó Vega, mirándolo de arriba abajo con curiosidad renovada—. Aquí todos estamos atrapados por algo.

Y por primera vez en días, Chris sintió algo que se parecía peligrosamente a la intriga.

—Lo que me va bien a mí para olvidarme de los problemas son los retos.

—¿Cómo? —preguntó Chris, apoyando el stick en el suelo como si fuera una espada medieval.

—Espera.

Vega cruzó la calle con decisión y se acercó a una papelera. Rebuscó unos segundos y volvió con dos botes vacíos de Fanta naranja. Los colocó con precisión sobre el bordillo, bastante separados el uno del otro, como si fuera una arquera preparando un duelo.

Luego se plantó delante de Chris, le arrebató el stick con un tirón sorprendentemente firme y recogió del suelo el disco. Lo colocó frente a uno de los botes, a unos cinco metros de distancia.

—Te reto a que el primero que le dé al bote con el… puck —pronunció la palabra con los ojos en blanco y tono de burla— tendrá que pasear al otro por todo el pueblo... con una correa en el cuello. Como si fuera un perrito. Y hacer que mea en cada árbol.

Chris la miró como si estuviera loca.

—Estás pirada —dijo, negando con la cabeza y alzando una ceja mientras retomaba el stick.

—No sabía que eras un rajado.

—No soy un rajado.

—Dame una oportunidad. Si te olvidas de tus problemas aunque sea un rato y luego los ves con otra cara, habrá valido la pena. ¿No?

Chris dudó. Había algo en ella que lo descolocaba. Su energía. Su desparpajo. Y, en el fondo, él tenía las de ganar: llevaba años practicando hockey. Su padre, canadiense y obsesionado con ese deporte, prácticamente lo había criado con un stick en la mano. Vega ni siquiera sabía cómo se llamaba el disco. Sería divertido verla arrastrando una correa por el pueblo. Incluso le pediría que ladrara.

Solo de imaginarlo, se le escapó una sonrisa.

—Tú primero —dijo, ofreciéndole el stick.

—No. Tú.

Chris lo sostuvo con ambas manos. Tomó aire. Colocó los pies. Apuntó. Y golpeó con seguridad. El puck pasó rozando el bote.

—¡Casi! —dijo él, con una media sonrisa de veterano.

—Sí, sí. Casi, dice el campeón.

Vega tomó el stick con decisión. Se colocó seria, pies bien plantados, cuerpo concentrado. Frunció el ceño como si estuviera en un torneo. Golpeó. El puck pasó tan cerca que el bote se movió ligeramente por el aire que desplazó.

Chris abrió los ojos como platos.

—No... No puede...

—Sí puede ser, Chris —respondió entre risas—. No tengo ni idea de hockey, pero estás hablando con la campeona regional de mi categoría... en golf. —Le guiñó un ojo. A Chris le encantó el gesto—. ¡Guau, guau! —añadió, pasándole el stick.

—No...

—¡Venga! ¡Tira!

Chris notaba cómo le latía la sien. Imaginó la escena: él, el nuevo, paseando por el pueblo con una correa sostenida por una chica. Qué vergüenza. Se concentró. Tomó aire. Y disparó.

El disco voló... varios centímetros por encima del bote.

Instintivamente apretó los párpados, como si pudiera deshacer el disparo.

Vega se echó a reír.

—¡Anda con el canadiense!

—¡Soy español! —protestó, resignado.

—¿Ready?

Chris entrecerró los ojos mientras ella se colocaba con parsimonia. Levantó el stick. Apuntó. Y justo antes de golpear, se giró hacia él.

—¿A que ya no estás pensando en tus problemas, Chris?

Él levantó los ojos, confuso. Tuvo que esforzarse para recordar qué era lo que le preocupaba antes. Se rió. Ella tenía razón. Y aunque estaba a punto de perder... se lo estaba pasando bien. Demasiado bien.

—¡Nooooo! —gritó cuando vio el puck impactar de lleno en el bote.

—¡Síííí! —saltó Vega, levantando los brazos como si hubiera ganado el Mundial.

Chris se llevó las manos a la cabeza. Había perdido. Pero aún no sabía que acababa de ganar algo más importante: una chica que estaba a punto de poner su mundo patas arriba.

CAPÍTULO CUATRO

AirPods, música house, ropa interior cómoda y una camiseta ancha. Vega danza por el comedor con una copa de vino blanco en la mano, cerrando los ojos como si el mundo se hubiera desvanecido. Es su ritual. Su forma de resetearse. De espantar los demonios que a veces se le instalan entre las costillas.

La base electrónica de *Black Coffee* la envuelve, la atraviesa, la sostiene. En ese instante se siente etérea, flotante, como si pudiese escapar de todo lo que la retiene en tierra. Como si pudiera dejar de ser Vega, la analista de datos, la que siempre responde con una sonrisa, la que dice que está bien aunque tenga el alma hecha trizas.

Pero esta vez hay algo que no puede sacudirse del todo. Las palabras que Román le dijo se le quedaron adheridas a la piel.

Vega no le dio importancia en el momento. Se rió, como siempre. Pero ahora, con el vino en el cuerpo y la música a todo volumen, las palabras hacen eco. ¡Pam! Pam-pam. Justo en el pecho.

Porque tiene razón. Maldito Román. Tiene razón.

Lo que Vega echa de menos no es el sexo ni las mariposas. Es la cotidianeidad. La rutina compartida. El sentarse en el sofá a ver una serie sin que importe si uno de los dos se duerme. El comprar juntos pan para hacer tostadas el domingo. Alguien con quien perder el tiempo. O ganarlo. Según se mire.

Gira sobre sí misma, con los brazos extendidos como si volara, cuando de pronto… ¡PUM!

—¡AAAAH!—grita, cayendo de rodillas al suelo, con el corazón en la garganta.

—Tranquila, melocontocita. Solo soy yo.

Vega se lleva la mano al pecho, sin aliento.

—¡Joder, Chris! ¡Casi me matas del susto!

Chris, apoyado en el marco de la puerta con una bolsa de palomitas en la mano, la mira divertido.

—¿Desde cuándo tengo que avisarte para entrar a tu casa?

—Desde que decidiste que querías protagonizar una escena de peli de terror.

Chris se encoge de hombros y deja la bolsa sobre la mesa.

—Tú tienes mis llaves. Yo tengo las tuyas. Es lo que hacen los amigos de verdad. Como los espías. O los amantes. Pero sin sexo. Lo nuestro es puro.

—Puro trauma el que me acabas de causar.

Chris se sienta en el sofá con total naturalidad y saca su móvil. Vega, con la copa de vino en la mano, sigue de pie intentando recuperar el ritmo de su respiración.

—Anda, pues el Román ese sí que tiene razón —dice él sin levantar la vista del móvil—. Te estás poniendo muy buena, mascarponcilla.

Vega le lanza un cojín que Chris esquiva por los pelos.

—Eres idiota.

—Tú empezaste con lo de los motes comestibles. No me mires así.

—No recuerdo por qué empezamos con eso.

—Yo sí. Fue la vez que te comiste medio tiramisú tú sola y me dijiste que si no te sacaba de casa te ibas a convertir en una bola dulce. Te llamé mascarpone y desde entonces ya no hay marcha atrás.

Vega se sienta a su lado, dándole un sorbo largo al vino.

—No me mires con esa cara de terapeuta amateur. No estoy mal.

—Tú nunca estás mal. Tú solo "procesas" cosas. ¡Ay, Vega! Ojalá dejaras de pensar tanto.

—Bueno… hay algo…

—No hace falta que lo digas. Yo ya lo sé.

—Ya está el listo. A ver, dime.

—Son muchos años los que te conozco, Vega. Eres como mi hermanita pequeña.

—¡Pero si solo nos llevamos un par de meses!

—Sí, pero siempre te cuidaré.

Ella le coge el brazo y lo acaricia suave. Como devolviendo el hecho de que se sienta protegida. Acompañada en esta vida.

—Y por eso sé que, aunque eres independiente, echas de menos compartir la vida con alguien —continua Chris—. Tener a una persona que cuando veas un perro ridículo con un *pirri* en la cabeza le envíes una foto diciendo que esos dueños tendrían que morirse o simplemente escribirle que un día que tienes agujetas lo vas a pasar mal.

Vega agacha la cabeza pensativa. Se ha imaginado esa escena.

—Pero para eso ya te tengo a ti.

—Ya, tartita, pero no es lo mismo. Nosotros solo somos amigos y podemos, incluso, estar tiempo sin hablarnos. Con pareja, no. Formaría parte de tu vida.

—Nunca lo había dicho, pero sí, tienes razón. Gracias.

Chris la abraza y ella guarda su cara en su pecho. Piensa que tiene suerte de tenerlo como amigo.

—Y por eso te voy a ayudar.

—Chris, no necesito ayuda para eso.

—Te reto.

—No jodas. Sabes que no me puedo resistir a un reto —dice poniendo los ojos en blanco. Él sonríe medio de lado.

—Es lo que hay.

—Acepto el reto. De qué se trata.

—Muy sencillo. Según varios estudios de universidades prestigiosas como Harvard y Stanford, existe una teoría para encontrar el amor.

—Te has inventado lo de los estudios, ¿no? —pregunta Vega levantando una ceja.

—Por supuesto. En realidad lo vi en un reel de Instagram, pero muchos de los comentarios que tenía esa publicación decían que era cierto.

—¿Y cuál es esa teoría?

—Que, para encontrar el amor, debes tener doce citas en Tinder.

—¿¿¿Qué??? Paso, morcillo —responde ella.

—Ah, no sabía que eras una rajada.

—No soy una rajada. Eres un idiota, ¿sabes?

—Lo sé —responde él—. Y también sé que vas a aceptar. Sé que no es lo tuyo, pero la cuestión es que, debes de pasar esas citas para desbloquear el amor. Para ello, tienes que hacer todo lo que yo te diga y seguir el plan que voy a trazar.

Vega resopla y le da un trago al vino que le ayuda a pasar otro trago que tiene que aceptar. Ella estaba en contra de las aplicaciones de citas. Se negaba a una experiencia tan fría para conocer a alguien. Se perdía la magia de las primeras citas. Acercarte a alguien y entablar conversación sin haber visto antes una foto en Camboya o saber que le gusta salir a correr y que odia las mentiras, como si a alguien le encantaran.

—¿Aceptas el reto?

—¡Ah! Vale, acepto, pero si no lo encuentro a partir de la cita doce, tendrás que ir vestido durante una semana con la ropa que yo te elija.

Chris traga saliva y extiende la mano para cerrar el trato. Ambos sacuden la mano con firmeza y mirándose a la cara con la tensión de no saber qué va a pasar.

—Trato hecho, salmoreja.

—Trato hecho, longanizo.

—¡Pues comencemos!

Chris se levanta y comienza unos estiramientos como si fuera a realizar un ejercicio exigente de gimnasia, se quita la camiseta y comienza a lanzar unos puños al aire como si fuera un boxeador. Vega observa como ha esculpido su cuerpo a diario en el gimnasio, se le van los ojos a los abdominales inferiores y piensa que es normal que sea irresistible para el tipo de chicas que suele conocer. Ellas son como influencers de ropa deportiva, culos prietos cintura de avispa y unas tetas tan firmes que no se moverían ni en un terremoto de siete en la escala Richter.

—¡Eh, tú! Que se te van los ojos… —dice Chris.

—Estaba pensando en qué chica tan idiota podría querer estar contigo más de media hora por la cantidad de tonterías que haces al

día.

—Muchas. Pero, también te digo que con media hora me sobra. —Chris le guiña un ojo. Ella resopla—. A lo que vamos. Trae el móvil para acá.

Chris lo coge de la mesita donde está cargando y lo enfoca a su cara para desbloquearlo.

—¡Oye! Un poco de intimidad. Que es mi móvil.

—¡Calla, garbancita! Veamos… Bajamos la aplicación…. Ahora abrimos una cuenta… Te vas a llamar… Vega Suave… tienes 35 años…

—¿Qué? Vega Suave…

—Sí, algo misterioso, pero no guarro para no espantar a los que realmente te interesan. Que no todo sean pollas listas para follarte.

—¡Chris! ¡Esa boca!

—¡Uy! Ahora nos vamos a espantar por decir polla. A lo que vamos… Te gusta el deporte, no fumas, bebes todos los días a menudo, un poco borracha…

—¡Eh!

—Es broma… Sigo: bebes ocasionalmente, no tienes hijos, pero no te cierras a tenerlos, te gusta leer, viajar y conocer gente.

—Bieeeen. Sigue —dice mientras observa no sabiendo muy bien dónde se mete.

—Tipo de relación que quieres… Estable, pero no te cierras a citas esporádicas.

—¡No!

—Vamos a ver, el objetivo es tener doce citas y cuando acabes con eso encontrarás el amor. No doce novios estables. Si fuera así, te harías vieja.

—Vaaaale. Ponlo.

—Hecho. Y ahora tu biografía —dice Chris, concentrado.

—Vale, pero pon algo que no suene a que estoy desesperada por encontrar el amor. Ni mística. Ni cursi. Ni demasiado intensa. Ni muy graciosa. Bueno, graciosa un poco sí… —Vega se queda en silencio—. Olvídalo, no pongas nada.

—Eso es peor. Si no pones bio, pareces un bot o una espía rusa.

—Bueno, tal vez quiero parecer una espía rusa. Nadie da match con una espía rusa, y así me ahorro los babosos.

—O todo lo contrario. ¿Tú sabes la de tíos que tienen fantasías con espías? Voy a poner algo sutil, pero potente.

Chris se queda unos segundos tecleando y luego lee en voz alta:

—"No busco a mi media naranja porque ya estoy entera, pero si tienes buen pan y aceite, hablamos."

Vega suelta una carcajada.

—Eres un genio, pero me da miedo lo que puede atraer eso.

—Al menos no puse lo de "sapiosexual" o "buscando a alguien que me haga reír".

—Uf, eso es criminal. Igual que los que dicen que "si no sabes lo que quieres, sigue de largo". A ver, Manolo, ¡yo tampoco sé lo que quiero y aquí estoy!

—O los que ponen: "abstenerse locas".

—Ajá. Traducción: "tengo el apego emocional de un taburete".

Ambos se ríen y Chris termina de subir tres fotos de Vega: una en la playa con gafas de sol, otra con su sobrina (le recorta a la niña porque no va a exponerla a los babosos de internet) y una en blanco y negro que ella odia pero que a él le encanta porque dice que sale con cara de "no necesito a nadie, pero te aguanto si traes vino".

—Listo. Ya está tu perfil activado —anuncia Chris, levantando las manos como si hubiera ganado un trofeo.

—No sé si darte las gracias o denunciarte por suplantación de identidad.

—Me conformo con que no me tires otro cojín. Y ahora, prepárate para lo que viene.

—¿Qué viene? —pregunta Vega, con una ceja arqueada.

—El desfile de personajes. La fauna autóctona de Tinderlandia. Bienvenida al zoo.

—¿Esto cuenta como experimento antropológico?

—Totalmente. Vas a conocer a señores que se describen como "emprendedores" pero venden vitaminas piramidales, poetas que

viven con sus padres y te mandan audios de seis minutos, y lo peor de todo: tíos que se hacen fotos en el espejo del gimnasio enseñando abdominales que nadie pidió.

—No me lo pintas muy atractivo, ¿eh?

—Pero de eso va el juego. Aguanta doce citas. Solo doce. Como un videojuego. Cada una es un nivel.

—¿Y si en el nivel seis me da un chungo emocional?

—Te revivo con un bocata de jamón y una copa de albariño.

Vega lo mira, divertida y resignada.

—Vale. Nivel uno, ¿cuándo empiezo?

Chris coge su móvil y hace sonar una fanfarria con su app de sonidos.

—¡Empiezas… mañana! Ya tienes tres matches.

—¿Perdona?

—¡Tú a dormir! Yo gestiono los primeros pasos. Mañana te explico cómo va a ser la cita.

—¿Cómo que tú gestionas?

—Lo firmaste, garbancita. "Harás todo lo que yo diga". Está en el contrato verbal sellado con vino y longaniza.

Vega le lanza una mirada asesina mientras Chris ya se ha puesto cómodo en el sofá, comiendo palomitas con la satisfacción de un guionista del caos.

—Esto va a acabar mal.

—Esto va a ser legendario —corrige él.

Y por primera vez en mucho tiempo, Vega siente una mezcla de miedo y emoción. Porque quizá, solo quizá… en la cita número doce, haya algo más que un match. Aunque de momento, le preocupa sobrevivir a la uno.

CAPÍTULO CINCO

El informe semanal sobre los niveles de colesterol en pacientes españoles debería resultarle apasionante. De verdad. Vega intenta convencer a su cerebro de que hacer consultas SQL sobre miles de datos biométricos tiene su punto. Pero no cuela. El cerebro está a otra cosa. Concretamente, en el bolsillo derecho de su vaquero, vibrando cada cinco minutos como si fuese un perrito emocionado por salir a pasear.

Cinco matches.

Ayer eran tres, y ya le parecía un récord. Hoy son cinco. Aunque uno es claramente un abuelo que ha pulsado like sin querer. Otro está en plena adolescencia y probablemente aún colecciona cartas Pokémon. Y un tercero se define como "artista de la conservación", lo cual suena poético hasta que lees su bio: Taxidermista. Especializado en aves. No me gusta el sol.

El cuarto parecía prometedor. Se hacía llamar Arturo Schopenhauer. Tenía nivel para escribir el nombre sin faltas y, más impactante todavía, utilizaba correctamente los signos de interrogación de apertura. Vega, que es muy de fijarse en los detalles, lo consideró digno de conversación.

Hasta que ocurrió esto:

Arturo Schopenhauer: ¡Hola! ¿Qué tal?

Vega Suave: Bieeen, ¿y tú?

Arturo Schopenhauer: Nada, aquí con Lina…

Vega Suave: ¿Quién es Lina?, ¿una gatita?

Arturo Schopenhauer: Parecido… ¿quieres que te la enseñe?

Vega Suave: ¡Me encantaría!

Arturo Schopenhauer: Esta es Lina, mi polla con gabardina.

Foto polla.

Cierre de app.

Ganas de vivir en una cueva: activadas.

Vale. La teoría de las doce citas suena ahora más a penitencia que a experimento romántico. Pero quedan dos matches que no han mandado genitales envueltos ni se llaman como filósofos suicidas. Uno es profe de instituto con pinta de haber escrito poemas tristes en servilletas. El otro, argentino, tiene una cafetería en el centro de Valencia y fotos con expresiones tipo "a este tío le debes pedir café y consejo espiritual".

Vega, que no es tonta, lanza su pregunta filtro habitual:

—Si tuviéramos una cita esta tarde, ¿dónde me llevarías?

El argentino contesta:

«Un paseo por el centro, música suave y una tabla de quesos. El buen queso es una forma de decir te quiero sin palabras.»

Lo tiene. ¡Un hombre que respeta los signos de puntuación y el queso!

CITA 1

Sale del trabajo con una sonrisa tímida y ese cosquilleo incómodo de primera cita que ya tenía olvidado. Se pone un vestido sencillo, coleta alta y perfume discreto. Nada de escotes, nada de expectativas. Solo un paseo. Solo queso.

Y el argentino —se llama Matías, por cierto— no decepciona. Tiene una voz pausada, con ese acento que convierte cualquier cosa en una canción, y unos ojos que parecen haber visto más de lo que cuenta. Pasean por el centro, entre luces cálidas y callejones que huelen a historia. Hablan de la sencillez de la vida, de cómo hay que cuidar las relaciones como si fueran plantas, con mimo, agua y buena tierra. Vega bromea diciendo que sus plantas siempre mueren y él le roza la mano al responder:

—Entonces te falta el jardinero adecuado.

Y ella se ríe. Porque le gusta. Porque de verdad, le gusta. Matías habla con calma, le presta atención, no interrumpe. Hasta le gusta cómo gesticula. Por un momento, piensa que a lo mejor no hacen falta doce citas.

A lo mejor solo hacía falta una.

Están sentados en una terraza. Una copa de vino blanco. Una tabla con quesos olorosos. Vega siente que se está ablandando. Y justo cuando decide dar el paso y besarlo, escucha el sonido del móvil de él.

—Perdona —dice Matías con una sonrisa amable.

Contesta.

—Hola, amor… sí… ya estoy acabando. ¿Los niños ya cenaron? Dale un beso a Sofi… yo también te quiero.

Silencio.

Vega deja la copa sobre la mesa como si fuera nitroglicerina.

—¿Amor? —pregunta, sin quitarle los ojos de encima.

Él baja el teléfono con calma, como quien acaba de decir que ha encontrado un euro en el suelo.

—Ah, ¿no te lo conté? Estoy casado.

—¿Casado-casado o en plan «mi ex vive aún en casa porque no puede pagar otro sitio»?

—Casado con todas las letras. Pero no te asustes, no tengo una relación abierta ni nada de eso. No podría soportar ver a mi mujer con otro.

—Pero tú sí puedes —afirma Vega.

—Pues… Pues claro.

Él se encoge de hombros, como si fuera lógico.

—El sexo solo es sexo, Vega —dice, luego bebe vino y deja la copa con parsimonia.

Ella lo mira. Respira hondo. Luego coge su copa. Parece que va a bebérsela… pero no. El brazo se le tuerce misteriosamente, la copa se inclina… y el vino acaba decorando la camisa blanca de Matías como si fuera una obra de arte conceptual.

—¡Ups! Qué torpe soy.

Él salta de la silla, mojado hasta el alma.

—¡Estás loca!

—No, Matías. Estoy soltera. Que es distinto.

Y se va, con paso firme, sin mirar atrás, murmurando para sí:

—Cinco citas más y monto una ONG de rescate emocional.

CAPÍTULO SEIS

Vega: Chris, creo que me bajo de la vida. No voy a poder aguantar esto de las citas de Tinder. Tengo la sensación de que no valgo para esto y me parece que comienzo a estar a favor de las guerras para acabar con la humanidad

Idiota: jajajajaja ¿Qué ha pasado, croquetilla de jamón?

Vega: Que, de los 5 matches que tuve, uno era un niño, otro un personaje macabro y otro un señor de ochenta años. Y de los otros dos que parecían normales, quedé con uno. Todo genial, salvo porque… ¡ESTABA CASADO!

Idiota: jajajajaja no puedo parar de reírme. Esto es como cuando uno busca oro, hay mucho descarte. Te lo tienes que tomar como yo, con risa. También me salen algunas de esas en las aplicaciones de citas.

Vega: ¿Sí?

Idiota: Ayer estuve con una que se ganaba la vida prediciendo el futuro de la gente echando virutas de serrín. Vega, virutas de serrín. No sé cómo tiene la cara de estafar a la gente así.

Vega: Pues eso, que para tener que huir cada vez que sale algún personaje así, mejor no quedar.

Idiota: ¿Huir? ¡Qué va! Tenía unas peras superedonditas. Cómo iba a dejar escapar eso jajajaja

Vega: Bufff, no puedes tan idiota.

Idiota: Vega, te lo tienes que pasar bien en esta vida.

Vega: Chris, no puedo con tu mente de adolescente salido.

Idiota: No seas mojigata. El sexo es importante, croquetilla. Yo solo quiero que tú también te lo tomes así, con alegría. Como si fueras la protagonista de una serie de Netflix de las buenas.

Vega: Pues esta serie se está convirtiendo en un documental de crímenes.

Idiota: Tú tranquila. En todo documental hay un giro. Vas por el minuto 20. Falta lo bueno.

Vega: Me he hecho un perfil nuevo. He puesto solo una foto y ni siquiera se me ve bien la cara.

Idiota: Jajaja, perfecto. A lo misterio. Así ya no te entran solo por las tetas.

Vega: Pues sorpresa: siguen entrando por las tetas.

Idiota: Normal. Es que las tuyas tienen carisma.

Vega: ¿Tú cómo sabes si tienen carisma?

Idiota: Porque lo huelo, como los perros cuando va a llover.

Vega: Eres idiota.

Idiota: Pero te hago reír.

Vega: Eso sí. Aunque también me haces cuestionarme la especie humana.

Idiota: Y aún así hablas conmigo cada día. Algo estaré haciendo bien.

Vega: Sí, tienes vocación de chatbot emocional. Pero de los que dan consejos que acaban en desastre.

Idiota: Acepto el reto. Voy a convertirme en tu guía espiritual de citas. Un coach sentimental.

Vega: ¿Y cuál es tu primera recomendación, oh sabio del amor moderno?

Idiota: Que esta noche salgas a cenar. Contigo misma. Te arreglas, te pones guapa, te llevas a cenar a tu sitio favorito, te miras al espejo y te dices: "Estás tremenda, chata. Y no necesitas a ningún Matías casado con problemas de conciencia para sentirte deseada."

Vega: ¿Pues sabes qué? Que te voy a hacer caso.

Idiota: Dí que sí, mostacilla. Pero eso sí, quiero que sigas con el plan de las citas. Ya verás como al final encuentras a tu chico ideal.

Vega: Eso, porque ya estoy buscando sitio para los cientos de gatos con los que voy a convivir.

Idiota: Nadie dijo que encontrar el amor no sería con cien gatos con pulgas. A lo mejor es ese tu destino.

Vega: A lo mejor eres idiota y no lo sabes.

Idiota: Lo sé, y me gusta.

Vega: Bueno, pensándolo bien, no te queda mal ser un poco idiota.

Idiota: ;)

Vega: Por cierto, muchas gracias por todo. Por estar a mi lado.

Idiota: Siempre lo he estado, lo estoy y lo estaré.

CAPÍTULO SIETE

Chris - 20 años antes.

A pesar de que ya había pasado un año desde que Chris se había mudado, seguía sorprendiéndose del dominio natural que tenía Vega con la gente. No era la típica *Wendy* animadora que miraba por encima del hombro a los que no parecían sacados de un catálogo de Vogue. Lo suyo era otra cosa. Vega era de ese tipo de personas que caen bien hasta sin querer. Amable, generosa, atenta incluso con los que no se lo merecían del todo. Y todo eso, sin ser una mosquita muerta. Porque también tenía carácter, de ese que no grita pero impone, de ese que sabe poner límites con una sola mirada.

Lo que más le costaba a Chris entender era por qué, pudiendo elegir a cualquier persona para pasar el tiempo, ella lo había elegido a él. Bueno, no solo a él. También estaba Martín, su hermano, que era como una versión masculina de Vega: carismático, deportista, el típico líder que cae bien incluso cuando gana siempre. Estar con ellos era como pertenecer al grupo VIP del instituto, ese que todos miran desde lejos con una mezcla de admiración y envidia. Pero con ellos no había postureo ni exclusividad. Eran naturales, divertidos, y hacían planes más allá de los botellones y las discotecas.

Sí, también salían de fiesta, pero sus fines de semana estaban llenos de escapadas, retos, ideas locas y planes que parecían sacados de una película de adolescentes bien escrita. Escalada en la sierra, partidas de paintball en campos improvisados, tardes de windsurf, cine de autor, teatro experimental, picnics en lugares secretos… Chris se sentía afortunado de formar parte de ese triángulo tan improbable como perfecto.

Pero si era sincero, lo que de verdad le hacía vibrar no eran las aventuras ni los planes, sino el tiempo que pasaba a solas con Vega.

Había algo en ella que lo descolocaba, que le encendía todas las alarmas emocionales y al mismo tiempo lo calmaba por dentro. Estar con ella era como estar en casa y en una montaña rusa a la vez.

Había momentos en los que se quedaba mirándola sin darse cuenta, como si sus ojos buscaran memorizar cada uno de sus gestos. Le pasaba sobre todo cuando ella hablaba de algo que le apasionaba, moviendo las manos como si contara una historia secreta que solo él podía entender. Le fascinaba. Y más de una vez se había sorprendido imaginando cómo sería besarla. Cómo sabrían sus labios. Si se reiría nerviosa después. Si le devolvería el beso o le apartaría la cara con una de esas bromas suyas.

No quería hacerse ilusiones. No se atrevía ni a nombrarlo en su cabeza. Pero había señales. O eso quería creer. Ella solía llamarle cuando Martín no podía, o simplemente porque sí. Porque le apetecía estar con él. Porque confiaba en él. Y eso… eso no era poca cosa.

Lo supo con certeza aquella tarde junto al río. Habían llevado unos bocatas, una manta vieja y una botella de Nestea que terminaron compartiendo como si fuera vino caro. Hablaron durante horas, de todo y de nada, hasta que se quedaron tumbados mirando las nubes. Y entonces, sin avisar, ella apoyó la cabeza en su pecho. Como si ese fuera su lugar natural. Como si lo hubiera hecho mil veces.

Ahí lo supo.

Supo que no era una amistad cualquiera.

Todo su cuerpo se estremeció al sentirla tan cerca.

Estaba ¿enamorado?… y a la vez, aterrado.

Notarla así de cerca, ese gesto de entregarle su vulnerabilidad, le atravesó por dentro, creando una corriente silenciosa que, sin saberlo, empezaba a cambiarlo todo.

Durante unos segundos, se quedó inmóvil, como si su pecho se hubiera convertido en una especie de imán que la hubiese atraído sin pedir permiso. Escuchaba su respiración, pausada, como si confiar en él fuera la cosa más natural del mundo. Vega hablaba de algo, de una anécdota tonta sobre un profesor o sobre su vecina, pero Chris ya no podía concentrarse. El mundo se había vuelto

difuso, salvo por ese punto exacto donde su cabeza descansaba sobre él.

Ahí dentro, algo se rompió. O se abrió. O ambas cosas.

Lo peor —o lo mejor, según cómo se mire— es que ella parecía no tener ni idea. Siguió hablando con normalidad, riéndose a carcajadas, levantando la mirada para contarle algo y volviendo a apoyarse como si nada. Como si aquello no fuera el epicentro de un terremoto emocional.

Después de aquel día, Chris no volvió a ser el mismo. Lo intentó, claro. Fingió que seguían siendo solo amigos. Que no analizaba cada mirada de Vega buscando pistas. Que no se le aceleraba el corazón cada vez que ella lo rozaba sin querer. Que no se moría un poco por dentro cuando Vega mencionaba a algún chico del instituto que le gustaba.

Pero el secreto ya estaba dentro. Había echado raíces.

Y cada vez que Vega lo miraba con esa mezcla de ternura y picardía que solo ella sabía combinar, él tenía que hacer malabares emocionales para no delatarse.

Sabía que decirle algo sería arriesgarlo todo. Que si hablaba, tal vez perdería esa conexión que lo hacía sentir como si flotara. Pero también sabía que si no lo decía… tal vez se pasaría el resto de su vida preguntándose qué habría pasado si se hubiera atrevido.

CAPÍTULO OCHO

Alberto Solís. Cuarenta y un años. Aunque en las fotos parece de catálogo, en persona… bueno, luego llegaremos a eso. En las imágenes luce un tupé como una ola perfecta para hacer surf, sonrisa blanca y ese punto entre cuidado y casual que da confianza. Según su perfil, trabaja en el sector inmobiliario, tiene conversación fluida y no se le nota obsesionado ni con las pesas ni con los batidos de proteína. Un fofisano amable, como dirían en los foros de internet.

Vega, curtida tras unas cuantas decepciones, se ha vuelto muy selectiva. Filtra con precisión quirúrgica: descarta a los que usan frases tipo «las mujeres son princesas», a los que posan sin camiseta enseñando abdominales con filtro sepia, y, por supuesto, a los que cometen faltas de ortografía del tamaño de un meteorito. «Haber si nos conosemos mejor», escribe uno. «Paso», dice Vega.

Ahora lo hace con mentalidad de funcionaria quemada: es una tarea. Una de esas que quieres quitarte cuanto antes porque sabes que el plazo vence. Aunque en el fondo sabe que la teoría de las 12 citas es una chorrada, también sabe que está saliendo de su zona de confort. Y eso, por una vez, la hace sentir bien.

Por eso, hace doblete. Hoy sábado tiene dos citas seguidas. Por si alguna sale rana. O ambas, quién sabe.

La siguiente ficha del dominó emocional es Borja, treinta y ocho años, instructor de escalada. Escribe bien, lo justo. Y lo agradece. Su perfil es escueto, sin frases pretenciosas, sin emojis innecesarios. No enseña torso, pero se le nota que trepa muros con soltura. Vega chatea lo justo con él. Lo justo para que no le dé tiempo a estropearlo.

—Vamos con el segundo de la teoría —se dice en voz baja, mientras se acerca al bar de tardeo.

Lleva vaqueros cortos y un top fresco, aunque con cuello alto. No quiere enseñar «las del carisma», como Chris se atreve a llamar a sus tetas. Capullo adorable.

—Tienen carisma, dice… —ríe sola. Chris no está, pero su voz, esa mezcla de sarcasmo y ternura, sigue sonándole dentro.

Vega llega unos minutos antes. Mira a su alrededor y saca el móvil para revisar por última vez la foto de Alberto. Está en un concierto de Amaral, lo recuerda bien. Aunque no es fan, sabe que Amaral ha vuelto hace poco a los escenarios, así que la foto debe de ser reciente. O eso piensa ella.

—¿Vega? —dice una voz desde el fondo.

Ella gira la cabeza. Un hombre con camisa floreada, barriga prominente y entradas que no son precisamente nuevas la mira con una sonrisa.

"¿Pero qué…?"

Se le enciende una alarma interna. A ese hombre lo conoce. Está segura. Le suena de algo muy concreto, pero su memoria le hace la cobra. Camina hacia él con pasos pequeños, intentando conectar neuronas como quien juega a un memory emocional.

Cuando está a pocos metros, lo ve. Bueno, lo ve del todo. La camisa está manchada con lo que parece salsa brava y lleva un bolígrafo colgando del cuello con una cuerda. Vega traga saliva.

—Por fin nos conocemos sin pantallas —dice él.

¡Ahí va!

Entonces, en la segunda frase, suelta:

—Tinder es un poco frío, ¿no crees?

Y ahí sí. ¡Pam! Eureka. Es Alberto. Su cita. El del tupé surfero. El del Amaral. El de las fotos que, claramente, son de cuando aún existía Messenger.

Vega se queda helada.

—Perdona… ¿eres tú? —pregunta sin disimular.

—Claro, soy yo. Bueno, un poco más joven en las fotos —reconoce él, frotándose la nuca.

Ella hace cálculos mentales.

—¿Más joven…? ¿Amaral en ese concierto… no fue hace más de diez años?

—Sí, bueno, es que no encontraba otra que saliera bien.

«¡No te jode!», piensa ella. «Has engordado quince kilos, tienes más entradas que el Coliseo romano y seguro que el deporte lo ves solo por la tele».

Y, sin embargo…

Lo inesperado: está cómoda.

Alberto habla sin pretensiones. No intenta impresionar. No se vende. Se ríe de sí mismo, de su barriga, de sus fotos. Y, aunque físicamente le atrae lo mismo que un mosquito en la oreja, Vega decide quedarse.

—Sabes que eso es engañar, ¿no? —le dice, con media sonrisa.

—Lo sé —asiente él, sin excusas.

—Y sabes que no va a haber nada de sexo.

—Lo tengo clarísimo —contesta, levantando las manos como si se rindiera.

Y así, sin más, la cita se convierte en algo que no espera: una conversación agradable.

Hablan de películas —ambos odian los remakes innecesarios—, critican los realities y coinciden en que los concursos de cocina deberían prohibir el uso de espumas si no es carnaval. Vega se ríe. Se lo pasa bien. No por la química, sino porque se siente libre. Sin necesidad de gustar. Sin presión.

Y recuerda lo que le dice Chris, cuando aún hablan sin tensión:

—Vega, lo importante es pasárselo bien.

Y lo hace. Contra todo pronóstico. Ha creado una bonita amistad con Alberto.

Después de despedirse de Alberto con un «cuídate mucho» y una palmadita en el brazo (porque otra cosa no le sale del cuerpo), Vega mira el reloj.

—Mierda. Llego tarde.

Borja. Instructor de escalada. Treinta y ocho años. Escueto en el chat. Atractivo a primera vista. Y ella, con el labial medio borrado, un poco de sudor en la frente y probablemente restos de bravas entre los dientes. Muy en su línea.

Llega al bar con paso rápido, escaneando las mesas. Y ahí está él: sentado como una estatua de mármol viviente, bebiendo… agua

con gas.

Agua. Con. Gas.

A Vega le da un respingo interior.

—Tiene que estar perturbado —piensa—. ¿Quién en su sano juicio pide agua con gas? Ni aunque te torturen en la Gestapo.

Pero, ay, qué brazos. Qué maldita camisa hortera. Qué antebrazos de escalador con venitas marcadas y un pectoral que asoma por el cuello abierto como quien no quiere la cosa. O sí. Peor aún.

Se acerca, intentando parecer tranquila, aunque su cuerpo ya ha activado el "modo babosa".

—Perdona el retraso —dice, sonriendo—. He tenido una cita un poco más… extensa de lo previsto.

Él alza la vista. Serio. Ni una arruga de expresión. La mira como si fuera una presa a analizar antes de treparla. Literalmente.

—A cualquiera le puede pasar —responde.

Y nada más. Ni una sonrisa, ni un chiste, ni una pregunta. Un puto cyborg.

Vega se sienta, desconcertada.

—Por fin nos vemos sin pantallas —intenta, forzando conversación. Justo lo que le ha dicho Alberto hace media hora.

Él asiente. Y punto. Cacahuetes sobre la mesa. No los ha pedido, pero Borja los mira como si fueran sushi del caro.

—¿Pedimos algo para picar? —pregunta ella, aún con algo de fe—. Unos nachos con guacamole, bravas, algo así.

—Ya he visto la carta. Solo tomaré cacahuetes tostados.

Vega se lo queda mirando. Entre decepcionada, intrigada y, jodidamente, cachonda.

No sabe si está en una cita o en una instalación de arte experimental. Pero algo en su inexpresividad la atrae como un imán. Es como querer resolver un cubo de Rubik con los ojos vendados.

Opta por no hablar más. Agarra su IPA, la mira con desprecio por no ser vino y se la bebe de un trago.

—¿Nos vamos a mi casa? —dice, como quien pide un taxi—. No tengo agua con gas, lo siento.

Borja pone cara de decepción. ¡Decepción! Por no tener agua con gas.

—Pero tengo kombucha y cacahuetes.

Se le enciende algo. Muy leve. Como si alguien encendiera un mechero en una cueva húmeda. Primer gesto de alegría. Vega no sabe si eso es sexy o un poco perturbador.

En casa, pone el cuenco de cacahuetes en la mesa y va a por la kombucha. Pero, al girarse, lo ve mirándola. Silencioso. Intenso.

Y entonces, sin previo aviso, se lanza hacia él.

Lo besa en el cuello, le roza los labios. Pero Borja la frena con una mano firme. Sin brusquedad, pero con autoridad.

Ella lo mira, confundida.

Él no dice nada. Se levanta con parsimonia, se quita la camisa y la dobla cuidadosamente sobre la silla. Luego los vaqueros. Luego los calzoncillos. Todo con una calma que parece sacada de un ritual de artes marciales zen.

Vega no puede dejar de mirar. Es como observar un eclipse solar: fascinante, poderoso, ligeramente inquietante.

Y entonces lo ve. El pene más bonito que ha visto en su vida. No sabía que se podían clasificar así, pero ese está en el podio. Bronceado, proporcionado, como esculpido por alguien obsesionado con la simetría.

Ahí sí. Borja se activa.

La levanta con fuerza, le quita la ropa con una mezcla de determinación y precisión quirúrgica. Sus manos ásperas le recorren la piel como si fuera una lija emocional. Y, sin una palabra, la penetra.

Lento. Firme. Con un ritmo marcado por la seguridad de quien conoce su cuerpo como una máquina perfectamente calibrada. Vega no sabe si está follando o participando en una coreografía silenciosa, pero le encanta.

Cuando él empieza a embestir con más fuerza, ella ya no es Vega. Es cuerpo. Es deseo. Es una ola rompiendo contra un acantilado. Se corren casi al mismo tiempo.

Y ahí, por fin, él hace un gesto.

Aprieta los párpados.

—Gracias por la kombucha… y los cacahuetes —dice mientras se viste.

Intenta una sonrisa. Su boca parece oxidada, como si no la hubiera usado desde los quince años. Luego lo acompaña a la salida y se va. Sin más.

Vega se queda en el sofá. En silencio.

Y por primera vez en mucho tiempo… disfruta del momento. Sin expectativas. Sin análisis.

Solo con una frase rebotándole en la cabeza:

—Este reto… empieza a ponerse interesante.

Llaman a la puerta. Vega se gira para ver si se ha dejado algo mientras se pone el tanga, pero no ve nada. A lo mejor se lo ha pensado y quiere más. No estaría mal. Quita la cerradura y abre.

—Mierda —espeta. No es él.

CAPÍTULO NUEVE

—¡Jooooder! ¡Menudas peras más bonitas, Tiramisuna! —exclama Chris.

—¡No me mires, idiota! —dice mientras cruza los brazos sobre sus pechos para intentar ocultarlos. Se va corriendo hacia su cuarto.

—¡Y menudo culo también! No te esfuerces porque se me ha quedado en la retina.

Chris pasa dentro y va directo a la cocina a por su cerveza de rigor. La espera apoyado en la isla de la cocina.

—¿No sabes avisar de que vienes?

—Ayer me dijiste que tenía que llamar. Hoy lo hago y me dices que te avise. La próxima, ¿será una instancia en alguna web? Pero te digo una cosa, no hace falta que me esperes así, bomboncita. Lo siento, tú y yo solo somos amigos. Jamás podría verte como algo más, aunque tengas ese cuerpo de escándalo.

—Solo con pensarlo me da escalofríos. Tú y yo… Aghh —dice, haciendo un gesto como de arcadas.

—¿Te acababas de duchar? —pregunta y mira alrededor. Vega observa cómo Chris se da cuenta de que su ropa está tan desperdigada como el gotelé en una pared. Borja, el escalador tenía cuidado con su propia ropa, pero con ella todo lo contrario. Casi se la rompe y eso le ha gustado.

—Ejem… —dice recogiendo su ropa por el salón.

Siendo Vega sincera, tenía ganas de contarle a Chris que se había dejado llevar como ella decía. Hacer por una vez lo que suele hacer él. Chris se queda sin reaccionar extrañado. Le tiembla el labio superior y Vega frunce el ceño por su reacción. *¿No le ha gustado que me acueste con un tío?,* se pregunta. Chris sacude la cabeza y la mira y reacciona.

—Pero bueno, ¡que has follado! Esto es una noticia gigantescamente buena. —Chris sobreactúa haciendo como si se arrodilla en el suelo. *Está raro,* piensa Vega—. Me lo tienes que contar todo. ¿Es la segunda cita? ¿Te ha dejado escocida? Ven siéntate aquí.

—¡Calla, idiota!

Vega se sienta a su lado, aún sujetando la camiseta como si le debiera protección emocional. Chris la mira con esa media sonrisa que siempre parece esconder algo, pero ahora tiene los labios un poco más tensos de lo normal. O quizá ella se lo está imaginando.

—¿Y bien? —pregunta él—. ¿Fue tipo "chispazo cósmico" o "documental de leones"?

—Más bien "National Geographic en celo".

Chris se atraganta con la cerveza y hace el amago de aplaudir.

—Brava. Vega salvaje. ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Pongo una vela aromática?

—¿Tú estás bien? —pregunta ella, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—No sé. Estás… raro.

Chris se encoge de hombros.

—Yo siempre soy raro. Es parte de mi encanto.

—No. Hoy estás raro-raro. Como… contenido.

—¿Contenido tipo «me emociono y lloro viendo anuncios de yogures»? —intenta bromear él.

Vega lo observa en silencio. Él la esquiva con la mirada solo un segundo. Pero suficiente para que ella lo note.

—Bah, olvídalo —dice, quitándole importancia con un gesto—. Estás tan tonto como siempre.

—Gracias —contesta él—. Siempre tan generosa con los cumplidos.

—¿Y tú qué? ¿Alguna cita interesante? ¿Has conocido a alguien con las mismas taras mentales que tú?

—He salido, sí. Un par de veces. Pero ninguna con nombre memorable.

—¿Ninguna que te dejara... escocido?

Chris hace un gesto con la mano, como espantando una mosca.

—Solo de aburrimiento. A veces echo de menos cuando las citas eran una aventura. Ahora es todo más... algoritmo.

Ella asiente. Por dentro se pregunta si esa frase iba con doble sentido. Pero no dice nada.

—¿Y el escalador? —pregunta él, dándose un golpecito en la frente—. ¿Te subió por las paredes? ¿Te dejó rappelando?

—Tienes un talento innato para cargarte el erotismo, ¿lo sabes?

—Es una habilidad que perfecciono día a día.

Vega se ríe. Pero no tanto como otras veces. Hay algo que flota en el aire. Algo que no terminan de nombrar o no quieren saber que no quieren nombrar.

—Voy a vestirme —dice al fin, levantándose.

—No te preocupes, ya me llevo la imagen mental. ¡Qué escándalo de peras, Tiramisuna! —grita mientras ella se aleja.

—Eres lo peor —responde sin girarse.

CAPÍTULO DIEZ

—¡Tía, Vega! —exclama Anto colgándose del cuello como si fuera una bufanda humana—. Te echaba de menos.

—Mi pequeña Anto. Yo también. ¿Qué haría yo sin ti?

—Pues nada, no sabrías vivir —bromea la niña, con ese descaro que solo ella puede permitirse.

Martín le da un abrazo a Vega, y María hace lo mismo. Al menos una vez al mes quedan los cuatro un domingo. Imprescindible: bravas y cervezas. Lo demás es accesorio. Es su ritual para ponerse al día.

—Hola, hermanita. ¿Te veo bien o es que vienes de cita?

—Yo no puedo decir que ahora te veo bien porque es que no hay ninguna diferencia con otras veces. Siempre estás de puta madre —responde Vega.

—Sí, para qué mentir —dice él, sonriendo—. Yo siempre estoy genial.

—Y te lo puedo asegurar —interviene María—. Este tipo da asco. Parece que se ha tragado un duende de Mr. Wonderful.

Todos ríen porque es verdad.

—Yo he salido de mi zona de confort —confiesa Vega, con una mueca cómplice.

—De mayor quiero ser como tú, ¿vale, tía?

—Claro que sí, Anto. Pero quédate solo con lo mejor de mí.

—Eso haré —contesta la niña—. ¡Me voy al parque de bolas!

Y desaparece entre la marea infantil como pez en agua con gas.

—Bueno, estoy probando una teoría que dice que si tienes doce...

—¡¿Citas en Tinder?! —interrumpe María.

—¡La conoces!

—Es la típica parida de Instagram que se hace viral y luego nadie recuerda.

Martín da un trago a la cerveza y se carcajea:

—¡Mi hermanita en Tinder! Ya verás cuando se lo cuente a Chris.

Vega alza una ceja.

—Fue él el que me retó a probarla. Y ¿sabéis qué? Se lo tengo que agradecer. Porque salí de mi rutina. Y lo estoy viendo todo con otros ojos. Lo de las parejas, lo de los hombres, lo de mí misma...

María la mira con suspicacia.

—Tú lo que estás es follando mucho.

—¡María! Por favor. —Vega se lleva una mano al pecho con gesto teatral—. Pero sí. He follado. Mucho. Más que en toda la década pasada.

—Queremos detalles. Ahora.

—Vale. Allá vamos.

Se aclara la garganta y alza la mano como si fuera a dar un discurso en el Senado.

—La primera cita fue con un argentino guapísimo. Conversación fluida, sonrisa matadora, mirada intensa. Todo perfecto hasta que descubrí que... estaba casado.

—¡Noooo!

—Sí. Me lo dijo como si fuera lo más normal del mundo. Me levanté y le tiré la bebida manchándolo.

Me fui con la dignidad medio entera y bloqueé su contacto como si fuera un virus.

—¿Y el siguiente?

—Alberto. El de las fotos de Amaral. Parecía salido de un catálogo... de hace quince años. Pero, oye, me cayó bien. Nos reímos mucho. No hubo sexo, pero sí bravas y empatía. Me recordó que una cita también puede ser solo eso: una buena charla.

—Vale, sí, pero pasemos al salseo.

—Borja. Instructor de escalada. No hablaba mucho, pero follaba como si cada movimiento fuera parte de una coreografía de arte contemporáneo. Agua con gas, cacahuetes y kombucha. No dijo ni «hola guapa», pero vaya si lo compensó con el cuerpo.

María se abanica con la servilleta. Martín se tapa los oídos.

—No necesito estos datos. Soy tu hermano.

Vega ignora el comentario.

—Luego vino uno que acababa de dejar a su novia. Me usó como rebote emocional, pero yo ya iba con casco. No dolió. Nos lo pasamos bien.

—¿Cuántas llevas ya? —pregunta María, fascinada.

—Ocho en total, creo. Pero siento que la buena está por venir. De los cuales me he tirado solo a tres.

Martín la mira con curiosidad:

—Es un buen porcentaje. ¿Y Chris qué dice de todo esto?

—¡Estáis hablando de mí! —dice Chris dejando el casco de la moto. En una silla y arrastra la otra al lado de Vega.

—Hola, idiota. No sabía que ibas a venir.

—Le he dicho que, si no se estaba tirando a alguna, podría acompañarnos —dice Martín.

—Y aquí estoy. —Chris se reclina en la silla y posa el brazo en el respaldo de la de Vega—. ¿Os ha dicho ya Vega que la han puesto a veinte uñas y que le han dado como a un cajón que no cierra o como un sordo a una campana?

Anto se acerca con una sonrisa pícara en la boca. Por suerte, estaba lejos y no ha oído nada de la conversación.

—¡Hola, Chris! —dice la pequeña.

—Hola —responde él.

Anto se les queda mirando a Vega y a Chris. Primero a uno y luego a otro como si fuera un partido de tenis.

—¿Qué pasa, Anto? —pregunta Vega.

—Vosotros… —comienza la niña—. ¿Vosotros, estáis enamorados?

—¡Anto! Qué cosas dices… —responde Vega.

A Chris se le queda como una cara de circunstancias.

—¿Yo con tu tía? ¡Jamás!

—Es que os lo veo en los ojos —dice la pequeña. Y se vuelve a marchar como si ya hubiera realizado la tarea que le tocaba.

—Tú lo que ves es demasiado YouTube y te está afectado a tu pequeño cerebrito —bromea Vega. La niña le guiña un ojo de forma

cómplice. Vega frunce el ceño.

¿Chris y yo juntos?, piensa. *Ni en un millón de años,* se contesta mentalmente, aunque algo raro ha sentido en su estómago. No le da más importancia, pero ahí se queda.

—Entonces —continúa Chris—, ¿ya os ha contado que ya se ha tirado a uno de Tinder?

—Solo a uno dice —contesta María—. Esta está está desbocada, Chris. De seis citas, ya se ha acostado con tres.

—¿Con tres, Vega? —pregunta extrañado Chris, tragando saliva.

Ella asiente medio vergonzosa, medio orgullosa. Chris se queda parado, como intentando asimilar la noticia.

—¡Oye! ¡A ver si a estas alturas te estás poniendo celoso de mi hermana! —dice medio en broma.

Chris reacciona poniendo una cara de asco.

—Joder con emparejarnos. Qué manía tenéis. ¿Es que un hombre y una mujer no pueden ser amigos? Y, si algún día me diera un golpe en la cabeza, me volviera medio tonto y no pensara con claridad, nunca podía ser porque ella no es mi tipo.

—Sí, sí, no te enfades, tío.

Chris ríe, mientras Vega lo observa de reojo.

—Lo único que me he cabreado es de que no me lo hayas dicho —le dice a Vega.

—No sabía que tenía que hacerte un informe detallado cada vez que me limpien las cañerías.

—Si soy guía amoroso, necesito todos los detalles.

—Vale, Chris. Cada vez que tenga una cita iré al ordenador y crearé un word de 30 páginas.

Chris le guiña un ojo y le toca el lóbulo de la oreja. Vega le deja siente un escalofrío por todo el cuerpo. El aroma de bergamota y almizcle le ha impregnado las fosas nasales.

—El caso es que se ha acostado con el escalador, el bombero y el jardinero —informa María.

—Estoy disfrutando del proceso, como me dijiste que hiciera, Chris.

—Y así me gusta, pequeña chalota.

CAPÍTULO ONCE

Vega - 20 años antes

Vega llevaba toda la tarde dándole vueltas al armario. Tenía el suelo lleno de camisetas descartadas, vaqueros que no le convencían y sujetadores lanzados como si estuviera en medio de un simulacro de incendio textil. No era una cita. No exactamente. Pero sabía que Chris iría. Se puso frente al espejo con una camiseta de tirantes blanca que dejaba ver los hombros, y una falda vaquera algo más corta de lo habitual. Se soltó el pelo, luego se lo recogió, luego volvió a soltarlo. Se puso gloss, pero lo borró. Finalmente, optó por unas Converse y una coleta alta.

Le había llamado a Chris para confirmar que irían juntos. «Paso por ti en diez», había contestado él. Vega había sonreído como una idiota durante dos minutos enteros. Por alguna razón, la idea de llegar con él le gustaba. Parecía una tontería, pero le daba seguridad. Como si, con él al lado, el mundo fuera un poco menos hostil.

Aquel verano, cuando todavía tenían dieciséis años y la vida parecía una lista interminable de primeras veces, hubo una fiesta en casa de los García. Se celebraba en un chalet tan perfectamente simétrico que daba miedo. Ni una mota de polvo, ni una toalla mal doblada. Vega tenía la sensación de que si alguien movía un centímetro uno de los jarrones del recibidor, sonaría una alarma militar. Y no era una hipótesis tan descabellada. El padre de Diego, el anfitrión de la noche, era un alto cargo del ejército. Un tipo de esos que parecen haber nacido con uniforme y que, probablemente, planchaba hasta las sábanas del perro.

Martín, el hermano de Vega, no había podido ir, así que ella había terminado apareciendo con Chris. No es que fueran pareja, ni mucho menos, pero resultaba cómodo moverse en un entorno

conocido. En cuanto entraron, Chris empezó a descojonarse con las fotos familiares que decoraban el pasillo.

—Mira eso. Todos parecen salidos de un anuncio de seguros de vida. Ni un parpadeo. Ni una mueca. Están como... programados.

Vega tuvo que taparse la boca para no soltar la carcajada en voz alta. Las fotos eran un festival de rigidez: los cuatro miembros de la familia García posaban con sonrisas congeladas, los brazos pegados al cuerpo y una iluminación quirúrgica.

La fiesta tenía ese aire de descontrol juvenil perfectamente planeado: luces de colores, vasos de plástico apilándose en las esquinas, calimocho fluyendo como si el mundo se fuera a acabar.

Vega optó por su clásico tinto de verano. Chris, en cambio, era la primera vez que bebía y se entregó con entusiasmo al calimocho. Luego vino el peché, luego algo que sabía a jarabe de cereza pero ardía como fuego. Para cuando llevaban una hora en la fiesta, Chris ya se había soltado. Literalmente. Bailaba con cualquiera, hacía chistes malos a todas horas y hablaba más de la cuenta.

Lorena, una de las chicas más populares del instituto, se acercó a él con una sonrisa felina. Vestido corto, mirada segura, cuerpo de anuncio y carisma afilado. Le puso la mano en el brazo mientras le decía algo al oído. Y Chris... se rió. No solo no se zafó, sino que le devolvió la sonrisa. Vega sintió un pinchazo absurdo en el estómago. No eran pareja, no había nada. Pero ese tipo de sonrisas siempre duelen un poco.

Poco después, como si algo hubiera hecho clic en su cerebro, Chris apareció a su lado con una botella medio escondida en la chaqueta.

—Nos llaman la parejita, ¿lo sabías? —le dijo, con voz pastosa pero divertida.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Me he reído —dijo ya medio balbuceando.

Vega se río y se dejó arrastrar hacia la salida trasera. Robaron una botella de peché de la mesa del jardín y salieron por el lateral del chalet. Bajaron por el caminito que llevaba al barranco, ese sitio clásico donde todo el mundo iba a fumar a escondidas, a besarse o simplemente a ver las estrellas sin que nadie interrumpiera.

Se quitaron las zapatillas y metieron los pies en el riachuelo. El agua estaba helada y les provocó un ataque de risa incontrolable. Se sentaron sobre una piedra, compartiendo la botella, los recuerdos y ese tipo de silencios que solo existen entre personas que se conocen de verdad.

—Te voy a decir una cosa —dijo él, mirando el agua oscura—. No me había sentido nunca tan bien con nadie. Nunca.

—Tú estás borracho.

—Y tú no estás lo suficientemente borracha para creerme.

Vega sonrió. Luego se tumbó sobre el césped, mirando el cielo. Chris hizo lo mismo. Las estrellas brillaban como si el universo les estuviera prestando atención.

—Nos vamos a casar en Las Vegas —dijo él de repente—. Y vamos a tener un perro. Uno que se llame Bacon.

—¡Estás fatal!

—Y vamos a vivir en una furgoneta. Y escribir libros. Y montar una radio. Y...

Vega lo interrumpió con un beso. Sincero, suave, lleno de todo lo que nunca habían dicho. Un deseo contenido se abría paso, dando rienda suelta a todas esas conversaciones silenciosas, habladas a gritos con las miradas, silencios y pequeños gestos. Un beso con el que acabaron abrazados como una única persona. Ella sentía la confianza de haberlo conocido años. No se habían tocado, pero ellos sabían que había algo más.

A la mañana siguiente, Vega despertó con una sonrisa pintada en la cara. Se duchó, se puso una coleta alta y bajó a la cocina donde olía a tostadas. Una brisa fresca entraba por la ventana y lucía el sol. Algo había cambiado en la forma en que Vega percibía la vida. Más colores, más luces… Hasta sus padres le dijeron que la notaban más bonita cuando su madre le dijo que Chris había llamado y quería verla después del desayuno en el parque junto al bosque.

—Buenos días —dijo ella, mordiéndose el labio, medio ilusionada, medio nerviosa. Al verlo sintió algo indescriptible en el estómago. Estaba sentado en una roca, lanzando piedras a un bote. Cuando la vio sonrió también.

Él levantó la vista con esfuerzo por la resaca.

—Dios, me muero. ¿Ayer bebí tanto? No me acuerdo de nada.

—¿Nada de nada?

—No sé... ¡Espero que no hiciera el ridículo contigo! Por favor, dime que no pasó nada raro.

—¿De verdad? Es raro que se olvide una noche así.

—Me estás asustando, Vega. No me despelotaría o algo parecido, ¿no? Lo único que recuerdo son fotos de gente muy seria y de Lorena susurrándome algo en el oído y yo diciéndole que me hacía cosquillas.

Vega se quedó callada. Un segundo. Dos. Luego forzó una sonrisa. No se lo podía creer. Para ella era inimaginable que pudiera olvidarse de aquellos besos, aquellas palabras, aquellas caricias… Para Vega no tenía sentido y pensó que lo único que lo podía explicar era que se arrepentía de lo que hizo, excusándose con la resaca.

—Tranquilo. No pasó nada.

Y se fue corriendo poniendo cualquier excusa, antes de que él viera cómo se le humedecían los ojos.

CAPÍTULO DOCE

No es una cita. Vega se lo repite tres veces frente al espejo mientras se sube la cremallera del vaquero bueno: no es una cita, es trabajo de campo para la teoría. La teoría —por si alguien acaba de llegar a esta serie— es la estafa emocional con la que Chris la tiene entretenida: doce citas para desbloquear el amor, como si fuese un videojuego con jefes finales y cofres de recompensa.

Pero cuando ve a Álvaro esperándola en la terraza de la cafetería, camisa remangada, reloj sencillo, barba cuidada y sonrisa de anuncio de dentífrico… la teoría se le queda corta. Álvaro es veterinario de pequeños animales. Alto sin abusar, ojos claros sin ser inquietantes y esa calma de persona que jamás grita en un atasco porque él es el atasco que colapsa el tráfico ajeno.

—Hola, Vega —dice, dándole dos besos que huelen a colonia fresca.

—Hola —responde ella, intentando que sus neuronas no coreen es guapo, es guapo, es guapo como una peña ultra.

Se sientan. Él pide un té verde con jengibre; ella, por orgullo absurdo, lo imita cuando en realidad quiere un cortado doble con azúcar como para tirar un glucómetro por la ventana. Álvaro habla pausado, con esa musicalidad valenciana que convierte cualquier cosa en opinión sensata.

—A ver, anécdotas de consulta —le pide ella, porque la puede la curiosidad.

—Una señora me trajo a su perro porque «tenía la mirada triste». Resultó que le habían tirado su cojín favorito y llevaba tres días reclamando duelo —sonríe—. Y un gato que cojeaba solo cuando veía que yo sacaba chuches. Actuación de Goya.

Vega se ríe tan fuerte que el té le amenaza con salir por la nariz.

El móvil vibra.

Chris (WhatsApp):

¿Vas ya hacia tu desastre? Digo, hacia tu cita.

Vega:

Ya estoy. Se llama Álvaro. Veterinario. Encantador. Bien.

Chris:

O sea, víctima.

Vega guarda el móvil. No piensa dejar que Mr. Pesado narre en directo su vida.

—Te dedicas a datos, ¿no? —pregunta Álvaro.

—Sí. Datos biométricos, algoritmos… cosas que suenan a ciencia pero a veces son excel con maquillaje —confiesa ella.

—Me fascina. Yo soy de números solo para calcular dosis y facturas. Y para contar hurones.

—¿Perdón?

—Tengo tres. Rescatados. Te caerían bien.

Vega traga té con dignidad. Tres hurones. Visualiza tubos de energía con bigotes y cuerpos de mopa con patas. Le da la risa tonta.

—Me gustan los animales —miente, porque le gustan algunos. Concretamente, los que no te mordisquean los cordones.

Charlan más. Álvaro rescata perros de perrera, hace voluntariado los domingos, defiende la adopción responsable y tiene coche eléctrico. Básicamente, San Francisco de Asís con tarjeta de crédito. De vez en cuando, alza la vista y le sostiene la mirada con esa calma que le baja la inflamación emocional. Vega ya se está dejando llevar cuando el móvil vuelve a vibrar.

Chris:

Comparte ubicación, mascarponcilla. Por si hay que activar protocolo "sal conmigo del bar fingiendo urgencia médica".

Vega:

No necesito salvamentos. Está yendo bien.

Chris:

Eso diría alguien secuestrado. Mándame una emoji de berenjena si quieres que te llame para librarte.

Perdón, no quería decir berenjena no, quería decir el de SOS. Maldito autocompletar.

Ella se lleva la mano a la cara para que Álvaro no vea la carcajada silenciosa.

—¿Todo bien? —pregunta él.

—Sí, es mi amigo pesado… Quiero decir, mi amigo Chris.

—Ah —sonríe Álvaro—. El amigo que cuida. Eso es bueno.

Eso, y que quiere control de tráfico aéreo sobre su corazón, piensa Vega y se odia un poco por pensarlo.

—¿Te apetece pasar un momento a casa? —se aventura Álvaro —. Te presento a los hurones. Y a Coco, mi loro. Y a Ragnar, un mestizo grandullón al que hago de casa de acogida hasta que le encontramos familia. Cinco minutos, prometo.

—Vale —acepta ella. Error número uno.

Jumanji (versión doméstica)

El piso de Álvaro es luminoso, minimalista, con plantas que parecen saberse la coreografía de la fotosíntesis y muebles de madera clara. Huele a limpio. Y a… heno. El olor vago de un zoo boutique. Todo correcto.

—Te quitas los zapatos aquí, si no te importa —dice él, señalando un zapatero. Vega se descalza obediente. Error número dos.

Álvaro abre la primera puerta. Tres hurones salen disparados como misiles peludos, directos a sus pies descalzos. Le mordisquean los tobillos con la efusividad de un primo segundo en Nochebuena.

—¡AAAAH! —grita ella, porque el valor se le ha quedado en la terraza del bar.

—Tranquila, son juguetones —Álvaro ríe—. Este es Moco. Este Turbo. Y la peque es Lima.

—¿Moco?

—Lo eligió mi ex. Tenía sentido del humor… peculiar.

Turbo escala por su vaquero como un alpinista dopado. Vega intenta mantener compostura. Es una bailarina con hurón adherido a la espinilla. Dignidad: nivel subsuelo.

—Si les das un premio se bajan —indica Álvaro, y le alarga una bolsita. Snacks de hurón sabor hígado. Genial.

—¡Hola, Coco! —saluda a continuación, abriendo otra puerta.

El loro es verde fosforito y la mira con ojos de inspector de Hacienda.

—Di hola, Coco.

—¡Holaaaaaa, bruja! —replica el loro, y acto seguido chilla—: ¡FUERA DE AQUÍ, FRESCA!

A Vega se le queda congelada la sonrisa. Gira la cabeza muy despacio hacia Álvaro.

—Aprendió frases… complicadas con mi ex —explica él—. Estoy reconduciendo, pero ya sabes, los loros tienen memoria.

Chris (WhatsApp):

Sigo esperando ubicación.

Tómate tu tiempo para responder. No estoy mordiéndome las uñas ni nada.

Bueno, sí. Pero las de los pies. Eso no cuenta.

Vega:

En casa del veterinario. Hurones. Un loro que me insulta. Todo bien, todo bien.

Chris:

¿El loro sabe tu nombre? ¿Ha dicho «Vega, escúchame, sal de ahí»? Porque si sí, hazle caso.

—¿Quieres agua, vino, kombucha? —pregunta Álvaro, ajeno al motín emocional.

—Agua está bien —dice ella, anclándose al objeto más inocuo del planeta.

La lleva a la cocina. Todo ordenado. Un imán de nevera con una frase:«Ama a quien te ladra». Le hace gracia. Abre sin pensar el cajón del congelador para sacar hielos que le había pedido… y se encuentra, de golpe, con bolsas de pollitos congelados y ratitas rosas apiladas en bandejas.

Respira por la nariz. Muy fuerte. Demasiado.

—Ah, sí… —dice él, al ver su cara—. Alimento para reptiles y aves rapaces en recuperación. Lo guardo aquí para tenerlo a mano cuando vuelo al centro de fauna.

—Claro, claro… —intenta sonreír ella—. Momento MasterChef con ingredientes misteriosos.

Cierra el cajón con una sonrisa de documental de guerra. Turbo aprovecha para meterse dentro de su bolso. Lo ve reptar con satisfacción de ladrón profesional.

—¡Eh, no! —va a cogerlo. Turbo sale con el pintalabios en la boca, como si fuera un puro.

—Deja eso, campeón —Álvaro se agacha, experto, y con un gesto de mago recupera la barra.

Entonces irrumpe Ragnar, el perro en acogida. Un cruce de caballo y sofá con mirada de bebé. La huele con devoción. Y acto seguido, apoya las dos patas delanteras en sus hombros. Setenta kilos de amor y baba la abrazan como si fuera su dueña perdida en el Titanic.

—Es un poco invasivo con las muestras de cariño —admite Álvaro, sujetándolo—. Estamos trabajando los saludos. Refuerzo positivo.

—¡Hola, hola, hola! —grita Coco desde el salón—. ¡Guarraaaa!

—COCO, target —ordena Álvaro, y el loro picotea una chapita de color a cambio de una semilla. Educación ornitológica de alto nivel, sí, pero a Vega le empieza a temblar el párpado izquierdo.

Ragnar decide que su pierna es una colina. Intenta subirse con todas sus ganas… de subirse, ya tú me entiendes. Álvaro reacciona:

—¡No, Ragnar, off! —clicker—. Perdona, es que ha vivido sin límites…

—Como todos los hombres de mi vida —murmura ella, y le sale risa nerviosa.

Chris:

¿Sigues viva? Contesta con 1 si todo bien, con 2 si tienes que fingir desmayo para irte, con 3 si el veterinario te ha enseñado su colección de animales muertos en formol.

Vega mira el cajón de los pollitos congelados. Teclea 3. Borra. Escribe:

No puedo hablar.

Chris:

Perfecto. Voy hacia ahí con una red de mariposas y un exorcista.

—Ven, te enseño la habitación de acogidas —Álvaro la guía al pasillo. En el estante hay un erizo dentro de un terrario monísimo. Ella se derrite un poco.

—Se llama Kika —dice él, orgulloso—. La rescataron de gente que la tenía como juguete. Mira cómo se relaja si le pones música suave.

Pone bossa nova. Vega está dispuesta a concederle todo lo concebible a un hombre que cuida erizos con bossa nova, cuando suena el telefonillo.

—¿Sí? —contesta él.

—Soy yo —una voz femenina, tensa.

Álvaro la mira, incómodo—. Es Claudia. Viene a por unas cosas. Tranquila, no tardará.

El loro levanta el cuello como si oliera pólvora.

—¡Claudiaaaaa! —repite con tono de culebrón—. ¡No le abras!

La puerta suena. Entra una mujer espectacular con coleta alta, camiseta negra y gafas de sol en el pelo. Mira alrededor con rapidez quirúrgica, escanea a Vega de arriba abajo, localiza a Ragnar, a los hurones y al loro en menos de dos segundos. Profesional de crisis.

—Hola —dice Vega, educada.

—Hola —responde ella, sin sonreír—. Vengo a por mis libros… y por Moco los fines de semana, como acordamos.

—Estamos en proceso de separación de bienes mustélidos —explica Álvaro, apurado.

El loro se inclina hacia Vega.

—¡Zorra! —susurra.

—Coco —le dice ella—. Te voy a denunciar por calumnias.

Claudia sostiene la mirada de Vega un segundo, luego baja al loro, que ahora sí la ignora con displicencia. Los hurones se vuelven locos alrededor de sus zapatillas. Ragnar, traidor, también. Vega nota que le sobra medio planeta en esa casa.

—Me voy a ir ya —anuncia, con voz amable de maestra que necesita huir del aula antes de llorar—. Gracias por… todo.

—Vega, espera, te acompaño abajo —dice Álvaro, angustiado de repente—. Y te invito a una cena sin fauna. Te lo prometo.

Ella coge el bolso. Faltan las llaves. Turbo la mira desde debajo del sofá con algo metálico en la boca. Se arrodilla con la elegancia de una rana, mete el brazo. El hurón se mete más. Álvaro hace un gesto maestro, Turbo suelta el llavero, ella recupera la dignidad… a plazos.

—Perdón por el… caos —Álvaro aprieta los labios en un ruego suave—. Esto no suele ser así.

—Lo sé —miente ella—. Ha sido… muy interesante.

—Te escribo mañana, ¿vale?

—Vale —dice, sin saber si quiere que lo haga.

El loro la despide con un "¡Fueraaa!" que resuena por la escalera.

Nada más salir a la calle, el móvil vibra como si le hiciera una maniobra de reanimación.

Chris:

¿Sigo con el exorcista o me doy la vuelta?

¿Tres hurones, un loro, un perro, un erizo y una ex?

Vega:

Sí a todo.

Chris:

Madre mía, Vega. ¿Estás bien?

Vega:

Me ha mordisqueado el tobillo una mopa con colmillos. Un señor verde me ha llamado bruja. Un cajón me ha enseñado Frozen versión trauma. Y un perro me ha abrazado como si fuera su terapeuta. Estoy viva.

Chris:

¿Quieres que vaya a por ti? Estoy a 12 minutos. 10 si me salto dos rotondas.

Vega:

Voy hacia casa. Puedo sola.

Chris:

Ya, pero no me quites la ilusión de rescatarte. Hace mucho que no hago de héroe.

Vega:

No necesito héroes. Necesito antiestamínico.

Chris:

Te llevo helado. El antiestamínico de la gente triste.

Vega:

No estoy triste.

Chris:

Ya lo sé. Te conozco, croquetilla. Estás agotada. Y te estás riendo por no llorar.

Ella se queda parada mirando un escaparate de lámparas. Tiene razón. Se está riendo por no llorar, y por la imagen mental del cajón con los pollitos.

Chris:

Oye… en serio: dime que en algún momento pensaste «ojalá estar en el sofá con alguien viendo una serie idiota y riéndome del loro desde lejos».

Vega:

Lo pensé.

Y también pensé que él es bueno. De verdad. Solo que su vida es un zoo literal.

Chris:

Los buenos también muerden, Vega. A veces mordisquitos. A veces el alma.

¿Le darás otra oportunidad?

Vega camina dos calles en silencio. Piensa en Álvaro sosteniendo a Ragnar con paciencia, en el brillo cuando habla del centro de fauna, en su "te invito a una cena sin fauna".

Vega:

No lo sé. Hoy, no.

Chris:

Bien. Hoy, no.

¿Puedo decirte algo aunque me odies dos segundos?

Vega:

Adelante, coach sentimental.

Chris:

Te mereces divertirte y estar tranquila. No renuncies a ninguna de las dos.

A Vega le sale una sonrisa pequeña, de esas que te arreglan la espalda.

Vega:

Gracias.

Y gracias por no aparecer a lo kamikaze. En serio.

Chris:

Tenía la zapatilla puesta. Pero si tú dices "voy bien", yo confío. Aunque me muera un poco.

Por cierto: ¿el loro… está disponible para cumpleaños infantiles?

Vega:

Sí, si quieres arruinarle la infancia a varios niños.

Chris:

Perfecto. Planazo.

Te dejo. Dúchate, deshuronízate y te llamo en 20 minutos para ver algo tonto a la vez. Sin hablar. Solo enviándonos memes y diciendo «qué asco de personaje» cada 7 minutos.

Vega:

Hecho.

Gracias por… estar. Siempre.

Chris:

Siempre, mascarponcilla.

Vega guarda el móvil y sigue andando. Nota el escozor del mordisquito en el tobillo y, sin querer, se ríe sola. Cita 9 (o 8 o 10, ya ni sabe) superada. La teoría de las doce citas sigue viva, pero su brújula pide descanso. No sabe si Álvaro le escribirá mañana ni si querrá responderle. Lo que sí sabe, al abrir su portal y oler a casa, es que la paz existe en cosas tan simples como quitarse el vaquero, ponerse el pijama, y saber que, pase lo que pase, al otro lado del teléfono hay alguien que le manda un meme de perros patinando y la llama «croquetilla» sin que le moleste.

Será que el amor se encuentra en la cita número doce.

O será —y esto no se lo dirá jamás a Chris— que el amor siempre estuvo pululando por ahí cerca.

CAPÍTULO TRECE

El timbre suena justo cuando el móvil vibra por enésima vez.

Chris (WhatsApp):

¿Has sobrevivido al veterinario o te ha adoptado un hurón?

Si no respondes en 10 segundos me planto con helado y una red de cazar loros.

Chris:

9

8

7

—¡Vale, vale! —murmura Vega, camino a la puerta—. Qué pesado… aunque es mono cuando es pesado.

Abre convencida de que va a encontrarse a Chris con sus zapatillas de siempre y una bolsa de Häagen-Dazs.

Pero no.

—Hola, hermanita.

Martín está en el rellano, con la camisa medio fuera del pantalón (en él, eso ya es catástrofe), la mirada en cualquier sitio menos en ella y ese gesto suyo de tocarse la nariz cada veinte segundos como si comprobara que sigue ahí. Pasa dentro sin hacerlo del todo: como si le diera miedo que la casa se le venga encima.

—¿Tú por aquí? —intenta Vega el tono de broma—. ¿No deberías estar midiendo zócalos perfectos con tu arquitecta favorita?

—¿Podemos hablar?

Ah. Eso. Serio.

Vega le señala el sofá, pero él se queda de pie. Camina dos pasos, vuelve, se frota la nuca, se toca la nariz otra vez. No la mira. A Vega le entran ganas de meterlo en el microondas, darle a «descongelar» y que se le suelte el nudo de un golpe.

—¿Agua? ¿Cerveza? ¿Algo fuerte que justifique ese careto?

Él niega. Traga saliva.

—He conocido a alguien.

La frase se queda flotando. Se ve, como una cometa que nadie se atreve a recoger.

—¿Perdón?

—En una convención —pone las manos en los bolsillos—. Fue un café. Solo un café. Nada… —busca la palabra—. Nada fuera de tono. Hablamos de trabajo, del catering horrible, del aire acondicionado puesto para pingüinos. Tonterías. Pero… —respira hondo— siento algo… raro. No por lo que hablé, sino por cómo. Es como mirar al sol y que se te queda la mancha en la retina. Ese estampado. Pero aquí —se señala el pecho—. Y no se va.

Silencio. Vega entiende, de pronto, que está en la antesala de algo que no va de titulares, sino de grietas. De esas que tardan siglos en abrirse y cuando te enteras ya te han dividido la casa en dos.

—Se llama África —dice él, por fin mirándola—. Coincidimos después con más gente. Me convencí de que no era nada, que estaba exagerando, que era una de esas chispas que nacen porque llevo días durmiendo mal, porque tengo cosas en la cabeza. Me repetía que no tenía sentido. No tenía sentido. Y, cada vez, era peor. O más claro. No sé.

El móvil de Vega vuelve a vibrar. Ella lo gira boca abajo.

—¿Le has dicho algo? —pregunta.

—No. Ni un comentario fuera de sitio, te lo juro. Nada de coqueteos. Si leyeras lo que hablamos… temas de trabajo, ciudad, libros. Y sin embargo… —cierra los ojos—. Cuando ella me mira siento que… —se toca la nariz, otra vez—. Que importo. No sé si me entiendes. No es halago. Es… conexión. Como si alguien hubiera encontrado de pronto una frecuencia en la que yo no sabía que emitía.

La palabra conexión atraviesa a Vega. Piensa en sus propias frecuencias, en los cortes, en los ruidos.

—¿Y María?

—Quiero a María —dice tan rápido que parece habérselo ensayado—. La quiero. Es… es mi familia. Es mi vida. Pero. —Se le

quiebra la voz en esa sílaba minúscula—. Pero esto no sé dónde colocarlo. He intentado ignorarlo, he intentado reírme, he intentado decirme «no pasa nada»… Y pasa. Crece. Me despierta. Y me mata de culpa.

Se sienta por fin. Codos en las rodillas. Las manos juntas como quien reza sin querer. Respira. Y llora. Primero con prudencia —dos líneas discretas—, luego como si alguien hubiera echado a correr el agua. Vega aprieta los dientes para no sumarse, porque si caen los dos no los levanta ni la grúa que alquilan para los árboles de Navidad.

—Lo peor es Anto —murmura—. Solo pensar que puedo romperle algo… —cierra los ojos—. No sé cómo manejarlo, Vega. No sé si tengo que apagar este… esto, o si tengo que… —hace un gesto vago con la mano, como señalando un abismo— saltar y confiar en que hay red. Y no quiero hacer daño. Y no quiero mentir. Y no quiero vivir con miedo. Y no quiero ser el malo.

Vega se acerca y le pone una mano en la nuca. Como cuando eran pequeños y él se caía de la bici y había sangre, pero el mundo seguía.

—Escúchame —dice bajito—. Lo primero: no eres un monstruo. Esto pasa. Sé que nadie lo cuenta porque da vergüenza y porque da miedo que te apunten con el dedo, pero pasa. A veces quieres a alguien y, un día, aparece una persona que te enciende otra luz. Y no es porque el de casa sea peor ni porque tú seas un idiota. El amor es así de jodidamente raro. Es más fácil cuando no pasa, claro. Pero pasa.

Él se limpia la cara con el dorso de la mano. La mira como si necesitara permiso para respirar.

—No te digo "haz esto". No puedo. Nadie puede. Pero sí te digo: haz lo que vayas a hacer con madurez. Y con respeto. Sin esconderte detrás de cuentos. Si decides quedarte, trabaja eso que te falta. Si decides irte, que sea después de haberlo mirado de frente, no como el que se fuga por la ventana. Y en todo: Anto primero. Siempre. Sin convertirla en una moneda de cambio.

—Yo no la metería —dice, casi ofendido.

—Lo sé. Pero te lo digo igual. Porque cuando duele, duele mucho, y uno pierde norte. —Inspira—. Quizá… habláis tú y María en serio. Con verdad. Terapia si hace falta. Y tú, mientras, cero heroicidades románticas. Ni héroe que renuncia a sí mismo, ni kamikaze que deja a su familia por una idea. Un paso cada día. Y, si puedes, dormir. Porque con sueño nadie decide bien.

Él sonríe por primera vez. Torcido. Humano.

—Eres mejor que yo —susurra.

—No, soy tu hermana. Y te quiero incluso cuando hueles a café de convención.

El móvil vibra otra vez. Vega lo coge de reojo.

Chris:

¿Puerta abierta? ¿Me presento con croquetas?

Batería al 5%. Si no contestas, asumo secuestro por hurones.

Vega guarda el teléfono. Martín la mira con esa sonrisa lata de sardinas que siempre la desarma.

—No era Chris, ¿verdad?

—No le des más aire que ya va sobrado.

—Te cuida. Y tú a él. —Hace una pausa—. A veces me pregunto si no estáis dando un rodeo.

Vega pone los ojos en blanco. La conversación acaba de desviarse del mapa.

—Martín…

—Es que se ve —continúa él, apoyando los antebrazos en las rodillas—. Podéis haceros los tontos, pero cuando estáis juntos hay algo… no sé… Rebotáis. Entráis en la sala y cambia la gravedad. —Alza las manos—. Y sí, ya sé que yo no estoy precisamente para hablar, con toda esta movida. Pero es que viéndote aquí, escuchándote, con el móvil vibrando… Es que tarde o temprano acabarás con Chris.

—¡No! —le sale a Vega más rápido y más alto de lo que habría querido. Se cruza de brazos—. No. Chris es… Chris. Mi mejor amigo. Mi familia elegida. Fin.

—Ya. —No suena a "ya lo entiendo", sino a "ya, claro"—. Por cierto… —carraspea—. En su día leí… bueno, encontré… esas cosas que escribías.

Vega queda inmóvil.

—¿Qué cosas?

—No estaban para enviar. —Se encoge, culpable—. Lo sé. Fue una vez, en casa de mamá. Una caja tuya con cuadernos. No buscaba nada. Estaba… no sé… ordenando. Se abrió, cayeron papeles. Leí una frase. Una frase. Y supe que no quería leer más. Lo juro. Pero ya… —abre las manos— ya sabía.

Vega nota el calor subir desde el estómago, pasando por el cuello, hasta las orejas. Se convierte en tomate. Tomate con ojos. Baja la cabeza y se ríe por no morir de vergüenza.

—Vale —dice, casi sin voz—. En su día escribí. Escribía. No para mandarlas. Para… sacarme cosas. Cosas de adolescente tardía. O de idiota temprana. Y no, no significa que ahora… —hace un gesto impreciso—. No significa.

—No te estoy juzgando, Veg —él le aprieta la mano—. Te quiero. Y quiero que también te pase lo que te tenga que pasar. Pero que no te mientas —le devuelve su frase de antes, el bribón—. Que no te digas "no pasa nada" si pasa. Y que no te digas "me da igual" si no te da. Eso es todo.

Vega quiere enfadarse. O esconderse. En vez de eso, respira. Por primera vez en todo el día, le cae encima una calma rara. Una especie de vale, es verdad. No "acabaré con Chris" —eso sería un salto al vacío—, sino "no voy a fingir que no hay nada". Hay cosas que es mejor nombrarlas, como a los sustos debajo de la cama.

—¿Quieres que te odie por lo de los papeles o ya lo dejamos para la cena de Navidad? —logra bromear.

—Navidad tengo huecos libres para ser odiado —sonríe—. Entre el 24 y el 6. El 31 imposible, esa noche me odia mucha gente.

Se ríen. Y, a la vez, el nudo sigue ahí. Porque el humor es maravilloso, pero no recoge el cristal si se te cae el vaso.

—Si te hace bien, escribo a María y me quedo con Anto cuando habléis —dice Vega, práctica.

—No. —Él niega despacio—. Aún no. Quiero… —busca palabras — tocar suelo. Ver si esto es un reflejo o un sol de verdad. Si es marca en retina o solo el recuerdo de haber mirado fuerte. Vega: Gracias.

—Para eso están las hermanas. Para decir "respira", "bebe agua" y "no hagas estupideces". Y si las haces, para traerte tiritas.

—¿Y tú? —su mirada cambia de tono, como de "hermano en crisis" a "hermano mayor" en un clic—. ¿Cómo estás tú? ¿El veterinario era un príncipe?

—Era el zoo de Valencia —resopla Vega—. Me ha insultado un loro.

—¿Te ha llamado "zorra"?

—"Bruja". El matiz importa. —Sonríe—. Pero Álvaro es buen tipo. Solo… su casa es National Geographic. Y yo no estoy para convivir con ratitas de congelador.

—Ratitas de… —Él se lleva la mano a la frente—. Vale. Retiro lo del príncipe.

Se quedan un momento en ese silencio cómodo que solo te puedes permitir con la gente que te conoce el código fuente. Martín se levanta. Da una vuelta por el salón como si necesitara despedirse del espacio. Cuando vuelve, Vega tiene las manos en los bolsillos de la sudadera, para no tocar el móvil.

—Me voy —dice él—. Quería… quería que lo supieras. Que si mañana por casualidad todo esto explota, no te enteres por…

Se acerca y la abraza. Ese abrazo que en su familia no es apretón: es refugio. Le deja una lágrima en el pelo, o igual es de Vega, ya no distinguen. El corazón de Martín va un poco más lento. El de Vega, un poco más rápido. Se separan despacio.

—Y por favor… —sonríe torcido—. Deja de decir que Chris es "solo tu amigo" con esa cara. Se te nota hasta por WhatsApp.

Vega le lanza un cojín. Es su forma de decir "te quiero" y la de él de decir "cállate". Cierra. Se queda con la frente apoyada en la madera unos segundos, como si la puerta pudiera prestarle un poco de firmeza.

El piso vuelve a sonar como suena un piso cuando ya no hay nadie: el zumbido bajito del frigorífico, un coche en la calle, un vecino que cierra un armario. Va a la cocina, se sirve agua y se sienta en el suelo, apoyada en los azulejos. Ahí es donde se pone cuando necesita pensar de verdad. El suelo le recuerda que hay gravedad y que no se va a salir volando por la ventana.

El móvil vibra de nuevo.

Chris:

¿Hola? ¿Sigues con vida?

Vega:

Vivo.

Chris:

"Vivo." —Qué poco me dices con tan poco.

¿Necesitas risas o silencio?

Vega mira la pantalla un rato largo. Puede contarle lo de Martín. Puede pedirle que venga. Que le haga el show, que le dé un abrazo de esos que te recolocan el esqueleto. Puede. Y, sin embargo, siente una necesidad rara de hacer algo que casi nunca hace: meditar. No en plan velitas e incienso —que también le va, según el día—, sino sentarse con todo esto y escuchar qué suena dentro si apaga las notificaciones.

Vega:

Ahora silencio. Luego risas.

No me rescates.

Chris:

Copiado.

Te dejo un meme programado para dentro de 1h. Nivel 10/10.

Si necesitas que me calle, me callo. Si necesitas que hable, me callo también y te escucho.

—Idiota —sonríe Vega, sola.

Apaga el móvil. Lo pone boca abajo como si fuera un animalito al que quiere que descanse. Cruza las piernas en el suelo. Cierra los ojos. Respira.

Inspira, Vega.

Expira.

Hay un hombre que ama a su mujer y ha visto un relámpago en otra parte.

Hay una niña que no merece ser ariete de nada.

Hay una hermana que quiere ser útil, no jueza.

Hay un amigo que se le mete en el pecho aunque diga que no.

Hay un loro que la llamó bruja, pero ella no es eso.

Hay un camino que no sabe cuál es, y está bien no saber.

Deja que le lleguen imágenes como diapositivas pobres: África riéndose con un café en la mano sin saber que está en medio de un terremoto; María colocando platos en una mesa como si tenerlo todo recto fuera la manera más dulce de sostener el mundo; Antonella preguntando "¿qué cenamos?" sin imaginar que los adultos a veces son niños asustados; ella con su pantalón mordisqueado por un hurón; Chris escribiendo "croquetilla" con ese descaro que es su casa.

El amor, piensa, es eso que no entra en los excels que hace para vivir. No se deja normalizar, ni medir, ni meter en una fórmula. A veces aparece en una convención con nombre de continente. A veces crece en la adolescencia y, si no lo miras, se convierte en cartas que guardas en cajas que no quieres que nadie lea. A veces te insulta un loro y te recuerdas que, aun así, quieres intentarlo otra vez. A veces no. Y no pasa nada.

Abre los ojos. La cocina sigue ahí. El vaso de agua, la mesa con dos migas del desayuno, su zapatilla tirada de cualquier manera.

No sabe qué va a hacer Martín. No sabe qué va a querer África. No sabe cómo va a responder María. No sabe si su hermano va a poder con la culpa o con la pasión o con las dos. Tampoco sabe qué va a hacer con sus sentimientos encerrados… Sabe que hoy solo va a respirar. Y que mañana… mañana verá.

Se levanta despacio, como si el aire fuera gelatina. Va al baño, se mira en el espejo. Tiene los ojos un poco rojos. Se sonríe sin ganas pero con cariño. Cierra la luz.

En el salón, el teléfono vuelve a vibrar. Lo enciende por pura curiosidad. Un mensaje programado.

Chris:

(Meme de un hurón vestido de detective con lupa)

Texto: "Cuando quedas con un vet y descubres que vive en Zoorrecife".

Vega ríe. Es pequeña, pero verdadera. Tejida con hilitos de cansancio y ternura.

—Gracias —susurra, y ni siquiera sabe si se lo dice a él, a su hermano, a ella, o a todos los que hoy la han traído a este lugar

rarísimo: un sitio donde duele y, sin embargo, hay sitio para sentarse, cerrar los ojos… y quedarse.

No escribe nada más. Se mete en la cama, todavía con la sudadera puesta. Deja el móvil en modo avión. Respira otra vez. Un minuto, dos, diez. Y entre la marca en la retina y la calma recién aprendida, se duerme.

La teoría de las doce citas puede esperar.

A veces, lo más revolucionario no es salir a buscar el amor en la cita número doce.

Es quedarse muy quieta, escuchando cómo late. Dentro. Donde siempre estuvo.

CAPÍTULO CATORCE

Chris - 20 años antes

La tarde se pegaba a las paredes como chicle viejo. En la plaza, el sol dejaba la sombra corta de los árboles y el suelo olía a polvo y Aquarius. Chris llegó con gorra, ojeras un aire despreocupado.

—Estás precioso —soltó Martín, estirado en el banco—. Precioso rollo cadáver.

—Nunca había bebido —gruñó Chris, dejándose caer—. Lo de la resaca es personal. Me odia a mí en concreto.

—Ajá. Y, aun así, se te pone cara de tonto cuando piensas en la fiesta —Martín inclinó la cabeza, divertido—. ¿Qué tal?

Chris notó cómo la sonrisa se le escapaba sola, la más delatadora. Le venían fogonazos: luces en el jardín, música empujando por los altavoces, la risa de ella cerca, una conversación que se corta, un abrazo… y un vacío borroso justo en el lugar donde querría un recuerdo nítido.

—Estuvo… bien —dijo, por ahorrar épica.

Para huir, cambió de tema.

—¿Y tú? ¿Qué tal la segunda con María? —preguntó. Sabía que por eso Martín no había ido a la fiesta.

—Fue… fácil —contestó él, con una calma nueva—. Con ella todo es fácil. No tengo que parecer nada. Soy, y ya. —Se rascó la nuca, serio—. No sé si te va a sonar a flipado, pero la miro y me sale pensar en años. No semanas, años. Me veo compartiendo vida con María. Familia y todo. Es… maravilloso.

Chris soltó una carcajada breve.

—Eres un romántico empedernido, hermano.

—Y tú también, aunque lo tapes con chistes —Martín le dio un codazo—. Por cierto: cada vez que dices "Vega" te sale sonrisa de

gilipollas. Cada vez.

Chris intentó cara de póker. Nunca le salía.

—¿Qué dices?

—Que hace tiempo que se os ve. —Martín habló sin teatro—. Os buscáis. Yo esperaba que anoche pasara algo, y si pasó, me alegro. Si no, pasará. Y me alegraré igual.

El corazón de Chris hizo un amago tonto. Toda la estrategia de "no lo nombres, no existe" se le cayó en dos frases.

—Vale —admitió, frotándose la nuca—. Sí. Me pasa algo con ella. Desde hace tiempo. Lo de anoche fue… de los mejores días, aunque no recuerdo bien. Bebí como un campeón la primera vez y ahora tengo la cabeza a parches. Sé que la abracé, reímos… pero nada más… Y me da miedo. No sé qué siente ella. A veces parece que sí, luego no. No quiero cargarme lo que tenemos por abrir la boca a destiempo.

Martín lo escuchó con esa mezcla rara de hermano mayor y colega de patio.

—Pues yo sí sé algo —dijo al fin.

—¿El qué?

En lugar de responder, sacó una carpeta azul de su mochila. Una de gomas, vieja de los años de instituto.

—El he estado ayudando a mamá a mover cajas —explicó—. Y he visto esto. No estaba buscando nada, lo juro. Vi una frase, cerré, y ya. Pero… —se encogió— no quiero ser guardián de secretos vuestros. Te lo doy. Léelo. Luego decides si me odias o me invitas a un helado.

Chris la miró como si ardiera. La cogió por fin. Dentro, hojas sueltas y un cuadernito de anillas con portada de rayas. La letra era inconfundible: inclinada, apretada, las t largas. Vega.

—No estaban para enviar —aclaró Martín—. Creo que son cosas que escribió para sacar lo que llevaba. Una… cartas que no quería mandar. Lee una. La que quieras. Y ya.

Chris respiró, notó el pulso en las sienes, y eligió al azar. Ningún título. Solo la voz de ella.

No sé por qué estoy escribiendo esto si ni pienso dártelo. Supongo que porque si lo digo en voz alta me muero de vergüenza y

así, en papel, parece menos real. A lo mejor necesito sacarlo de mi cabeza para no explotar.

Hoy me he dado cuenta de que te tengo muy calado. Sé que cuando te pones nervioso haces chistes malos, que miras al suelo antes de mirar a los ojos si la cosa es seria, que siempre te inventas alguna tontería para escapar de las preguntas raras que te hago. Y eso… me da ternura. Y miedo. Porque cuando siento que te conozco tanto me entra pánico de perderte.

Esta tarde, en el río, me tumbé en tu pecho como si fuera lo normal. No lo es. O igual sí, para nosotros. He escuchado tu respiración y he pensado: ojalá se parara el tiempo aquí, así, con todo en silencio menos eso. No te lo dije porque me sonaba a peli pastelosa. Escribirlo aquí ya me da corte. Estoy roja aunque nadie me vea.

Me pasa algo contigo. No son fuegos artificiales. Son cosas pequeñas: que me da igual que se me salga la cadena de la bici si tú me la arreglas, me da igual llegar tarde si vamos riéndonos, me da igual el ruido si estás al lado. No sé si esto es estar enamorada o qué. Lo llamo "esto" para no asustarme. "Esto" me pasa contigo.

Intento no fliparme. Me digo que es solo el verano, que eres mi amigo y ya, que en septiembre se me pasará cuando volvamos a clase, que a lo mejor me gusta la idea de gustarte y no tú. Que igual me invento tus miradas porque me viene bien. Que esto es solo amistad muy intensa. Y me da miedo pensarlo. Me siento vieja con 16 años.

Luego vienes y me dices una tontería y se me caen todas las teorías al suelo. No hay listas ni apuntes que me lo aclaren. Solo tú y mi cuerpo diciendo "sí". Qué rabia y qué gusto a la vez. Me gustaría ser fría un rato. No puedo.

Sé que caes bien a todo el mundo. No lo digo por postureo. Es que eres de esos que gustan sin esfuerzo. Y yo… me siento rara, porque me gusta alguien que le gusta a todo el mundo. Me entran ganas de proteger "lo mío". Pero, ¿qué es "lo mío"? Qué cursi todo. Perdón. Prometí no ser cursi y mírame. Culpa tuya.

He pensado mil veces si decírtelo. Siempre me imagino perdiéndote. Me da miedo romper lo que sí existe: nuestra amistad.

Me da miedo que yo te guste menos de lo que tú me gustas a mí y quedarme como una tonta. Y a la vez me da miedo no hacer nada y que pasen los años y no haber sido valiente ni una vez.

A veces me pongo chula y pienso: "que lo diga él si quiere; yo no me voy a estrellar". Y entonces me acuerdo de que a veces, cuando hablamos, te cambia un poco la voz. Solo un poco. Y con eso me basta un día entero. Soy barata: me das tres señales y vivo de rentas hasta el viernes. Qué triste y qué bonito a la vez.

Creo que te veo más grande de lo que te ves tú. Me pareces más bueno, más listo, más valiente. Me pareces un sitio seguro. Y

Total: que he escrito "te quiero" tres veces y lo he borrado tres. No sé si es "te quiero" de decirlo o "te quiero" de guardarlo. No quiero que te asustes. No quiero asustarme. No quiero que nada cambie y quiero que todo cambie. A ratos pienso que si tú me dijeras "ven" yo iría, sin hacerme la difícil, como se va a casa. A ratos pienso que me lo invento todo.

Si algún día lees esto (no lo vas a leer), que conste que lo escribí para estar menos sola con lo que siento. Si no te gusta, ríete. Si te hace daño, rómpelo. Si te hace bien, guárdalo. Si te da igual, déjalo aquí. Fin. Me voy a estudiar mates, que es lo único que me salva de pensar. PD: si mañana te veo, haré como si nada. Pero sabré. Y eso ya es algo.

Chris llegó al "fin" con la garganta apretada. Tuvo que parpadear dos veces para que las letras no se emborronaran. No sé si te sobreestimo. Creo que sí. Aquello le dio de lleno. Él llevaba meses subiéndose a Vega a un pedestal: más guapa, más lista, más luminosa, de esas personas que atraviesan una sala y todo el mundo gira la cara. En su cabeza, ella estaba irremediablemente "por encima". Y leer esa inseguridad —esa duda de si él estaba por encima— lo dejó desnudo. Ella también duda. Ella también tiene miedo. Ella me ve más grande de lo que soy.

Se dejó caer hacia atrás en el banco, sujetando la hoja como si fuera frágil. Notaba al mismo tiempo una alegría nueva y un vértigo antiguo.

—Hostia —dijo, sin adorno.

—¿Bien "hostia" o mal "hostia"? —preguntó Martín, con media sonrisa cauta.

—No sé. —Se rió, medio llorando—. Las dos. Bien porque… —alzó la carta— esto. Mal porque ahora tengo más miedo. Pero del bueno.

Martín asintió despacio, como si confirmara algo que ya intuía.

—¿Te sorprende?

—Sí. —Chris miró a su amigo—. Yo pensaba que ella estaba por encima de mí. Que esto sólo me pasaba a mí. Y ahora… —se señaló el pecho— ahora sé que estamos en el mismo idioma, aunque no lo pronunciemos. —Volvió a bajar la vista—. Y también he leído que le da miedo perder lo que tenemos. Igual que a mí.

—Entonces no vayáis a lo bruto —dijo Martín—. No conviertas esto en una misión. No le enseñes papeles. No le digas "sé que me quieres porque lo he leído". No hagas eso. —Se le escapó una risa—. Sería muy de ti.

—No soy tan imbécil.

—A veces sí —bromeó, y enseguida volvió al tono serio—. Haz lo que te salga, pero con cuidado. Y no hoy. Hoy estás en resaca de todo: del alcohol y de la emoción. Mañana, si se da, le haces sitio. Nada más.

—¿Hacer sitio?

—Sí. —Martín se encogió—. No ir con discurso. Dejar hueco para que si quiere, entre. Tú abre la puerta por dentro. Si entra, bien. Si no, también seguirás siendo tú.

Se quedaron un rato callados, mirando cómo una bicicleta cruzaba la plaza con un niño de pie en los pedales. A Chris le parecía increíble que el mundo siguiera. Había algo ridículo en que la gente siguiera comprando pan cuando a él se le acababa de mover el suelo.

—Gracias —dijo, y le salió de verdad.

—Para eso están los hermanos y los amigos —replicó Martín, levantándose—. Para darte la valla del campo: te agarras si te caes, pero la valla no te empuja a saltar. —Le dio una palmada en el hombro—. Mañana churros. Y me cuentas si construyes un puente o te tiras de él.

—Eres un poeta —rió Chris.

—Soy un romántico empedernido —corrigió Martín—. Y tú también, aunque te hagas el duro.

—Cállate.

—Vale. —Se colgó la mochila—. Y, Chris… me alegro. Mucho. De lo que sea que pase entre vosotros. De verdad.

Se chocaron la mano con torpeza adolescente y cada uno tiró por su calle.

Chris caminó con la carpeta apretada contra el vientre, como si llevara dentro un animalito que no quería asustar. No pensó en pasar "debajo de su casa" —además, era la misma de Martín—. No pensó en discursos. Pensó en hacer sitio. En llegar a mañana con la cabeza menos rota. En que, probablemente, no había que decir "te quiero" para que ya estuviera dicho en los gestos tontos: una risa compartida, una piedra plana rebotando cuatro veces en el río, una cabeza que descansa donde encuentra paz.

Esa noche, en su habitación, guardó la carta dentro del cuaderno y el cuaderno en el cajón, no por esconderlo de Vega, sino de su prisa. Se tumbó. La frase le volvió sola, como una respiración: "No quiero que nada cambie y quiero que todo cambie." Sonrió en la oscuridad. Por primera vez desde que tenía memoria, le pareció que tenía una instrucción simple para seguir: mañana, dejar hueco.

CAPÍTULO QUINCE

Vega odia los eventos de empresa con la misma pasión con la que ama el brócoli al vapor. Los evita siempre que puede, y cuando no puede, va con la actitud de quien asiste a su propia colonoscopia: resignada, rígida y con poco margen para el humor.

—Trimestre espectacular, espíritu de compañía, gracias por el esfuerzo, bla, bla —recita mientras arrastra los pies por el pasillo de su casa buscando las zapatillas.

—O sea, una secta con Excel —responde Chris desde la puerta, apoyado en el marco como si fuera el protagonista de una comedia romántica barata—. ¿Qué tal, merenguita? ¿Lista para comprar trapos?

—No los llames trapos, que luego me da alergia en el monedero. Además, DatArt dice que hay que celebrar los resultados como familia —Vega hace comillas con los dedos—. Familia mafiosa, supongo. El arte de los datos… El nombre ya es un microinfarto.

—DatArt es fantástico. Suena a discoteca de nerds. Me encanta. Y, perdona, yo, por raro que parezca, no tengo nada el fin de semana. Te acompaño como gigoló de lujo. Si te preguntan, di que te cobro por hora —sonríe con descaro—. Y si tus compañeras están buenas, les das mi teléfono, que me gusta diversificar la cartera de clientes.

—Eres un imbécil —contesta ella sin poder evitar reír—. Y sí, habrá tías guapas. Mucho brillo, mucho eyeliner.

—Maravilloso. Voy a poner cara de que sé lo que es un KPI mientras bailo reguetón.

—No bailes reguetón en un evento corporativo. Acabarás haciendo el gusano y me despedirán a mí.

—Entonces iré de novio formal. O de amante secreto. Lo voy decidiendo sobre la marcha.

—Si alguien te pregunta, dime que eres… mi gestor de expectativas.

—Tu gigoló gestor de expectativas —remata, guiñando un ojo.

El centro comercial está a tope. Música demasiado alta, olor a colonia cara y mesas con montañas de prendas dobladas al milímetro. Vega se detiene ante un escaparate donde un vestido color vino parece susurrarle "atrévete". Lo ignora. Ella es de vaqueros y tops básicos. El mundo vestido-piel brillante le da pereza.

—Plan —dice Chris con su tono de estratega poco fiable—: una prenda que te haga sentir "wow", una que sea cómoda para bailar y un por si acaso por si te arrepientes y decides huir a medianoche.

Entran en una tienda con espejos que adelgazan la autoestima y dependientas que huelen a flores caras. Una chica con coleta alta se acerca con la sonrisa profesional.

—¿Buscáis algo en especial?

—Ella busca el vestido que hará que el departamento de Business Intelligence se dé de baja de la inteligencia —dice Chris.

—Busco… no sé —Vega levanta los hombros—. Algo que no parezca que me ha vestido mi tía segunda para una comunión.

La dependienta asiente con oficio, calibra la piel, el tono, la silueta, la indecisión, y en dos minutos aparece con un montón de perchas.

—Pruébate estos. Y este de satén… es peligroso —dice bajando la voz.

—¿Peligroso cómo? —pregunta Chris, interesado.

—Peligroso de "no me hago responsable de los colapsos" —contesta ella con una risa mínima.

Vega coge el lote con la dignidad de quien no quería estar allí pero ya está metida hasta el cuello. Entra en el probador. Chris se sienta enfrente, en un banquito ridículo que le queda pequeño. Cruza los brazos. Observa el desfile de cortinas.

—No mires —ordena Vega desde dentro.

—¡Jamás! —dice él, mirando fijamente a la cortina como si pudiera atravesarla con la voluntad.

Sale con el primero: negro, corto, de tejido firme. Minimalista. Vega se mira al espejo, gira un poco la cadera. No está mal. No es

ella, pero no está mal.

—Estás guapa —dice Chris, sincero—. Pero es "Cena de equipo que acaba en karaoke de Pastora Soler". Tú necesitas algo que haga ruido.

—¿Podemos no mencionar mi culo como si fuera un instrumento de percusión?

—No he dicho nada de tu culo. Aún.

Vuelve a entrar. Sale con uno verde, vaporoso, con espalda descubierta. Se le ilumina la piel.

—Este… —dice él, sentándose más recto.

—No me veo —miente.

—Yo sí te veo —responde él, y la frase se queda ahí, flotando.

Vega huye al probador con el corazón un poco acelerado. No quiere pensarlo más. Se enfunda el satén vino. Tarda un poco. El tejido resbala como agua. Cuando por fin corre la cortina y pone un pie fuera, el aire de la tienda cambia de densidad. Chris deja de respirar dos segundos. Sus ojos hacen ese gesto mínimo que ella ha aprendido a reconocer: sorpresa que intenta disimularse con humor y no lo consigue del todo.

El vestido abraza lo justo, sugiere lo necesario y deja una abertura al muslo que parece tener vida propia. No hay escote. No hace falta. Es… peligroso.

—Bueno —dice ella, fingiendo normalidad—. ¿Demasiado?

Chris abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir. La dependienta aparece de la nada como un hada.

—Ese vestido es un sí —dictamina—. Es… ya lo ves.

—Es… —Chris busca palabras—. Es "no me hago responsable de los colapsos".

La dependienta ríe. Pasa otra chica a su lado, clienta también, que se gira y, sin anestesia, le suelta a Vega:

—Jo, qué suerte. ¿Dónde has encontrado a tu novio? —señala a Chris con el mentón—. Se nota que os adoráis. Ojalá una relación así.

Vega abre la boca para decir "no es mi novio", pero la palabras se atascan contra el paladar. Mira a Chris. Chris la mira a ella. Y, por primera vez en mucho tiempo, Vega calla. Siente un pequeño golpe

en el estómago. No de vergüenza. De algo que no quiere nombrar. La chica ya se ha ido, pero el eco de "ojalá una relación así" rebota en los espejos.

—No le digas que no soy tu novio —bromea Chris tarde—. Me vienes bien para el currículum.

—Idiota —responde ella, con media sonrisa que no le llega del todo a los ojos.

Regresa al probador para cambiarse. El satén se engancha. La cremallera, alta, no cede.

—Eh… —asoma la cabeza por la cortina—. ¿Me ayudas? No sube.

—Por fin llega mi momento —Chris se planta detrás de la cortina un palmo—. Respira hondo.

La cortina queda entreabierta. Él entra a medias, con un respeto raro, como si el probador fuera una iglesia. Ella se gira, dejando la espalda al aire, la nuca limpia, un lunar diminuto junto al nacimiento del pelo. Chris coloca dos dedos en la base de la cremallera. Los otros dos, suaves, sobre la tela para tensarla. Sube un centímetro. Ella traga. Él también.

Los dedos rozan sin querer la piel caliente de Vega. Una corriente eléctrica que les sube por la columna. El zumbido de la cremallera es obsceno, como un secreto que se revela demasiado alto. Cuando llega a la mitad, se detiene un segundo porque sus dedos, de repente, ya no obedecen. Respiran al mismo tiempo. Tan cerca que Vega siente el aliento de él, limpio, a menta y algo cítrico. Él siente el olor a jazmín del pelo de ella, el mismo que lo vuelve niño durante un latido.

—Ya —murmura él, pero no se mueve. La voz le sale más grave.

—Gracias —susurra ella. Tampoco se mueve.

Podrían girarse y besarse. Está ahí, encima de la boca, como una palabra que no hace falta pronunciar. Podrían. Pero la cortina vibra con una carcajada de dependientas al otro lado, y el hechizo se resquebraja. Chris termina de subir la cremallera. Aparta la mano despacio, como si se soltara de una cuerda invisible.

—Listo, croquetilla —dice por fin, tirando de humor para salvar la vida.

Ella suelta el aire que no sabía que estaba guardando.

—Gracias, gigoló.

Salen del probador como dos personas que acaban de salir ilesas de una atracción peligrosa. Se miran sin mirarse. Deciden que sí: será el satén vino. Y unos tacones sensatos, que Vega quiere poder correr si detecta "espíritu corporativo" en la pista de baile.

—Los zapatos me los dejas a mí —dice Chris, y antes de que ella proteste, ya ha pagado—. Bonificación por aguantar mis chistes malos desde 2007.

—No deberías —Vega intenta no sonreír demasiado.

—Ya lo he hecho. Además, me gusta pensar que esta noche caminarás sobre algo que te he regalado. Es metafórico y cursi, pero me lo permites por hoy.

—Estás raro —dice ella, sin pensarlo.

Chris alza una ceja.

—Raro-bien. No hablo más. Gracias —rectifica, y guarda la bolsa.

Salen a la parte de cafeterías del centro comercial. Piden dos aguas (con gas para fastidiarla a ella) y un café para Vega. Se sientan en una mesa alta.

El móvil de Chris vibra. Lo mira. Sonríe de lado.

—Martín —dice—. "Terapia de birras. Nivel rojo. ¿Esta noche?" —Lee en voz alta, y luego mira a Vega—. Tu hermano necesita alcohol emocional.

Vega siente el latigazo en el estómago. Lo sabía. Lo había estado postergando toda la tarde, aferrándose a vestidos y cremallera para no tener que abrir esa caja.

—Chris —dice, y no usa ningún mote comestible. Mal asunto—. Necesito contarte algo antes de que te vea.

Él se tensa apenas. Baja el móvil, se inclina hacia ella como hace cuando de verdad escucha.

—Dispara.

Vega apoya los codos en la mesa alta y le da una vuelta al vaso de agua con gas. Esta vez no bromea.

—Es Martín —dice—. Ha conocido a una chica.

Chris baja el móvil, serio. No hay chistes, no hay guiños.

—¿Cómo?

—En una convención. Fue un café. Nada fuera de tono, de verdad. Pero… —busca la palabra con la vista clavada en las burbujas— le ha dejado la mancha en la retina. Y está asustado, Chris. Muy asustado. Lo que más le duele es que no sabe dónde colocar eso sin romper lo que ya tiene.

Chris asiente, despacio, como si acabara de encajar una pieza que preferiría no haber encontrado.

—¿Te lo ha contado él?

—Me dijo que quería verte. Terapia de birras. Nivel rojo.

—Joder… —Chris aprieta la mandíbula y luego la suelta—. Martín no es un insensible. Si está así es porque de verdad no sabe qué hacer.

—Lo peor —Vega baja la voz— es Anto. Y María. Le quiere. A los dos. Y tiene miedo de convertirse en el malo del cuento de su propia casa.

Quedan un segundo en silencio, con el ruido del centro comercial diluido como lluvia detrás de un cristal. Chris estira la mano y le aprieta los dedos a Vega, seco, firme.

—Vale. Lo primero: no es tu responsabilidad arreglar esto —dice sin soltarla—. Puedes, podemos estar para Anto, para escuchar a Martín, para sostener a María si llega el momento. Pero decidir… le toca a él.

—Lo sé —susurra ella—. Solo… me da pánico que alguien le rompa el corazón a Anto. O que él se lo rompa solo por no saber moverse.

—Martín no la usaría —responde Chris, serio—. Y si alguna vez pierde el norte, ahí estaremos tú y yo para recordarle dónde está.

Vega asiente, con los ojos un poco brillantes.

—Me dijo que quiere tocar suelo antes de hablar con María.

—Pues que toque suelo —dice Chris—. Y luego, verdad. Con respeto. Si se queda, que trabaje lo que falta. Si se va, que no sea por una fantasía ni por un arrebato. Y en medio: terapia. Con quien haga falta.

Vega respira algo más hondo. Mira su mano debajo de la de él y luego lo mira a él.

—Gracias por comprender como lo haces.

—A veces el… —Se frena por el peso de la palabra que sigue—. El amor aparece a así. A todos nos puede pasar.

La frase queda flotando entre ambos con una resonancia peligrosa. Vega aparta la vista, como si hubiera mirado al sol un segundo de más.

El móvil de Chris vibra. Él lo gira para que ella vea la pantalla: MARTÍN: "¿Esta noche birras?"

—Confirmado —dice.

Vega se queda mirando a la nada.

—Quería que no te pillara en frío. Y… —se encoge de hombros — quería compartir el peso.

—Aquí —Chris aprieta otra vez su mano— se reparte.

Se quedan así un instante, más cerca de lo habitual. Luego él suelta, respira y empuja el aire hacia el humor como quien abre una ventana.

—Plan para la fiesta: si alguien te pregunta, puedo ser lo que necesites: gigoló, gestor de expectativas o novio de mentira para espantar a los depredadores corporativos. Dime y actúo.

Se levantan.

—Y ahora, logística: medias, pintalabios y todo eso. Yo necesito una cerveza. Tú, agua con gas, para fastidiarme.

—Con gas doble —dice ella, levantándose también.

Caminan pegados pero no del todo. Al pasar ante la tienda de trajes, Chris se detiene frente a un blazer azul noche.

—Ni se te ocurra —dice Vega—. Si te lo pones, no voy a poder negar que eres mi novio de mentira.

—Precisamente por eso —responde él, y entra a probárselo.

Vega se queda fuera con la bolsa del vestido vino, pensando en Martín: en María plisando la cortina; en Anto preguntando cualquier cosa que aparezca en DMAX sin saber que, a veces, los mayores llevamos mundos en la cabeza; en África riéndose sin imaginar el terremoto. Y en Chris, dentro, abrochándose un botón como si

también estuviera preparándose para cargar con algo que no tiene nombre.

—Perdona —la interrumpe una voz a su lado; es la chica de antes—. ¿De verdad… estáis juntos?

Vega recuerda "estoy donde tú estés", recuerda la mano de Chris sobre la suya, recuerda a Martín pidiendo no ser el malo y a Anto primero, siempre. Siente el "no" en la punta de la lengua… y el "sí" bien dobladito en el bolsillo del pecho.

—Estamos —dice, suave.

La chica sonríe y se va. Entonces sale Chris con el blazer. Le queda insultantemente bien.

—¿Veredicto?

—Peligroso —responde ella.

—¿De "no me hago responsable de los infartos"? —imita a la dependienta, ofreciéndole el brazo.

Vega lo toma. Lo justo.

—Vamos —dice—. A brindar por el trimestre y a sobrevivir a la familia con indicadores. Y mañana… paella y verdad.

—Paella y verdad —repite él.

Salen del centro comercial con bolsas y con algo frágil entre los dos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Vega le escribe a Chris con la misma naturalidad con la que una pide pan en la panadería: sin segundas intenciones (¿o sí?) y con la seguridad de que él va a decir que sí.

—¿Qué haces? Me apetece verte. Café, helado o criticar al mundo.

Tarda poco en responder. Dos tics azules. «Liadísimo con el curro. Te llamo luego.»

Vale. Perfecto. Lógico. Razonable. Cero drama.

Vega pone el móvil boca abajo, se recoge la coleta que se le está deshaciendo desde que salió del centro comercial y se repite que todo bien. Y entonces hace lo peor que puede hacer una persona vulnerable con conexión a internet: abre Instagram.

La primera historia que le sale es de una excompañera de la facultad. La típica que iba siempre con los apuntes forrados, el delineador perfecto. Al principio no entiende lo que ve. Sábanas blancas. Un brazo masculino apoyado detrás de la cabeza. Una sonrisa medio torcida que conoce mejor de lo que quisiera. Acerca el móvil a la nariz, como si así pudiera cambiar lo evidente.

Chris.

Chris en una cama que no es la suya.

Chris con esa media sonrisa de anuncio de colonia.

Chris, al que "le llaman luego".

El texto superpuesto, con un sticker ridículo de flan: «Mi postre favorito y varios emojis en los que se incluyen corazones, marcas de labios y dulces».

Vega cierra la historia como si le hubiera explotado en la mano. Se queda mirando la pared con los ojos muy abiertos, como si alguien pudiera servirle un extintor emocional. No siente dolor —todavía—; siente una corriente caliente subiendo por el cuello.

Rabia, celos, vergüenza de tener celos. Y una vocecita interna que intenta calmarla: «Vega, no es tu novio, no os debéis nada, tú también tienes vida, ¿qué haces pensando en estas cosas?…” Bla, bla, bla. En su cabeza ahora mismo hay un comité: la Vega racional, la Vega digna, la Vega que grita.

Respira. Cuenta hasta diez. A la cuenta de tres, su dedo ya está buscando la app maldita.

Tinder.

Ni una lectura de bios. Ni una inspección de fotos. Desliza a la derecha con un ritmo digno de lanzadores de pelotas de tenis. Sí. Sí. Sí. Sí. Es una máquina de decir que sí. Si el algoritmo tuviera que describirla ahora mismo, pondría: “se deja llevar por impulsos primarios; buscar con cuidado repuestos”. Los “Match!” le saltan en la pantalla como si fueran palomitas en el microondas. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Vamos, venga. Que alguien la saque de aquí.

El primero que escribe se llama Iván. Ingeniero. Foto con perro (bien), gafas de pasta (mejor), sonrisa amable (ok). “¿Te apetece un café ahora? Estoy por Ruzafa”.

Sí. Sí, le apetece todo lo que no sea quedarse en casa imaginando a alguien que no es suyo con otra que no es ella.

—En quince minutos —responde, y ya se está colgando el bolso.

Camina rápido. El aire huele a pan de masa madre y a colonia rara. Entra en una cafetería con paredes de ladrillo visto, luz cálida y baristas que parecen seminaristas del café: hablan bajito y mueven los brazos como si invocaran a San Flat White. Iván ya está allí, de pie, sonriendo. Es alto, un poco desgarbado, parece que le han planchado la camisa con cariño. Le da la mano con un gesto firme, educado. Le cae bien sin esfuerzo. O le caería bien si fuera otra tarde.

—Capuccino para mí —dice Vega.

—Matcha latte —dice él.

Mala señal. Aun así, ella sonríe y se sienta. Iván habla de su trabajo en una empresa de energías renovables. Vega piensa en si la energía de la rabia es renovable o de las que te dejan el cuerpo como un solar. Él enseña una foto del perro. Ella dice “awww”

porque el perro es objetivamente adorable, con una oreja caída y la otra de guardia. Él pregunta por su trabajo con datos. Ella dice que apaga y enciende Excel de maneras sofisticadas. Ríen un poco. Todo correcto.

Hasta que vuelve, como una bofetada de espuma, la historia del flan.

Postre favorito.

Con dos besos.

En su cabeza aparece un letrero de neón: "NO HAGAS ESTUPIDECES". Lo lee. Lo asimila. Lo ignora.

Vega se inclina hacia delante sobre la mesa. Iván está explicándole no sé qué de su última media maratón. "El kilómetro quince siempre es el peor", dice, y ella le cree, aunque el peor kilómetro ahora mismo es el cero. Baja la mirada. Cruza el espacio entre su silla y la de él como si su mano fuera un dron. Y aterriza. En la entrepierna.

Es un acto reflejo, un gesto absurdo de alguien que no quiere pensar, que quiere saltarse la casilla de salida y aparecer directamente en el final. Siente a Iván ponerse rígido. Él la mira con unos ojos que ahora son dos monedas.

—¿Perdona? —se le rompe un poco la voz.

El cerebro de Vega se divide en dos mitades: la que observa desde fuera y dice "Vega, suelta ahora mismo" y la otra, que no sabe quién es, que piensa "a ver si al menos así deja de sentir esta punzada". Aparta la mano, por fin, y sonríe como una idiota que ha interpretado mal un mapa.

—Perdón, perdón, ha sido… un impulso.

—Creo que… no buscamos lo mismo —dice él, de pie ya, con esa dignidad destartalada del que no quiere ser grosero pero tampoco quedarse un segundo más—. Que tengas buena tarde.

El camarero la mira como se mira un accidente suave: con pena, pero sin apartar la vista. Vega se bebe el capuccino de dos tragos y sale con el corazón galopando.

En la calle le entra la risa. Una risa floja, histérica, como de quien hace un examen sin nombre. Se aguanta en un portal, respira, mira el móvil. Mensaje nuevo.

Dani. Informático. "¿Nos tomamos una caña? Estoy saliendo ahora de la oficina." Perfecto. La vida le da un "siguiente" y ella le da a "aceptar".

Se ven en un bar cercano, de esos con fotos de grupos indie en las paredes. Dani llega corriendo, con la camisa por fuera y el pelo como si se hubiera peinado con la mano en el ascensor. A Vega le gusta su energía. Ella se disculpa por llegar antes. Él se disculpa por existir. Ríen. Pide una caña. Él también. Diez minutos. Hablan de gilipolleces: que si la nueva temporada de esa serie, que si el último meme que lo ha matado. Vega empieza a sentirse… no bien, pero sí normal.

Suena el móvil de él. Mira la pantalla y la cara le cambia.

—Mierda, tengo una reunión —dice casi sin voz—. Es una incidencia gorda. De verdad, lo siento, me caes genial, pero…

—Tranquilo. Vete.

Él se va. Deja una sonrisa bonita, una caña medio llena y una sensación de déjà vu de su vida: a medio camino siempre aparece una urgencia. Vega se queda a medias otra vez: mitad enfado, mitad risa, mitad… no sabe, hoy es muy de mitades.

Por lo menos ya lleva 9 citas, piensa.

Sale a la calle y su yo racional intenta volver a la superficie: "Vete a casa, ponte una mascarilla, llama a Anto para que te cuente algo de su cole, hazte una tortilla. No hagas más el ridículo".

Su yo despechado la agarra de la muñeca y le susurra: "Una más".

El tercer match se llama Sergio. Treinta y cuatro. Tres fotos en el mismo sitio: su salón. Camiseta conforme, bíceps de manual, sonrisa de esas que te empujan a decisiones regulares. Vega le escribe "¿Estás por el centro?" y él responde con una dirección como quien da un ticket de la compra. "Estoy".

Pide un Uber y se mira en el reflejo de la ventana. Se ve guapa y un poco peligrosa. Esa mezcla exacta que hace que una se meta en líos. Se retoca el labial en rojo discreto. Se dice: "Mañana te vas a reír, o llorar, pero no te vas a quedar en el limbo".

Sergio abre la puerta sin camiseta. Sí: cliché. Piso moderno, sofá de piel, tele que ocupa media pared, ambientador con olor a

madera cara. Le da dos besos con confianza de antiguo amigo. No sabe si es una red flag o una bendición.

—Pasa —dice él.

Vega deja el bolso en la consola y se gira con la intención de decir algo ingenioso, pero no le sale nada. Se miran como dos personas adultas que han entendido el contrato tácito de ese mensaje. No hay vino. No hay queso. No hay Spotify con playlist de "velas y lluvia". Se besan. Y el beso es bueno, cálido, con ritmo. Él le sujeta la nuca con una mano grande, la arrastra hacia el sofá sin empujar, y ella se deja, no porque le falte fuerza, sino porque ahora mismo la decisión es esa: desconectar el reptilito que muerde por dentro.

Su cuerpo pesa justo lo que tiene que pesar. Vega no piensa en si le gusta mucho, si le gusta regular, si le gusta lo suficiente para olvidar. No compara, no hace listas mentales, no invoca recuerdos. Hay calor, hay piel, hay un "sí" físico que no necesita traducción. Se siente dueña y a la vez se siente fugaz. Manos, ropa que cae, un tirón torpe que les hace reír.

—Perdón —dice él.

—Da igual —dice ella.

Y siguen.

No es tierno. Tampoco tosco. Es… intenso. Tiene algo de atletismo mal hecho y de hambre bien puesta. En algún momento Vega se escucha reír y le sorprende oírse. Se le escapa un "joder" que no sabe si es por la vida o por él. Él la mira como aprobando un examen que no sabían que estaban haciendo. Sudan. Aprietan los dientes y los ojos. No hay poesía.

Cuando acaba se queda tendida un segundo mirando el techo, escuchando su propia respiración. Él se desploma a su lado, satisfecho en ese idioma universal de los cuerpos. Ella se gira, recoge el sujetador del suelo con un gesto práctico, como quien recoge una servilleta, y empieza a vestirse.

—¿No te quedas? —pregunta él, todavía con la voz ronca.

—No.

—¿Quieres agua?

—No. Gracias por… —no encuentra una palabra limpia— el rato.

No es borde. Tampoco cariñosa. Es precisa. Coge el bolso. Se mira en el espejo del recibidor y se ve con el pelo un poco loco y la raya de los ojos un poco corrida. Le gusta. Abre la puerta. Al salir, le llega su "escríbeme si quieres". Ella responde con una sonrisa. Cierra detrás de sí y deja el eco del portazo en el pasillo como si fuera una cinta que corta una inauguración.

La calle la devuelve. El aire fresco la despeja un poco. Camina sin prisa hacia casa. No se siente culpable. Tampoco feliz. Siente algo parecido a lo que se siente después de llorar fuerte: alivio con aftertaste de resaca. Bebe una botella de agua del frigo directamente a morro. Saca el cuaderno donde apunta, con ironía militante, el avance de la teoría de las doce citas. Pasa páginas. Ve los nombres anteriores. "Matías (queso y sorpresa matrimonial)". "Alberto (Amaral 2010)". "Borja (agua con gas; coreografía de escalador)". Y ahora…

Escribe:

Iván, ingeniero. Café. Manotazo al orgullo ajeno (y al paquete). Huye en zigzag.

Dani, informático. Caña. Alarma. Se va a "incidencia".

Sergio. Salón con tele enorme. Polvo de catarsis. Yo me voy.

Tres líneas. Se queda mirando la última. Le pone un corazoncito pequeño, como quien se perdona una gamberrada. Cierra el cuaderno. Se sienta en el sofá. Hace algo que no debería: abre WhatsApp, busca "Chris" y se queda con la pantalla de la conversación delante, como si la estuviera mirando él con esos ojos suyos que todo lo saben. Escribe y borra. Escribe y borra. Al final, manda algo que ni él ni ella merecen:

—¿Sigues liado?

Lo deja ahí. Ni gif, ni ironía. Cierra el chat. Apaga el móvil. Se tumba. No llora. Tampoco sonríe. Se queda quieta con el techo en los ojos y el cuerpo todavía latiéndole.

Vega se ríe sola. Se promete que mañana va a hacer algo razonable: comer bien, ir al gym, no abrir apps. Se promete mil cosas que sabe que probablemente va a incumplir.

Se levanta, se hace una tortilla con queso (sin argentinos casados), se la come de pie en la cocina. La sal la devuelve a su cuerpo. La yema la reconcilia un poco con la especie humana. Pone música bajita, algo de Black Coffee, cierra los ojos un minuto. No va a fingir que no le ha dolido la historia de Instagram. Le ha dolido. Le duele ahora. Le dolerá un poco mañana. Pero también sabe, con esa certeza mínima que aparece cuando la música le masajea la nuca, que no quiere vivir desde la herida todo el tiempo.

El timbre del móvil vibra en la encimera. Lo mira de reojo con el miedo idiota de que sea la chica del flan subiendo otro capítulo de su telenovela. Es solo un aviso de la app: "Tienes nuevos matches esperándote". Sonríe con una mezcla de pereza y curiosidad. No va a abrir. No ahora.

Se mete en la cama y hace lo que mejor se le da cuando no quiere pensar: enumerar tonterías.

Uno, tocar el timbre de un desconocido. Dos, meter la mano donde no debe. Tres, correr hacia adelante para no mirar atrás. Cuatro, usar a alguien como espejo. Cinco, apuntarlo todo para no olvidar que fue real. Seis, prometerse calma. Siete, volver a empezar.

Está a punto de dormirse cuando escucha otro zumbido. No lo iba a mirar, pero es débil y la curiosidad le estira el cuello como a una tortuga.

Es Tinder. Una sola notificación destacada.

"Pablo". Foto normal. Sin gimnasio, sin filtros de perro, sin gafas de sol negras que tapen media cara. Ojos claros, sonrisa con hoyuelo, camisa arrugada que grita "no sé posar". Bio mínima: "Hago pan los domingos. Me gusta el rock viejuno. No sé bailar, pero lo intento".

Le suena a peligro del bueno.

"Hola, Vega. No sé si esto se dice así, pero tu bio del pan y el aceite me ha matado. Si quieres, la semana que viene te invito a una cata de… pan. Lo hago yo. Prometo harina y ninguna metáfora sexual dudosa. Bueno, intentaré".

Vega recuerda que puso "No busco a mi media naranja porque ya estoy entera, pero si tienes buen pan y aceite, hablamos.", no

sabe por qué.

Le entran ganas de responder con un chiste y con una dirección y con su corazón. Se guarda el impulso en el bolsillo. No hoy. Hoy ya ha hecho demasiadas cosas.

Apaga la pantalla. Vuelve a tumbarse y, porque es ella, porque sus neuronas bailan cuando las apagan, vuelve a ver el texto de la historia: "Mi postre favorito". Lo deja ir. Lo intercepta antes de que la atraviese. Lo cambia por otro, diminuto, escrito para sí: "Mi paz favorita". No sabe cómo se cocina, pero va a aprender a amasar eso.

Se duerme tarde y bien. Con el cuerpo tranquilo y la cabeza por fin en silencio. Se ríe en voz baja, ya en ese lugar de nadie donde sueñas cosas absurdas que luego se te olvidan.

Por la mañana, cuando todavía no ha abierto los ojos, coge el cuaderno y, debajo de las tres líneas de anoche, añade una más, con lápiz, por si luego hay que borrarla:

Pablo, pan de domingo. Parece honesto. Revisar con calma (¿potencial?).

Cierra. Se levanta. Prepara café. Mira por la ventana. Hoy el mundo parece normal.

Y, entre nosotras, también ella. Un poco. Solo un poco. Lo justo para no hacer promesas enormes y, sin embargo, permitirse desear que el siguiente "hola" no suene a huida, sino a comienzo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Vega se despierta con el móvil vibrando en la mesita. No es el despertador. Es Tinder.

Oh, maravilla. Su cerebro aún está en modo cortinilla de humo y ya hay alguien intentando ser protagonista.

"Pablo". El pan de domingo. Ojos claros, camisa arrugada, cero filtro-perro. La bio sobria. "Peligro del bueno", anotó anoche, cuando aún era valiente.

Mensaje:

Pablo: «Buenos días. Hoy no hay pan. Solo café y ojeras. ¿Aceptas igual la oferta?»

Ella se ríe con la boca todavía pastosa. La carcajada le sale rara, como de foca feliz.

Vega: «Depende. ¿Las ojeras vienen con mantequilla?»

Pablo: «Untadas. Como debe ser.»

"Como debe ser". Le gusta. No hay "jajajaj holaa wapaaa". Ni un gif de un osito bailando bachata. Un señor que escribe. Y escribe bien.

El WhatsApp vibra en paralelo. Foto de un gato cruzando una calle con chaleco reflectante.

Chris: «¡Buenos días, tiramisuna! Si vas a cruzar la vida, hazlo así, con estilo. ¿Todo bien?»

Vega le pone un "luego te cuento" porque ahora, sinceramente, no quiere mezclar salsas.

Chris marca doble check azul enseguida. Obvio.

Vuelve a Tinder.

Pablo: «¿Tú eres de café o de té? (La respuesta define tu destino)»

Vega: «Café, negro, como mi sentido del humor.»

Pablo: «Bien. Puedo seguir.»

Le va pillando el tono: sencillo, seco y con cosquillas en el subtexto.

Se levanta, hace café. Huele a vida. Saca el cuaderno del cajón como quien enciende una vela. Pasa la página de las citas y, debajo de "Pablo, pan de domingo", dibuja una hogaza ridícula con rayitas. "Revisar con calma", escribió anoche. Hoy, de momento, revisa con ansiedad.

Mientras se ata la coleta, vibra otra vez.

Pablo envía una foto: una espuma de café con forma de calavera sonriente.

Pablo: «Creo que mi cafetera me odia. Si no respondo en 5 min, llama a emergencias.»

Vega: «Te mandaré panaderos de refuerzo.»

Pablo: «Perfecto. Yo pongo la harina. Y el drama.»

Le quita un poco la pereza de lunes (aunque sea martes). Responde con una foto de su taza con una muesca:

Vega: «Mi taza favorita se cayó en 2018 y sobrevivió. Es mi heroína doméstica.»

Pablo: «Entonces sois compatibles. Yo también tengo cosas rotas que funcionan.»

Vega se queda mirando esa frase más tiempo del socialmente aceptable para un martes a las 8:34.

WhatsApp.

Chris: «¿Qué desayunas, mascarpone? Si me dices "tostada de aguacate" te bloqueo. Está prohibidísimo desde 2021.»

Vega: «Café y uno que escribe bien.»

Chris: «Ah. Un "uno". Qué miedo. ¿Nombre en clave?»

Vega: «Pablo. Pan de domingo.»

Chris: «JAJAJA. Ideal. Como empiece a gustarte, me llevo yo el aceite. Recuerda la norma 7 del reto: "No casarse mentalmente antes del primer café".»

Vega: «No soy yo. Son mis neuronas románticas con déficit de vergüenza.»

Chris: «Mejor. Tú disfruta. Yo vigilo con prismáticos desde el seto.»

Vega resopla. Lo adora. Y, a ratos, lo tiraría por el balcón. En sentido figurado. O no.

La mañana en el trabajo

Abre el portátil. SQL, dashboards, columnas tristes. El móvil vibra como si fuera un tamagotchi emocional.

Pablo: «Hoy tengo que entregar un texto sobre "Sistemas de anclaje en fachadas ventiladas". Si me quedo dormido, es normal.»

Vega: «Ánimo. Yo estoy con colesterol en población rural. Prometo glamour.»

Pablo: «Te cambio 200 palabras de colesterol por 50 de tornillería. No hay huevos.»

Vega: «No los hay. Pero me tienta.»

Él manda una nota de voz cortísima: "He descubierto que decir tres veces 'fachadas ventiladas' te reconfigura el alma". Tiene una voz cálida, de las que no arañan. Y se ríe suave, sin pretensión. Vega mira al techo y sonríe sola, cosa que le está pasando demasiado últimamente como para no asustarse.

WhatsApp.

Chris: «¿Te ha mandado audio? ¿Ya tenemos voz?»

Vega: «Sí. No es de psicópata. Ni de motivador de TikTok. Bien.»

Chris: «Pásamelo. Quiero auditar timbres.»

Vega: «Ni de coña. Vete al seto.»

Chris: «Ok, ok. Informe de seguridad: si usa "cari" antes de 48h, salimos con helicópteros.»

Vega: «Qué pesado eres. Te aviso si me pide la huella para el Bizum.»

Trabaja. Lee. Borra. Vuelve a vibrar.

Pablo envía la foto de un perro con abrigo naranja y capucha con orejas.

Pablo: «Ha pasado y me ha juzgado. Ese perro me ha medido de arriba abajo. Es el jefe del barrio.»

Vega: «Ese perro podría ser mi coach. Tiene objetivos claros.»

Pablo: «Su objetivo es cobrarme el impuesto de perro guapo.»

No hay silencios de esos que duelen. Si tardan, tardan. Cuando vuelven, vuelven. Como si los dos supieran en qué compás va el

otro.

Mediodía

Vega hace una ensalada que sabe a hierba de estadio. Le saca foto.

Vega: «Césped Denominación de Origen. Nivel Champions.»

Pablo: «Yo voy con pasta con atún. Plato de divorciado. (No estoy divorciado. Ni casado. Ni nada. Aclaro, por si acaso).»

Su estómago hace un mini plin.

Vega: «Anotado. ¿Te guardo césped?»

Pablo: «Solo si viene con aceite y sal. Y tú explicándome por qué tu gato te mira como si le debieras dinero.»

WhatsApp.

Chris: «Voy a comer al libanés. Si quieres te traigo hummus de baklava.

Vega: «Hoy me sale la versión "No me des la chapa".»

Chris: «Te quiero sensata, pero no sosa. Mantén el sarcasmo, quítale el filo. (Perdón, me ha poseído Paulo Coelho).»

Vega: «Deja el móvil y come.»

Chris: «Por cierto, esta noche tengo partido. Si no te contesto es porque estaré siendo glorioso.»

Vega: «O lesionándote el ego, que suele.»

Chris: «JAJAJA me llevo la imagen de tus pe… rfectas decisiones. ¡Suerte con Panadero!»

"Panadero". La etiqueta le da a Vega una punzadita de ternura. Y de incomodidad. Porque siente, por primera vez en mucho tiempo, que Chris no está a la defensiva. Está… observando.

La tarde

Pablo desaparece una hora larga. Ella también. Anota cosas en el Excel, se pierde, vuelve. A las 17:06:

Pablo: «He sobrevivido a las fachadas. ¿Tú?»

Vega: «He sobrevivido al colesterol. Al menos hoy. ¿Qué haces cuando entregas un texto que te ha secado el cerebro?»

Pablo: «Camino. Sin rumbo. Con música. Y sin escribir a nadie. (Hoy hago excepción).»

Vega: «Qué privilegio.»

Pablo: «No sabes.»

Él propone intercambiar canciones "para días raros". Envía tres: una de los Stones, otra de The National, otra de Vetusta. Ella manda dos baladas que le da vergüenza admitir que la ponen llorona y un tema de Black Coffee para enderezar el mundo.

Pablo: «La de Black Coffee te delata. Tienes alma de pista vacía a las 4am y una copa de vino blanco en la mano.»

Vega: «Sí. Y calcetines desparejados. El pack.»

Pablo: «Yo soy más de pista llena a las 00:15 y volver a casa a leer. Soy un abuelo joven.»

Vega: «Eso es un piropo para mí.»

Hace una pausa. Luego:

Pablo: «Hace meses que no estaba un día así. Ligerito. Gracias.»

Vega respira. El pecho se le afloja un poquito. No tanto como para desmayarse dramáticamente, pero sí lo justo para notar que el cuerpo también toma decisiones antes que la cabeza.

WhatsApp.

Chris: «Mini break. ¿Sigue el pan calentito?»

Vega: «Sí. Me ha mandado música y no es DJ de despedidas de soltera. Vamos bien.»

Chris: «Medalla de bronce provisional. Para la de oro necesita una tontería que te haga reír en el peor minuto del día.»

Vega: «Ya lo ha hecho: ha escrito "fachadas ventiladas" tres veces seguidas en un audio y me ha curado la migraña.»

Chris: «Me cago en la leche. ¿Vas a sonreír con otro que no sea yo? Qué traición.»

Vega: «Drama queen. Vete a tu partido.»

Chris: «Hecho. Si mete gol tu Panadero, me avisas.»

Vega deja el móvil boca abajo un rato. Se concentra. O finge. Pero la cabeza se le va igual a la conversación y vuelve con un trozo de pan bajo el brazo.

Atardecer

Él escribe desde la calle.

Pablo envía una foto vertical: una acera estrecha con baldosas gastadas, buganvilla, cielo lavanda.

Pablo: «Ruta de reset. Te mando un trozo, por si quieres caminar conmigo sin caminar.»

Vega: «Estoy caminando con una taza de té que dice café. (No tengo café).»

Pablo: «Eres adorable y un poquito delincuente.»

Le pide recomendaciones de aceites buenos. Se ponen intensos con el amargor, el picor, la densidad. Vega saca la friki del pan que lleva dentro. Él le sigue el juego. A la media hora están debatiendo sobre si el tomate se ralla o se trocea. Parece una conversación de jubilados felices. Y a ella le encanta.

WhatsApp. Audio de Chris (10 segundos):

—Vega, si este te habla de aceite y tú no haces chistes guarros, te desheredo. Te quiero, idiota.

Vega le manda un corazón. Y otro "luego te cuento".

Él responde con el gif de un perrito asomando por una puerta y cerrándola despacito. Le saca una carcajada tan fuerte que el gato salta del sofá.

Noche

Cena tortilla francesa como quien firma un pacto con la decencia. Pablo dice que hoy toca sopa (literal) y leer en la cama.

Pablo: «Estoy con un libro que me está haciendo reír en voz alta. Peligro si vives solo: te oyes.»

Vega: «Yo hago eso con los audios de mi mejor amigo. Luego me pregunta el portero por qué me parto cada noche a las once. Le he dicho que veo monólogos malos.»

Pablo: «Si quieres, esta noche me callo y no rompo tu reputación de señora seria.»

Vega: «No. Quédate. No te calles. Pero si me dices "cari" te denuncio a la Unesco.»

Pablo: «Firmo. Y si tú me dices "mi vida", llamo a tu gato para que me defienda.»

Vuelven a hablar de manías. Él cuenta que siempre deja una luz pequeñita encendida porque le da paz. Ella confiesa que cuenta los escalones. Él la llama psicópata adorable. Ella dice que eso es terrorismo doméstico. Los dos se ríen como si estuvieran frente a frente, con los pies cruzándose bajo una mesa.

Y entonces aparece la pregunta que ella no espera.

Pablo: «¿Cómo acabaste en Tinder?»

Vega se rasca la ceja. Ama esa pregunta porque la obliga a mirarse en el espejo correcto. Y la odia por lo mismo.

Vega: «Porque alguien me retó a tener 12 citas. Y porque me di cuenta de que estaba posponiendo mi vida.»

Pablo: «¿Y cómo te está yendo?»

Vega: «Honestamente: ha sido un zoo. Pero hoy he dejado de mirar la puerta de emergencia cada cinco minutos. Es nuevo para mí.»

Tarda un poco. Luego:

Pablo: «Yo entré por aburrimiento. Y me quedé por curiosidad. No sé si voy a encontrar nada. Pero hoy me he acordado de cómo se siente hablar con alguien sin tener que fingir que soy más gracioso, más listo o más seguro de lo que soy. Y eso ya es mucho.»

A Vega se le llenan los ojos de una humedad nivel "no llores por WhatsApp, por el amor de Dios". Envía un emoji de pan. Él contesta con uno de aceitera. Puede oler el aceite desde aquí.

WhatsApp. Llega en el peor momento.

Idiota: «He ganado. Te gustaría verme sudado. (No respondas a esto).

¿Estás bien?»

Vega: «Bien. Muy bien, de hecho.»

Idiota: «¿Muy bien con Panadero?»

Ella mira la pantalla. Teclea. Borra. Teclea otra vez.

Vega: «Sí. Hoy me siento… segura. Como si llevara cinturón. Y alguien condujera bien.»

Silencio de Chris. Ella no lo ve, pero sabe que él frunce el ceño y luego se le ablanda la mirada.

Idiota: «Eso es oro, Vega. Guarda esa sensación.»

Vega: «Pesado. Buenas noches, campeón.»

Idiota: «Buenas noches, tiramisuna. Si sueñas con pan, que sea crujiente. Si sueñas conmigo, no me cuentes nada o me vengo arriba.»

Vega pone el móvil boca abajo, pero la sonrisa le dura más que la conversación.

El último tramo

Pablo: «Me voy a meter en la cama con calcetines. Sí, soy ese tipo de monstruo.»

Vega: «Yo soy la que lleva camiseta de ex y dice que es "vintage".»

Pablo: «Me caes muy bien, Vega. No te lo digo para acelerar nada. Me caes muy bien en el presente.»

Vega: «Gracias por el presente. Y por el pan imaginario.»

Pablo: «Mañana te enseño hogaza real. (No es metáfora sexual dudosa. Lo intento).»

Vega: «Vale. Trato hecho. Buenas noches, panadero de domingo.»

Pablo: «Buenas noches, mujer de excel y sarcasmo.»

Apaga la lámpara. El cuarto queda en esa penumbra mullida. Saca el cuaderno del cajón, otra vez. Lápiz, por si hay que borrar (aprendió).

Escribe:

Pablo. Pan de domingo. Inteligente. Guasa sin esfuerzo. Me siento… tranquila. Peligro del bueno.

Recordatorio: no hipotecar ilusiones. Disfrutar el camino.

Y entonces vibra, una última vez.

Chris: «En serio: me alegro por ti. (No se lo digas a nadie o me arruinas la reputación).»

Vega: «Gracias por vigilar el seto.»

Chris: «Siempre. Buenas noches.»

Vega sonríe en la oscuridad. Porque sí, hoy el mundo parece normal. Un poco.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Chris - 20 años antes

Chris había pasado la tarde encerrado en su habitación, con la carpeta azul sobre la mesa como si fuera dinamita. No podía dejar de abrirla, leer un fragmento, volver a cerrarla y quedarse mirando al techo con una sonrisa que no sabía contener. Era como tener en las manos la llave de un misterio que llevaba años atormentándole. Y, al mismo tiempo, un billete directo al vértigo.

Había leído la carta una y otra vez. La tinta bailaba delante de sus ojos, y aun así cada frase se le quedaba grabada. "Me cambias el planeta en cosas pequeñas." "A ratos pienso que si me dijeras ven yo iría." "Me da miedo perderte."

Palabras que no había imaginado, que no podía atribuir a malinterpretaciones o espejismos. Estaban escritas. Y eran para él.

Caminó por la habitación con el folio en la mano. Se asomó al espejo y se vio con ojeras, con la camiseta arrugada de dormir, con el pelo rebelde. Y, aun así, se sonrió. Nunca había sentido tanta seguridad en su vida. No importaba cómo se viera: Vega lo quería.

Se dejó caer en la cama y hundió la cara en la almohada, riéndose solo, como un idiota. Era un alivio dulce. Todas esas veces que había dudado, todas las veces que había pensado que solo era una amistad mal interpretada, se borraban en ese instante. Ella también lo había sentido. Ella también había tenido miedo.

Martín le había dado la carpeta con cautela, casi con advertencia. "No vayas con papeles", le había dicho. Y tenía razón. No necesitaba enseñarle nada a Vega. Bastaba con presentarse. Con decir lo que llevaba años guardando.

Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió un cobarde.

Se levantó, abrió el armario y cogió una camiseta limpia, aunque no demasiado planchada. No era un desfile. Era la vida real.

Y en la vida real importaba más la urgencia de estar frente a ella que la perfección de la ropa.

Se calzó las zapatillas y salió.

El aire de la tarde le golpeó en la cara. El pueblo olía a pan recién horneado y a polvo levantado por el calor. A lo lejos, unos chavales jugaban al fútbol en la plaza, y alguien gritaba "gol" justo cuando él doblaba la esquina. Sonrió. Ridículo o no, lo tomó como una señal.

Mientras caminaba, ensayó en voz baja lo que iba a decir. "Vega, tengo que contarte algo." "Lo que siento no es solo amistad." "No quiero callármelo más." Las frases se atropellaban, pero todas le sonaban posibles.

El corazón le latía tan rápido que le costaba respirar. Notaba la resaca todavía, pero el alcohol del día anterior parecía un detalle menor comparado con la claridad que le daban esas cartas.

La buscó primero en su portal. Subió al rellano y se quedó allí unos segundos, recordando las veces que había tocado esa puerta para invitarla a dar una vuelta o a ver una peli. No había respuesta. Bajó de nuevo y, dudando, decidió probar suerte en el paseo, donde solía ir cuando quería leer o tomar algo.

El paseo estaba lleno de gente. Familias con niños, parejas caminando despacio, adolescentes apoyados en la barandilla del río. Y entonces la vio.

Vega estaba sentada en una mesa de terraza, con el sol iluminándole medio rostro. Frente a ella estaba él: el capitán del equipo de fútbol del pueblo. El típico chico que siempre tenía el aplauso fácil, la palmada en la espalda, la seguridad heredada de los vestuarios y de los partidos ganados.

Chris se detuvo en seco.

Ella reía. Esa risa limpia, esa risa que él había aprendido a reconocer incluso a metros de distancia. Estaba inclinada hacia delante, escuchándolo con atención, con la expresión relajada.

Chris tragó saliva. Dio un paso, luego otro, con el corazón empujándole hacia adelante. Ya no importaban los nervios: era ahora o nunca. Abriría la boca, diría lo que sentía, y todo cobraría sentido.

Pero entonces lo vio.

El capitán se inclinó hacia ella, y Vega no apartó la mirada. El movimiento fue natural, fluido. Un beso. Corto, sencillo, sin fuegos artificiales. Un beso en mitad de una cafetería cualquiera.

Y, sin embargo, para Chris fue un cataclismo.

El aire se le quedó atascado en la garganta. La ilusión que había acumulado en cada paso se desplomó en un instante. Se quedó helado, incapaz de moverse. Miró la escena con incredulidad, como si fuera una película en otro idioma. Vega. El capitán. Un beso.

Le pareció cruel que el mundo siguiera funcionando. Que los camareros siguieran sirviendo cafés, que los niños corrieran con helados derritiéndose, que los coches pasaran por la calle. Todo se mantenía en movimiento mientras a él se le partía algo por dentro.

Bajó la cabeza y retrocedió. Nadie parecía haberlo visto, y rezó porque así fuera. Se alejó hasta la esquina y se apoyó contra una pared, con el corazón latiéndole en las sienes.

La carta se le vino a la cabeza como una bofetada. "Me da miedo perderte." "Si algún día lees esto…" Ya la había leído. Y había llegado tarde.

Se rió, amargo. No sabía si de sí mismo, de la ironía del destino o de lo estúpido que resultaba creerse protagonista de una historia romántica. Había pensado que tenía un mapa. Y resulta que el camino ya lo había tomado otro.

Caminó sin rumbo hasta el parque. Se dejó caer en un banco y se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas y las manos en la cara. No lloró. Nunca lloraba. La tristeza le salía de otra manera: como una rigidez en los músculos, como una risa hueca que no tenía nada de graciosa.

El dolor se transformó en una certeza helada.

Nunca más.

Nunca más volvería a exponerse así. Nunca más entregaría el corazón de esa manera.

La amaba, sí. La había amado desde hacía años. Pero aquella escena lo había sellado. La vulnerabilidad era un lujo que no podía permitirse. Si abrirse significaba esto, prefería cerrarse. Si amar

significaba llegar tarde y quedarse mirando desde la acera, entonces prefería no volver a amar de verdad.

Sonrió, con ironía, y levantó la vista hacia el cielo que ya se teñía de naranja.

—Vale —murmuró—. Ahora entiendo cómo funciona.

Y en ese banco, bajo la sombra larga de los árboles, se prometió que nunca más nadie volvería a verlo débil. Que nunca más dejaría que alguien lo desarmara.

A partir de ese día, decidió que sería otro.

El chico de las bromas fáciles. El que nunca se tomaba nada en serio. El que coleccionaba conquistas superficiales y salía ileso. El mujeriego.

Era más sencillo fingir indiferencia que volver a sentir ese dolor en el pecho. Más seguro. Más práctico.

Chris se levantó del banco y echó a andar. El sol bajaba, las farolas empezaban a encenderse, y el pueblo seguía su curso como si nada hubiera cambiado. Pero para él, todo lo había hecho.

Ese fue el día en que aprendió a protegerse.

Ese fue el día en que decidió que, si el amor dolía así, prefería no volver a vivirlo nunca más.

CAPÍTULO DIECINUEVE

A veces la vida no avisa. O avisa en vibraciones sutiles, como el zumbido del frigorífico cuando ya está viejo y nadie lo escucha hasta que el silencio se rompe. Ese día, el de Vega, lleva toda la tarde vibrando.

—¿Estás en casa? —pregunta Martín por audio, con esa tos seca de quien se ha tragado una piedra.

—Sí. ¿Vienes solo o con helicóptero? —responde ella, porque la gravedad del tono le activa el chiste automático.

—Voy con Chris —añade, y por detrás se cuela la voz de él, medio risa, medio salvavidas—: «Trae palomitas, que esto pinta a drama con intermedio».

Vega abre. El pasillo huele a lejía de oferta y a vela de bergamota (culpa de Chris). Entran como dos frentes atmosféricos distintos: Martín, camisa desabrochada a destiempo, ojos hinchados, el paso descolocado; Chris, con una bolsa de supermercado y energía de "he venido a ser útil (y gracioso), pero estoy inquieto".

—¿Cerveza? —propone Vega, por protocolo emocional.

—Agua —dice Martín, y ella sabe que cuando pide agua viene un golpe.

—Yo me sacrifico por el equipo —levanta la mano Chris—. Cerveza. Por si hay que brindar por decisiones valientes o anestesiar decisiones estúpidas.

—Calla —le corta Vega suave, como si el humor necesitara un semáforo ámbar. Él se calla y la sostiene en la mirada un segundo. Ahí está: esa complicidad vieja que se enciende sola, como una farola con sensor de movimiento. Le da calor y miedo a la vez.

Se sientan en el sofá. Martín no se sienta. Va de la ventana a la estantería, como si midiera el suelo de una celda con pasos torpes. Rasca el lomo de un libro sin leerlo. Resopla.

—Lo voy a hacer —dice, sin anestesia.

Vega espera. Chris no.

—¿Hacer el qué exactamente? ¿Un risotto? ¿El Camino de Santiago? ¿La compra semanal? —pregunta con su ironía de metrónomo.

—Voy a dejar a María —suelta Martín.

El aire hace una cosa rara, como de ventanilla abierta a cien por hora. A Vega le da frío en los brazos aunque lleva sudadera.

—Vale —dice ella. Una palabra breve para un terremoto que golpea muebles y recuerdos. La casa inclina la cabeza para escucharlos.

Chris deja la cerveza en la mesa. No hace chistes. Se inclina hacia él, codos en las rodillas, el tipo de escucha que te sostiene como una barandilla.

—¿Has hablado con María? —pregunta, bajito.

—A medias —traga Martín—. Sabe que estoy… lejos. Me conoce. Siempre me ha conocido bien. Mejor que yo. Pero no sabe que es definitivo. No aún.

—¿Y Antonela? —se le escapa a Vega.

—Ahí está lo que más duele —responde Martín—. Por eso os he pedido venir. Os necesito.

Chris asiente, muy serio. No la mira, pero ella sabe que la está mirando con el rabillo del rabillo del ojo.

—No puedo evitarlo —continúa Martín—. Y no hablo de la culpa. La culpa me la sirvo yo solo a cucharadas, soy un chef de la culpa. Hablo de… —busca la palabra, se la trae a pulso— enamorarme. No es una aventura. No es una locura de un congreso. No es sexo fácil. Es como si me hubieran cambiado el eje.

—Ya —dice Chris—. Eso pasa a veces. —Respira—. A los idiotas como nosotros —añade, y se da un capón con la mirada.

Vega le coge del brazo a Martín y lo sienta a su lado. Se cubre la cara con las manos un segundo, no más. Cuando levanta la vista, tiene los ojos brillantes, no llorosos; brillantes como quien aguanta el llanto con los dientes, pero la luz lo delata.

—No quiero ser un cobarde —dice—. No quiero mentirle más a María. No quiero que Antonela aprenda que el amor es una casa con

habitaciones cerradas. Quiero… Quiero hacerlo bien. Por ellas. Por mí.

Vega le pone la mano en la rodilla. A ella le llega el temblor. Chris carraspea, se frota la nuca.

—Vale. Logística —dice, activando su modo operativo—. Si hace falta, yo recojo a Anto del cole la semana que te toque movida. La traigo aquí y le hacemos merienda de crema de cacahuete y pelis discutibles, como siempre. —Por fin la mira—. Tú le puedes ayudar con mates. Yo le explico historia con muñecos. Y a María… —baja la voz— a María no la dejamos sola.

—No la dejéis —pide Martín—. No es una mala persona. Es una buena persona a la que la vida le ha dado un pequeño giro que no espera.

A Vega se le viene la imagen de María haciendo listas en su libreta de espiral: compra, medidor, zócalo, lavandería, tarta de frutos rojos. Todo apuntado, todo bajo control. Le entra un bocado de culpa.

—¿Quieres quedarte en mi casa unos días? —ofrece ella—. Respiras. Tengo calcetines limpios de sobra y Netflix.

—No —niega Martín—. No quiero huir. Quiero mirar a la cara la vida que he estado viviendo. Y quiero… —mira a Chris—. Quiero que estéis cerca por si me quedo hecho una mierda.

—Qué asco de frase bonita —dice Chris, y sonríe con los ojos húmedos—. Voy a estar.

Se hace un silencio de esos que no aprietan. Solo suena su respiración, el tic-tac exagerado del reloj y la vela de bergamota que se muere despacio en una esquina.

—¿Os acordáis? —pregunta Vega, buscando aire en el pasado —. La excursión al acuario cuando éramos críos y Chris casi adopta una raya porque "me ha guiñado un ojo".

—Eh —protesta él—. Me guiñó. Y además tenía nombre. Se llamaba Ruperta.

—Te lo estás inventado —se ríe Vega—. Montaste un numerito en la tienda de recuerdos para convencer a mamá de que era una amiga para toda la vida.

—Vuestra madre es la única persona capaz de decir "una raya no cabe en la bañera" con calma y argumentos —apunta Martín, sonriendo por debajo del desastre.

—Y tú llorabas porque no te querías ir —añade ella.

—No son lágrimas; fue sudor de mis ojos —responde Martín, digno. Y se le escapa la risa. Y con la risa se le escapa una lágrima en serio. Se la seca con el dorso de la mano, como si así la desmintiera. Ese recuerdo les abre una ventana. Afuera sigue el frío, pero entra sol.

—Vale —resuelve Vega—. Plan. Haces lo que tienes que hacer. Nos llamas. Y nosotros haremos lo que tengamos que hacer.

—Helado —añade Chris—. Habrá helado.

—Gracias —dice Martín, con esa gratitud que trincha. Se inclina y la abraza. Huele a colonia de oficina y a ruido. Tiembla. Vega le aprieta la espalda como quien sujeta un libro para que no se cierre de golpe.

—Eh —hace Chris, levantándose—. No me dejéis fuera del festival de mocos. Yo también soy de abrazar.

Los rodea a los dos con esos brazos. La vela suspira y se rinde. Vega se limpia las mejillas y respira hondo.

—Y ahora cambiamos de tema cinco minutos, que el cerebro se derrite —declara ella—. ¿Quieres preguntarme ya por mi vida romántica para sentir que el caos es patrimonio común?

—Sí —se ríe Martín, sonándose—. ¿Cómo va la cita…?

—La cita numero… ni idea… —hace Vega gesto de muela del juicio sentimental—. Sobre el papel, perfecto. Consultor de Indra. Listo. Deportista. Cariñoso con animales sin ser insoportable con humanos. Escribe bien. Puntuación correcta. Rock viejuno. Pan los domingos. —Mira de reojo a Chris; él se ajusta la gorra que no lleva —. Y la hace sentir tranquila. Tranquila bien. No aburrida.

—El tipo —dictamina Martín, con hambre de buenas noticias—. Me lo pido para cuñado. Aprobado en el pleno.

—A ver, calma, congreso —salta Chris con sonrisa forzada—. Luego los consultores te sueltan la factura y te quedas sin dinero para los invitados de boda. —Le sale el chiste y, un segundo después, le cruje la mandíbula por dentro, como si la broma raspase.

—No se llama Factura —rueda Vega los ojos—. Se llama Pablo. Y sí: quedamos hoy. En un bar cerca de casa.

—¿Hoy? —Chris se endereza un milímetro.

—Hoy —asiente ella. El aire hace cosas raras entre ellos.

—Perfecto —apunta Martín—. Te llevamos. Así le vemos la cara. Evaluación técnica.

—¿Qué sois, el comité de bienvenida de Tinder? —le sale a Vega.

—Yo soy el fiscal del Estado del Amor —anuncia Chris, inventándose un título a medida—. Solo compruebo que no suelta metáforas con pan en el minuto tres.

—Tranquilo —responde ella—. Si me habla de masa madre tan pronto, me doy la vuelta y me voy con vosotros.

—Bueno, bueno, tampoco le hagas ghosting por una masa madre —dice Chris, ya en piloto irónico.

Vega mira el reloj. Quedan treinta minutos.

—Por cierto —le dice Vega a Martín—. En unos días hay una fiesta de Datart. Empresa, copas, canapés triangularmente inexplicables.

—Sí, su graciosa excelencia me invita —dice Chris, reverencia invisible—. Me enseñará a no meter la pata con la de contabilidad.

—¿Fiesta? —se interesa Martín, agradecido por un tema sin aristas—. ¿No es esa a la que van con americana sin calcetines? ¡Ahh! Recuerdo que Román me dijo que había una fiesta conjunta de su despacho de abogados con Datart.

Vega gruñe.

—Buff, cierto, son los que asesoran a mi empresa —dice, poniendo los ojos en blanco.

—Prometo estar a tu lado por si Román decide explicarte el mercado laboral otra vez o te hace una auditoría a tu cuerpo —le guiña Chris. Ella asiente con sonrisa torcida.

—Qué bien me lo paso con vosotros cuando no estáis destrozando vuestras vidas —ironiza Martín. Ríen. Reír es extraño aquí y, a la vez, lo único sensato.

Vega se levanta.

—Me arreglo y vamos. Escolta no invasiva. Me dejáis en la puerta, saludáis o no —mira a Chris—. Como queráis.

—Saludaré —dice él, manos a los bolsillos—. Soy educado. Y muy guapo. No quiero que piense que te rodeas de gente de poco nivel.

—Pesado —le dice ella. Se va al dormitorio.

Vega se pone camisa blanca con nudo bajo el pecho, vaqueros oscuros, pendientes minúsculos de esos que hacen "ta-da" cuando la luz los pilla. Se mira. Se dice en voz baja: "disfrutar el camino". Vuelve al salón. Chris ya ha recogido vasos. Martín teclea un par de mensajes —a María, se supone—. Tiene la cara de los valientes: asustados y lanzados.

—Lista —anuncia ella.

—Somos Uber de hermanos —dice Chris—. Sube.

Bajan los tres. La ciudad en septiembre pide voz baja; la noche es templada y las farolas parecen escuchar. El restaurante está a cuatro calles. Aparcan cerca, entre una tienda de recambios que no sabe que vive en 2025 y una peluquería, barbería, tienda de fotos y venta de petardos.

—Ahí —señala ella. Pablo espera en la esquina. Alto. Barba bien. Camisa remangada a la altura legal del codo. Guapo de quien no lo sabe. Sonríe sin querer.

—Mira —valora Martín—. Cara de tipo que si te duele la cabeza te trae agua sin que se lo pidas.

—O de tipo que sabe el significado exacto de Euribor —añade Chris. Lo suelta en broma. Pero cuando Pablo la ve y levanta la mano, a Chris se le mueve la cara un milímetro. Cara de circunstancias. Un "ah" que no dice.

—Vamos —toma aire ella—. Me dejáis y os vais, que no sois mis padres.

—Somos tu comité —insiste Chris, media sonrisa que la conoce.

Vega camina hacia Pablo. Él da dos pasos. Tiene ojos claros que no asaltan. Se abrazan con torpeza de primera vez; él le da un

beso corto en la mejilla que huele a clavo de olor. ¿Especias? ¿Pan? Su cerebro ya abre listas.

—Hola, Vega —dice. Voz grave sin esfuerzo.

—Hola —responde ella. Busca a sus escoltas con el rabillo del ojo. Están a cinco metros. Martín saluda discreto. Chris también… pero él, en el último segundo, mete las manos en los bolsillos y cambia el saludo por un gesto mínimo de cabeza, como si el mundo le pesara de pronto.

—¿Son amigos tuyos? —pregunta Pablo, mirando detrás de ella.

Vega se gira justo para ver a Martín dar un paso, con sonrisa ancha, y a Chris preparar su neutralidad. Pero Pablo le toca el codo, natural, y señala la puerta.

—¿Entramos? —propone—. Reservé dentro. Fuera hacía aire.

Vega vacila una milésima. Podría presentarlos: "mi hermano y mi mejor amigo". Podría. Pero la corriente la empuja adentro. No sabe si es pereza social o protocolo de primera cita. Aprieta los labios y asiente.

—Vamos.

CAPÍTULO VEINTE

El restaurante tiene manteles impecables, luz cálida y un murmullo de conversación que se apaga a dos metros de cada mesa. El jazz fluye bajo. Pablo elige una mesa junto al ventanal y le aparta la silla a Vega con un gesto medido, amable, sin florituras. No intenta impresionar; simplemente está.

—¿Aquí bien? —pregunta, con naturalidad.

—Perfecto.

Él deja el móvil boca abajo, pantalla lejos, como si hiciera un acto público de atención. Sostiene la mirada de Vega con una calma. Piden: ella, una cerveza con limón; él, agua con gas "porque mañana madruga". La cesta de pan llega tibia. Vega parte una rebanada y el crujido le hace cosquillas en los dedos. Miga esponjosa. Aceite bueno. Prueba un bocado. Todo en orden. Todo perfecto, pero le falta sal.

Se regaña en silencio. La estabilidad también es sexy, Vega. A veces lo que no arde es justo lo que te salva. Pero en algún rincón torpe de su cabeza, el subconsciente empuja un nombre a la superficie como una boya impaciente.

Chris.

Lo aparta de un manotazo mental. Quieto.

—¿Cómo ha ido tu día? —pregunta Pablo, apoyando los antebrazos en la mesa con una postura que dice "no tengo prisa".

—Rutinario —responde ella—. Informe, reunión, Excel, milagros de viernes. Lo habitual. ¿Y el tuyo?

—Movido —sonríe él, ladeando un poco la cabeza—. Reuniones, presentaciones, hojas de cálculo que se reproducen si las dejas solas. La épica de la eficiencia.

Vega se ríe. Le gusta esa forma de describir lo suyo sin vender humo. Tranquilo, útil, planificable. Y, como un resorte, el

subconsciente le apunta: Chris jamás diría "planificable"; diría "improvisable". Ella mete esa palabra en el bolsillo y lo cierra con cremallera. Quieto, he dicho.

Llegan las bebidas. Brindan sin brindar; los vasos se tocan y es suficiente. Vega muerde una esquina de pan, observa cómo Pablo deja el cuchillo en su sitio exacto y dobla la servilleta con un gesto tan natural que no es manierismo, es hábito.

—¿Te gusta este sitio? —pregunta él.

—Mucho —dice ella—. Es… amable.

—Amable —repite Pablo—. Me gusta. Ojalá hubiera más sitios amables.

Piden algo para compartir, evitan los nombres largos de la carta con una complicidad repentina —"el de setas", "el de berenjena", "el de patata con apellido"— y, sin planearlo, se ponen a enumerar clichés de la primera cita para no cumplirlos: no hablan de exes, no compiten por anécdotas ruidosas, no improvisan una entrevista de trabajo. La conversación elige un carril sencillo: viajes, música, el talento de las ciudades para hacerse querer o detestar en un día nublado.

—¿Has vivido fuera? —pregunta él.

—No —responde ella—. Pero lo he imaginado mucho.

—¿Dónde?

—Tengo una lista injustificable —sonríe—. Lisboa para aprender a comer despacio. Nápoles para hablar con las manos. Y…

Se muerde el labio. Le parece una tontería, pero su cuerpo ya decidió.

—Noruega —dice al fin—. Noruega me encanta desde que era niña. Coleccionaba nombres de fiordos en una libreta como quien colecciona cromos. No me preguntes por qué. Supongo que me atrae esa luz exagerada que tiene lo que no conoces.

Pablo abre los ojos con un brillo juguetón.

—Eso sí que no me lo esperaba —admite—. Pensé que dirías Nueva York o Tokio.

—Demasiado ruido —se encoge de hombros—. ¿Te imaginas tú y yo en Noruega comiendo salmón y pescando en lagos helados?

La pregunta se le escapa con más risa que intención. Vuela por encima de la mesa y cae entre los dos sin hacer ruido.

—Te imagino con un gorro de lana gigantesco —responde él, puesto al juego—. Y a mí intentando no caerme al lago. Pero sí, lo imagino.

Vega se ríe. Siente en el pecho una chispa que no incendia; calienta. No es el vértigo de las montañas rusas que conoce, es la calefacción encendida al nivel justo. Esto también es chispa, se sorprende pensando.

—En mi empresa —añade Pablo, sin énfasis— hay oficinas en Oslo. Alguna gente se va por proyectos o intercambios. Y con lo tuyo, en datos, seguro que hay posiciones allí. Al final, da igual la latitud: los números necesitan traducción en todas partes.

—Ah —dice ella, medio divertida—. Ya me estás organizando la mudanza.

—Todavía no —se ríe él—. Solo abro pestañas mentales.

Vega asiente. Se ve mínimamente reflejada en ese verbo: abrir pestañas. Yo también las abro, pero a veces me olvido de cerrarlas. Y, otra vez, el agua subterránea le arrastra una comparación. Chris abriría pestañas, sí, pero luego tiraría del cable y diría "a ver qué pasa si las cerramos todas de golpe". Ella echa el cerrojo. Quieto, de verdad. No estropees lo que funciona.

Sirven los platos: finas láminas de berenjena, algo con setas que huele a bosque civilizado, una patata que parece saber idiomas.

—Tengo una teoría absurda —dice él—. La gente que devuelve los carritos del supermercado es más feliz que la que los deja sueltos.

—¿Por qué?

—Porque siente que pertenece al sitio —responde—. Un carrito a su casa, un problema menos.

—O porque le da miedo que le griten —replica ella.

—También —admite—. La felicidad tiene miedo, supongo.

Vega ríe; no por el chiste, por el registro. Ese modo de confesar sin hacerse drama le cae bien.

—¿Qué te enfada? —pregunta, curiosa.

—Las presentaciones con veinte diapositivas que podrían ser un correo de cinco líneas. Y… la falta de cuidado —contesta—. Cuando la gente no se mira. ¿A ti?

—Que el ascensor tarde una eternidad y, cuando llega, vaya para abajo. —Se detiene—. Y… la falta de cuidado. —Sonríe, cómplice—. Coincidimos.

Se miran. Ahí hay chispa, de esa que no quema, esta es más bien es cálida. Vuelve la risa atrás, como una ola que se retira sin llevarse la toalla. Vega muerde el pan y piensa otra vez: pan sin sal. Correcto. Agradable. Previsible. La palabra "previsible" la asusta un poco y, a la vez, le descansa los hombros. A lo mejor la previsibilidad es la versión adulta de la sorpresa.

—Cuéntame algo que no hayas contado en ninguna primera cita —dice Pablo.

—Vale —duda ella—. A veces me pongo podcasts de astronomía para dormirme. Y siempre me quedo en la parte en la que dicen que estamos hechos de polvo de estrellas. No sé si me consuela o me empequeñece. —Lo mira—. ¿Tú?

—Cuando estudio en casa me pongo vídeos de chimeneas en YouTube —confiesa, sin vergüenza—. Chimeneas de dos horas. Leña crujiente. —Se ríe—. Ahora me arrepiento de habértelo contado.

—Al revés. Me da paz —dice ella—. Igual un día hago una lista de reproducción: chimeneas y fiordos. Para gente cansada que quiere seguir.

—Ese sería un buen nombre de lista —dice él—. "Gente cansada que quiere seguir".

Se quedan un momento callados, pero no hay huecos. Hay un silencio que no pide ser rellenado. Vega toma otro sorbo de cerveza.

—¿Sabes? —dice ella, casi sin querer—. Hay veces en que mi cabeza compara por deporte. Como si tuviera una liga interna en la que todo compite con todo.

—La mía también —responde él, con rapidez blanda—. Pero hoy, si te sirve, no compite. Hoy está en modo vacaciones.

Ella se ríe. No le confiesa que su liga interna ha puesto a Chris de árbitro sin avisar. Se calla. Quieto. Observa y calla.

Piden otro pequeño plato que no necesitaban y comparten en cuatro bocados una conversación sobre películas malas de avión que les salvaron un vuelo.

—Te voy a decir algo cursi —avisa él—: me gusta cómo escuchas.

Vega se ruboriza lo justo.

—Es que me interesa —responde—. Y tú hablas con puntos y comas. Eso ayuda.

—¿Con puntos y comas?

—Sí —asiente—. Hay gente que habla con puntos suspensivos eternos. O con signos de exclamación. Tú usas comas. Me gusta.

—Espero no hablar con paréntesis —dice él.

—Los usas bien —dictamina—. Sin abusar.

Vega sonríe. Quizá la tranquilidad también tiene ángulos bonitos, se concede. Y, en la esquina, el subconsciente levanta un cartel pequeñito: Chris también sabe dónde poner comas cuando quiere. Lo pliega con suavidad. Shhh.

—¿Harías lo de los lagos helados de verdad? —pregunta Pablo —. ¿Pescar salmón conmigo aunque no pesque nada?

—Sí —responde ella, sin pensarlo—. Me veo congelándome los dedos, quejándome todo el rato y, aun así, siendo feliz.

—Yo me veo intentando asar el salmón y quemándolo —añade él—. Pero nos ríe el fiordo y ya está.

—Nos reímos nosotros —corrige ella—. El fiordo no habla, creo.

—Tendremos que preguntarle —acepta—. En Oslo hay compañeros que dicen que los paisajes son conversadores. Si te quedas un tiempo, te cuentan su versión del mundo.

Vega ladea la cabeza.

—¿En tu empresa de verdad hay puestos allí? —pregunta, sin que suene a plan, más bien a curiosidad.

—De verdad —responde—. No es una invitación formal, no quiero parecer un vendedor, pero te lo digo porque lo pienso: con lo tuyo encajarías en mil sitios. En Noruega también. Si un día te da por abrir esa pestaña, no te encontrarías un vacío.

—Gracias —dice ella. Y no se refiere solo a la información.

Piden postre. Comparten tarta de queso. Ella roba la parte más alta con la excusa de que la gravedad se la ofrecía. Él finge ofenderse. A Vega le gusta la facilidad con la que puede ser torpe sin sentirse observada por un jurado. En su cabeza aparece, fugaz, la imagen de Chris inclinándose para apartar una copa como quien salva una vida de broma. No. Quieto. Respira hondo y vuelve.

—Te voy a contar un secreto —dice ella, como quien se lanza a una piscina de agua templada—. A veces, antes de dormir, me repito una frase para acordarme de no hacerme daño: "No hipoteques ilusiones; disfruta el camino".

La tarta desaparece; quedan migas que ninguno reclama. Piden café. Hablan de lo ridículo que es fingir que uno entiende de café. Pablo confiesa que prefiere el de filtro porque le recuerda a su abuelo; Vega confiesa que el olor del café le cura pequeños mareos existenciales. Los dos se quedan un momento con las manos alrededor de la taza, solo por el gesto.

—¿Te imaginas —dice ella, retomando el hilo de antes, casi como quien canta una canción que le quedó en la cabeza— tú y yo en Noruega comiendo salmón y pescando en lagos helados?

—Me lo imagino —responde él—. Y si no sale lo de pescar, lo compramos y hacemos trampas. Solo nos juzgarán los pájaros que estén por ahí.

—Los pájaros de los cuadros —añade ella, mirando a la pared —. No parecen muy estrictos.

—Creo que nos aprueban —dice él—. Tienen cara de notables.

Salen del restaurante en un vaivén simple de sillas y chaquetas. El aire es fresco. Caminan sin mapa. Él le cuenta que guarda entradas de cine para recordar el año por estrenos; ella le cuenta que hace listas para todo: listas de pelis, de libros, de tareas, de posibilidades. Él le dice que las posibilidades son listas que aún no saben que lo son; ella le contesta que eso suena a consultor en plena forma.

—¿Qué es lo peor de tu trabajo? —pregunta ella.

—Cuando me escucho hablar y parezco un manual de instrucciones —responde—. ¿Y lo tuyo?

—Cuando descubres que el dato que te han dado está mal y se te cae el castillo —dice—. Me gustaría que la realidad tuviera un departamento de control de calidad.

—Igual Noruega lo tiene —propone él—. A veces lo parece.

—¿Ves? —se ríe ella—. Te necesito para venderme el norte.

—Y yo a ti para recordarme que no hay que hipotecar ilusiones —devuelve—. Equipo equilibrado.

Vega asiente. La palabra "equilibrado" le cae bien. No vibra alto, vibra bien. Y, como si el subconsciente quisiera poner zancadilla a propósito, aparece la palabra "desordenado" vestida con la voz de Chris. La ve. No la persigue. Ya te vi. Ahora déjame caminar.

Se detienen en la esquina de su calle. El portal está cerca; el mundo, también. Él se queda medio paso por detrás, no invade, no se asoma demasiado. Ella nota el espacio y agradece que nadie lo llene por ella.

—Me lo he pasado bien —dice él.

—Yo también —dice ella—. Me gusta cómo no tenemos prisa.

—A mí también —responde.

Ella duda un segundo y luego se acerca. No hay protocolo; hay impulso sencillo. Él la besa con una delicadeza que no pide examen. Es un beso medido, claro; nada arde, nada se derrumba. Ella respira mientras la besan y descubre que eso, últimamente, le vale más que muchas cosas.

—Avísame cuando quieras repetir lo de pescar mal —dice él al separarse—. Traigo guantes esta vez.

—Trae pan —responde ella—. Yo pongo la sal.

—Trato.

Quedan a un mensaje de distancia, a un café de repetición, a una lista nueva. Él da tres pasos atrás, saluda con una mano y camina calle abajo con esa forma de andar segura, de quien no necesita ser mirado para no perder el paso. Ella lo ve alejarse y siente que la noche tiene una costura nueva que no molesta.

Vega se queda en la esquina un instante más, con el aire en la boca como un caramelo que no quiere disolver del todo. Le hace gracia pensar que quizá la chispa no es un fogonazo, sino un mechero pequeño que funciona a la primera.

Camina hacia su portal. El subconsciente agita otro cartel —Chris— con la torpeza de un niño que quiere ser visto. Le gusta él. Le gusta cómo habla con comas y no con signos de exclamación, cómo deja sitio al silencio, cómo sabe poner el pan sin convertirlo en un concurso de migas.

Entra en casa. La luz cálida del recibidor le devuelve el rostro con una expresión que no reconoce del todo: expectativa tranquila. Deja el bolso, se recuesta un segundo contra la puerta, y se promete —otra vez, como tantas veces— no hipotecar ilusiones; disfrutar el camino. A veces, lo que no tiene explicación es lo único que mantiene una historia en pie mientras decides si quieres que sea tuya.

En el móvil queda un mensaje sin enviar con un chiste sobre fiordos y salmón. Lo borra. No quiere acelerar nada. Escribe, en cambio: "Gracias por esta noche". Envía. La confirmación de lectura tarda lo justo. "Gracias a ti. Próximo capítulo: pesca recreativa sin garantías". Ella responde con un pez y una escama, iconos que no existen, pero que su cabeza dibuja con claridad.

Apaga la lámpara del salón. La casa se aquieta. Y en esa calma limpia —la misma del restaurante, sin jazz, sin platos, sin camareros invisibles—, Vega entiende que la chispa también puede parecerse a una luz de pasillo: no deslumbra, pero te deja avanzar sin tropezar. Hoy, eso le basta.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Vega está subida a su propia encimera —la de madera con una mancha de vino que, vista desde arriba, parece un archipiélago— mirando a Pablo cortar patatas como si montara un origami con tubérculos. La precisión y la calma son casi inhóspitas: cubitos exactos que podrían pasar la inspección de un suizo con regla. No hay gesto de más; cada giro de muñeca suena a tutorial silencioso.

—¿Así bien? —pregunta él, sin perder el pulso, la mirada alternando entre el cuchillo y la tabla.

—Así como para operar a corazón abierto en mi cocina —dice ella, medio en broma, medio fascinada.

La casa huele a salmón, limón y pimienta. Claro que huele a salmón. En la repisa hay un bote de eneldo que parece patrocinado por Noruega y, al lado, una vela de vainilla en forma de croissant y una tacita turquesa. Casa de Vega: plantas trepadoras, cuadros que mezclan acuarelas y carteles de conciertos, cojines con peces, otro con un gato que guiña el ojo y una estantería que no entiende el concepto "minimalismo". Ecléctica con diploma.

La escena le trae, como un flash en cursiva, las otras citas con Pablo. IKEA un sábado: él directo a cómodas blancas y líneas rectas; ella desviándose a tocar mantas con flecos, lámparas con plumas y un espejo dorado con forma de sol.

—El blanco amplía —dijo él, arquitecto por un día.

—Lo ecléctico ensancha el alma —dijo ella, moviendo un abanico invisible.

Terminaron discutiendo (de risa) si una alfombra kilim puede convivir con una mesa lacada sin que la casa pida la custodia compartida. Compraron velas con nombre impronunciable, una bolsa de albóndigas que se desintegró a los dos pasos y un set de cuatro paños de cocina.

Y se coló, como siempre que no lo invita, el pensamiento Chris. No es comparación, se dice; es un intruso con llaves: madera vieja, playlists que se quedan flotando, esquinas que cuentan historias. Pablo es claridad y manual. Chris caos y ensayo-prueba-error. Ella lo aparta: quieto.

También quedaron hoy con los amigos de Pablo, esa secta de hacer el bien: suéteres de punto, manoletinas y mocasines, pantalones de pinzas; raya al lado ellos, pelo lacio ellas. Conversaciones neutras como sofás beis: voluntariados, recetas low-waste, rutas sostenibles. Nadie compite. Nadie interrumpe. Ella no se siente incómoda y, aun así, nota lo raro de tanta suavidad, de que nadie haga chistes malos, de que todo tenga puntas redondeadas. Uno de ellos recomendó una app para compartir sobras con vecinos y otro contó un viaje a una eco-granja donde se paga con abrazos. Vega sonrió sin ironía. Le gustó. Y, al mismo tiempo, echó de menos un borde, un rasguño, algo que no estuviera previamente curado con aloe vera.

—Mañana vuelo a Madrid temprano —dice Pablo ahora, colocando las patatas en la sartén con un giro exacto—. Así que iba a cenar ligero y marcharme.

—En mi casa lo "ligero" se convierte en dos platos sin querer —responde Vega.

Pablo sonríe. Se mueve en la cocina como si fuera suya, pero con ese respeto de invitado que no abre cajones sin permiso. Sabe dónde están las cosas que ella le enseña, y las que no, las adivina por lógica. Vega saca dos copas. Ella, que es caótica con método, se sorprende de cómo encaja con su ritmo. Ni exige, ni desaparece. El silencio con él no pesa.

Suena el timbre. Justo cuando el salmón pide la vuelta. Vega mira el reloj. La casualidad le guiña el ojo con descaro.

—¿Voy? —pregunta Pablo, toalla en mano.

—Voy yo —dice ella, ya sabiendo la voz que habrá al otro lado.

Abre. Chris sostiene una bolsa de papel y esa sonrisa que le desordena las estanterías.

—Entrega para la señorita Vega —dice—. Martín dijo que te diera estos libros. Los llevaba encima un día hace tiempo que los

llevaba para traértelos, pero le surgió algo y se quedaron en mi casa.

—Pasa —dice ella, cediendo un pasillo de plantas—. Estás justo a tiempo de arruinar el orden.

Chris entra, se sacude el fresco del descansillo, ve a Pablo en la cocina de Vega como un cirujano zen y levanta las cejas.

—Hola —responde Pablo, amable.

—¡Uy! No recordaba que tenías visita —dice Chris.

—Te lo he dicho hace un rato, Chris… —dice, Vega. Él se pega con la mano en la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Ya sabes mi memoria cómo es… —responde, aunque Vega sabe que pocos detalles se le suelen pasar—. Tú debes de ser Pablo.

—Exacto y tú Chris, ¿no?

Los dos se chocan la mano. Algo extraño siente Vega al verlos juntos. Como si la noche y el día se conocieran.

—Donde comen dos, comen tres, Chris. Quédate —sugiere amable Pablo.

Vega iba a cenar con Pablo antes de que él se marchara; ahora la escena se contorsiona un poco. Pablo mira a Vega, después a Chris.

—Me iba a comer una hamburguesa ahí abajo —dice—, pero si os apetece, me quedo.

—Por supuesto.

Lo dice a Chris, sí, pero mira a Vega. Es oferta, no examen. Ella asiente; su casa siempre ha sido casa para dos más. Y quizá así no se marcha tan en seco.

Se sientan en la mesa redonda. Vega sirve copas; la suya tiembla una sombra porque Chris está a dos sillas y Pablo a una, y su cocina de repente es un mapa con fronteras finas. Pablo emplata con compás: salmón, patata, espárragos, limón.

—Si el salmón viene con historia, me lo como con atención plena —dice Chris, cuchillo en alto como si tomara juramento.

—Viene —dice Pablo, mirando un momento a Vega—. En tres semanas abro frente en Noruega. Mucha sala sin ventanas, discusiones sobre datos limpios y café que parece agua de glaciar. Podrías… —se gira hacia Vega— venir unos días. O una semana. Sin

obligación. Trabajo por la mañana, paseo por la tarde. Hay un café que parece un acuario y una librería diminuta con gatos.

Vega lo escucha con el tenedor en el aire. No dice que sí. No dice que no. Se detiene. No le asusta el viaje; le asusta decidir en voz alta.

—¿No temes que me adopte un fiordo? —pregunta Vega.

Ríen los tres, aunque en los ojos de Pablo aparece un pliegue pequeño. La casa hace de amortiguador: la luz cálida, los libros apilados, una planta que insiste en trepar por donde no debe. Chris suelta una broma en dialecto Vega —una referencia absurda a aquella noche que ella confundió "cúrcuma" con "cúmulo"— y Pablo no la capta al vuelo; tarda un segundo y se suma sin molestarse. Eso tranquiliza a Vega: dos personas distintas que no hacen guerra por ser diferentes.

—Hoy hemos hecho muchas cosas —dice ella—. Mercado, paseo, siesta, secta benéfica, cocina… y aún falta el after.

—El after aquí —dice Chris— con platos y monólogo de risas.

—Monólogo corto —dice Pablo—. A las seis tengo taxi.

Vega recuerda, entre bocado y bocado, otras viñetas recientes con Pablo: un running suave por el río, él con ritmo constante y ella con chistes sobre su VO2 emocional; una noche de peli y manta en la que discutieron sobre comas y signos de exclamación ("las comas son el sitio donde respira la gente que no grita", sentenció él, y a ella le encantó); una videollamada con los amigos de Pablo, todos con fondo de salón blanco y planta tolerada, donde le preguntaron por su trabajo y de pronto se sintió cuidadosamente aceptada. Nada la empujó. Todo la sostuvo.

—Me voy a ir recogiendo —dice al rato Pablo, mirándose el móvil—. Dejo los platos en remojo y me marcho. Por favor, no os peleéis por fregar.

—Aquí se friega bailando —dice Vega—. Norma de la casa.

—Yo no friego —dice Chris—. Yo motivo, doy palmas, pongo la música.

Pablo se pone la cazadora. La maleta ya estaba junto a la puerta, discreta. Se acerca a Vega y baja la voz lo justo.

—Lo de Noruega no es trampa —dice—. Puedes decir que sí, no o nada. Me vale cualquiera.

—Hoy digo gracias —responde ella. Y lo piensa de verdad.

Besos de despedida: el de Pablo sabe a limón y plan; el de Chris, cuando solo es un roce en la mejilla, sabe a broma guardada. Pablo se va con un "luego te mando las fechas". El ascensor hace la campanilla pequeña que siempre parece reírse de ellos.

Se quedan Vega y Chris en la cocina de Vega, que ahora huele a salmón y a su vela de croissant. Han bebido un poco. Ella lo mira, se vuelve a subir a la encimera; desde ahí el mundo se ordena: plantas, libros, un cuadro torcido a propósito.

Con la palma, le da a Chris una torta mínima, de broma.

—Por venir a sabotear la precisión —añade.

—Por no invitarme antes —dice él, y le devuelve otra palmadita ridícula en el hombro.

Se enredan en una pelea de niños: él intenta cosquillas; ella asegura que está vacunada. Dan dos vueltas a la mesa; chocan con una silla antigua que chirría de risa; ella le roba el paño de cocina como bandera de victoria; él rescata una cuchara de madera y hace como que es una espada. De pronto, se quedan quietos. La risa tarda medio segundo en apagarse. Hay una electricidad finísima, de esas que tensan sin hacer ruido, como un hilo invisible entre clavículas.

Se separan a la vez, como si alguien hubiera dicho alto. Ella carraspea. Él deja el paño con solemnidad inútil.

—Postre —dice Vega—. Pablo no quería. Así que toca venganza.

Abre la nevera. Saca fresas, un resto heroico de galletas, un cuenco y un bote de nata que brilla como si llevara lentejuelas. Chris se erige en maestro de ceremonias. Pican galletas, cortan fresas, el batidor zumba como un helicóptero tímido. Las paredes devuelven ese zumbido como si fueran vecinas marujas.

—La nata se mide en "nubes por minuto", según Antonella —dice Chris.

—Vamos por tres cúmulos y medio —responde Vega, mirando el pico que se forma con orgullo.

Una gota cae en la encimera. Otra salta al tirador. Chris señala un punto blanco en el pelo de Vega con el dedo, sin tocar, con esa precisión de quien sabe dónde está el límite y no lo cruza, y por eso a veces apetece que lo cruce. Ella levanta el bote como antorcha.

—Ni se te ocurra —dice él.

—Demasiado tarde —dice ella.

Le planta un bigote de nata de barbero jubilado. Él exagera la indignación y contraataca con puntería de francotirador pacífico. Dos dardos aterrizan en el borde del cuenco y uno, rebelde, en la comisura del labio de ella. Vega se lo quita con el pulgar y, sin pensarlo, se lo lame. Silencio. Nítido. Una alarma pequeñita suena en su pecho y al mismo tiempo se calla: quieto.

Se sientan en los taburetes disparejos y comen del mismo cuenco con cucharillas que no hacen juego con nada. Casa de Vega: nada hace juego y todo encaja. Una fresa se cae, la atrapan a cuatro manos, sus dedos se rozan el tiempo suficiente para que el aire tome nota.

—¿Vas a ir? —pregunta Chris, bajito, sin adornos.

—Hoy solo nata.

Chris asiente despacio, como quien guarda una frase que no toca. Señala con el mentón la encimera.

Ríen. Lavan los platos que no iban a fregar. Él se pone a tararear una canción tonta; ella hace coros. Apagan la vela de croissant, que deja un suspiro dulce. En la entrada, Chris se pone la chaqueta con ese gesto de quien no quiere irse del todo pero sabe irse.

—Mañana te escribo —dice él.

—Recuerda que dentro de nada tenemos la fiesta de Datart.

—Lo tengo apuntado en rojo en el calendario —responde él guiñando un ojo.

Chris se va. La casa de Vega vuelve a su orden imperfecto que la hace perfecta. Se queda de pie en el pasillo, escuchando cómo el ascensor devora pisos y devuelve silencio. Echa un vistazo a su móvil: un correo de Pablo con fechas y un “solo si te apetece”; un mensaje de Chris: “El tomate es una fruta?”.

Ella sonríe. Abre la nevera, devuelve el bote de nata (queda poco, lo justo para otra travesura). Mira su cama sin hacer, el jersey

en la silla, el libro abierto por la mitad. Todo dice Vega en voz baja. Cierra los ojos. No contesta a ninguno. Se lava las manos; el agua está tibia, justa.

Recoge el cuenco, apila los platos con torpeza programada, deja el trapo mal doblado a propósito. Antes de apagar, anota en una libreta una lista absurda: "Cosas que amplían: blanco, comas, paciencia. Cosas que ensanchan: ecléctico, risas, nubes de nata. Cosas que pican: Chris." Dibuja al lado un fiordo con cara de gato.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

El hotel parece un decorado de película. Alfombra mullida que traga los pasos, lámparas con complejo de sol y un ejército de camareros que se desliza como si alguien hubiera marcado las posiciones con cinta en el suelo. Vega entra con Chris a su lado y el aire cambia, igual que cuando se abre el frigorífico y ese fresco limpio no admite dudas. Las miradas los siguen. O la siguen a ella. O al vestido. O a él. O al conjunto, que esta noche funciona.

No es la Vega de vaqueros y coleta. Es la de labios rojos y vestido negro que dice "tengo un plan" aunque el plan sea disfrutar y no hacer tonterías. Chris la mira en el reflejo del cristal de la puerta y la sonrisa se le afloja, como si el espejo les contara un secreto.

—Si seguimos así, nos piden autógrafos —susurra a su oído, con su colonia discreta y esa calma que le ordena la respiración.

—Tú firmas "Chris, gigoló" y yo "Vega, pringada oficial".

—Para unos tu novio y para otros gigoló —responde él.

Ella se ríe. No lo desmiente. Ni lo de "novio" ni lo de "gigoló". Ese es el problema: que no le molesta nada.

El ascensor los escupe al salón y la fiesta los engulle: risas, copas que chocan, música suave que se esconde en las esquinas. Avanzan entre grupos y Vega nota cómo algunas conversaciones se cortan un segundo, lo justo para que las miradas digan "¿es Vega?" y, detrás, "¿y quién es ese tío guapísimo con ella?".

Olivia la intercepta con ojos de plato.

—¡Pero qué guapa estás! —le coge las manos—. De verdad, estás de portada.

Mira a Chris como si lo hubiera impreso una 3D carísima.

—¿Y este?

—Su novio —responde él, con una convicción peligrosa para la serenidad de ella.

Tres pasos después, a otro corrillo:

—Su gigoló —añade igual de serio—. Cobro en croquetas y sarcasmo.

Ella le da un codazo, intentando no escupir el cava de la risa.

—Eres un cachondo.

—¿Y me va a desmentir?

—No.

—Perfecto —dice. Y el "perfecto" se le queda pegado por dentro, como una pegatina bien puesta.

Pasean con la coreografía de quien ha ensayado sin saberlo. Comentan peinados imposibles (uno necesitaría licencia municipal), trajes que parecen disfraces, el señor que interrumpe como si cobrara por minuto hablado. Chris se inclina a su oído para sus observaciones y cada frase le roza la piel como si fueran dedos.

—Atenta al de azul cobalto —susurra—. Lleva calcetines con flamencos. Esa persona ha tomado decisiones valientes hoy.

—Y el de la pajarita… ¿eso es satén o una trampa mortal?

—Satén y trampa mortal suelen ser sinónimos.

Hacen parada técnica en los canapés. Él le acerca un bocado de salmón como si supiera exactamente cuánta hambre tiene y qué labial lleva. La mira con esa media sonrisa que no promete nada y lo promete todo.

—¿Y lo del viaje? —pregunta, bajito, sin apretar—. Lo de Pablo.

Ella se endereza, sorpresa cero: sabe que va a salir. Ha dicho la palabra "viaje" demasiadas veces últimamente como para esconderla debajo de la alfombra del hotel.

—¿Noruega? —pregunta, por hacer tiempo.

—No, Mordor, no te jode —bromea una pizca irritado.

Vega respira. Las palabras de Pablo. La invitación. La pesca en los lagos congelados.

—Creo que no —dice, y la palabra cae lisa.

—¿No?

—No me voy con él. No ahora —aclara—. Es su trabajo, no el mío. Yo estoy… —busca la palabra exacta— aquí.

No dice “contigo”, pero el alcohol hace que le toque el pecho a Chris con un dedo. Ella parpadea lento y él baja los ojos, como si de pronto le diera pudor sonreír tanto delante de desconocidos. Nota un cierto alivio en él.

—Vas a hacer que me suba el ego —bromea.

—Ten cuidado, a partir de cierta altura hay mareo.

Se ríen. El salón, por un momento, los deja en paz.

Y entonces, porque la vida la quiere con argumentos, aparece Román. Vega lo ve venir desde el otro lado: traje claro, sonrisa de blanqueamiento dental, ese trote de quien se cree un “sí” andante. La mira primero a ella, luego a Chris. Ya se conocen. La electricidad está ahí, quieta, esperando contacto.

—Vega —dice, con voz de homenaje—. Estás… wow. Y tú —a Chris—, aquí estamos, ¿eh?

—Por suerte para unas y por desgracia para otros—responde Chris, sin perder el pulso.

El comentario se queda flotando, fino como una hoja de afeitar. Román ladea la cabeza, disfruta de su propio eco.

—No cambias, Chris. Siempre con ese tonito —le señala la copa—. Cuidado, no se te corte el champán con tanta superioridad.

—Solo me pasa contigo —responde él, desganado, como quien apaga una alarma por costumbre.

Vega se acerca medio paso a Chris, gesto mínimo que en su cuerpo significa “estoy aquí”. Román se le aproxima un centímetro de más.

—Y tú, Vega… —la recorre de arriba abajo con una inspección que le pone la piel en alerta—, qué barbaridad. ¿Has contratado estilista o te ha estado entrenando este? —mueve la barbilla hacia Chris.

—Soy su novio —dice Chris, seco.

—Claro —sonríe Román con condescendencia—. “Novio”. Qué gracioso. Nunca se te ha dado bien mentir, hermano.

—No soy tu hermano —responde Chris.

El corrillo retiene el aire. Alguien tose. Una risa nerviosa se escapa de alguna parte, se da contra la pared y se muere. Vega decide no regalarle más minutos.

—Vamos a por otra copa —dice, y tira de Chris con delicadeza.

Se alejan entre un mar de lentejuelas y perfumes. La música sube un punto. Él se inclina.

—Otra vez igual —murmura.

—Lo sé. Ignóralo. No le des festival.

—Si vuelve a pasarse, no lo ignoro.

—Si vuelve a pasarse, yo me iré —responde, y ahí cierran por ahora.

Juegan a distraerse: el pianista encadena jazz con pop, hay un neón de CHEERS que da risas y miedo. Varias compañeras la paran, la abrazan, le hacen preguntas de "¿y ese de quién es?". Chris la deja ser el foco y, a la vez, la sujeta con la mirada para que no se pierda en el ruido. Cuando ella se tensa, él apenas le toca la muñeca. Cuando se ríe demasiado, él le roba un sorbo de copa. Lo justo. Lo exacto.

—Va por aire un minuto —le dice—. ¿Trae dos copas y la ve arriba?

—En dos —confirma él.

Vega sube por la escalera de mármol, mirando los pies para no matarse. La terraza se abre como un secreto caro: barandilla de cristal, macetas monumentales, el cielo negro encendido por las farolas. Se oye la fiesta desde abajo como un rumor. Se acerca al borde y respira. Intenta ser la chica de película un rato: las luces de la ciudad en los ojos, la noche en la piel, la certeza de que la vida a veces no le pide nada más que estar.

Escucha pasos. Sonríe, esperando a Chris con dos copas y otra de sus frases tontas que le arreglan el pulso. Se gira. Es Román.

El nombre le baja por la espalda como un cubito de hielo. No se mueve.

—¿Huyes de mí? —pregunta él, medio riéndose.

—Quiero aire —responde, cortante—. Vuelve abajo, por favor.

—Pues respira conmigo —acorta la distancia con esa impertinencia.

Se coloca demasiado cerca. Apoya el antebrazo en la pared junto a su hombro y le corta la salida como quien aparca en doble

fila. Su colonia dulce le ocupa la garganta. Su sonrisa le da ganas de apagar luces.

—Estás impresionante, Vega —dice en voz baja—. Llevas toda la noche provocando.

—Román, apártate.

—Venga, no seas así… —inclina la cara hacia su cuello, como si la piel fuera un territorio sin leyes.

El miedo le recorre como electricidad. Se le activan todas las alarmas, las viejas y las nuevas. Abre la boca para gritar, pero no hace falta.

Chris llega. No lo anuncia. No hay trompetas. Hay un cambio de presión en el aire y un golpe seco de realidad. Le agarra del hombro a Román y lo arranca de su lado con una precisión sin poesía. Román tropieza dos pasos y choca con la barandilla. Se recompone, ofendido.

—Te he dicho mil veces que te controles —escupe Chris, sin subir la voz.

—No te metas, tío. Siempre has estado celoso de mí —Román da un paso como si fuera a encararlo—. Tú y tus discursitos.

Entonces el puñetazo. No tiene música épica. Tiene sonido a carne y hueso y copa que tiembla en una mesa lejana. Román se lleva las manos a la cara y cuando las aparta se le ve la sangre. Le tiembla la dignidad.

Chris no se acerca más. No hace falta. Le habla desde un paso de distancia, con esa voz baja que es peor que una bronca.

—Tienes mujer. Tienes hijas, Román. Y aquí hay cámaras —dice—. Si digo una palabra, mañana lo pierdes todo. ¿Me oyes?

La palabra "hijas" ventila la terraza. Román traga saliva. Quiere insultar; se le escapa un amago de risa que no encuentra dónde apoyarse. Mira alrededor como buscando un público que ya no quiere ver la obra.

—Está bien —masculla—. Está bien.

Se va. Se va rápido, con la mano en la nariz y los ojos brillando de rabia y vergüenza. La puerta se cierra y la terraza queda, de pronto, demasiado grande.

Vega se queda clavada. El aire frío no ayuda. Tiene la piel a la defensiva, el corazón en tam-tam y la garganta con un nudo tonto. Chris se vuelve hacia ella y la cara le cambia. La furia se le desarma. Queda el cuidado.

—¿Estás bien? —pregunta. No "¿qué hacías aquí?". No "¿por qué no gritaste?". Solo eso.

Ella asiente primero y niega después, porque la verdad es un nudo con patas. Acerca las manos a su cuello, donde la respiración de Román aún es un fantasma. Y entonces da un paso y se pega a Chris. No sabe quién abraza a quién. Cree que los dos.

El abrazo le recoloca las vértebras. Le siente el corazón, la respiración, el calor. Todo le baja de revoluciones. Le mira la boca como si fuera una certeza. Él le busca los ojos como si preguntara sin palabras. Ella responde sin palabras. Se besan.

Es un beso suave al principio, como si pidieran permiso a algo antiguo. Luego se afirma, sin prisa, con esa urgencia educada que tienen los besos que han estado esperando. Su mano encuentra la nuca de él. La de él, su cintura. La ciudad respira debajo. La música llega como por una cañería. Lo demás desaparece.

Cuando se separan, no hay chistes. No hacen falta.

—¿Nos vamos? —pregunta él.

—A mi casa —responde ella—. Está cerca.

Bajan por la escalera con la prudencia de quien guarda un secreto recién dicho. En el salón, la fiesta sigue como si nadie hubiera aprendido nada. Olivia y Lola discuten si la tarta de red velvet merece su fama. Un jefe de algo cuenta un chis te largo. Alguien desafina con Don't Stop Me Now. A Vega le parece bonito que el mundo continúe. Le parece aún más bonito bajarse un rato.

La ciudad los recibe con aire tibio y luz parpadeante. Deciden ir andando. Quince minutos que parecen cinco. Hablan poco. Sus manos se buscan en el intervalo entre farola y farola. Ella se siente rara: ligera y firme. Como si el suelo y ella, por fin, se hubieran dado la mano. Han pasado a ser uno. No se siente rara, como si esto fuera lo que tendría que estar pasando.

—He visto rojo en la terraza—admite, como si le diera apuro.

—Yo estaba viendo negro —se ríe, más tranquila—. Así que ha salido un granate bastante elegante.

—Esa es la Vega que me mata —susurra él.

—¿Cuál?

—La que hace chistes cuando podría llorar. Y la que llora cuando ya puede hacerlo.

Ella se aguanta el nudo. Aprieta su mano. El resto del camino lo hacen sus pasos como si fueran parte de un río donde el agua fluye con naturalidad.

En su portal le fallan las llaves tres veces porque sus dedos deciden convertirse en cucharas. Chris no dice nada. Está tan cerca que es paciencia, gesto y calor. La cerradura obedece a la cuarta. Suben en el ascensor pequeño que conoce todas sus caras: la de lunes con moño de guerra, la de viernes con bolsas, la de "vuelve del gimnasio y es otra". Esta es nueva hasta para el ascensor.

Vega abre la puerta y entran como quien cruza una frontera que solo exige el pasaporte de lo que son. La casa huele a ella: vainilla de vela barata, libro boca abajo en el sofá, jersey en la percha mal puesto. Sonríe.

—Siempre me ha gustado. Es bonita —dice, mirando a su casa.

—A veces —responde ella.

—Hoy, mucho.

Cierra la puerta con la cadera, gesto automático que de repente se vuelve escena. Se quedan de pie en el salón, frente a frente, a dos pasos de distancia. Dos pasos que esta noche son un continente.

—Gracias —dice ella, sin chistes.

—Siempre —responde él.

Se miran. Ella ve al Chris de todas sus edades: el de los dieciséis con sonrisa torpe, el que aprendió a contestarle a las tres de la mañana con frases que parecían pensadas, el de ahora que ya no finge ni esconde. Y se ve a sí misma: la Vega que planea cómo irse para no tener que quedarse, la que esta noche decide quedarse.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Chris

Vega lo mira. No es la insegura que no sabe qué hacer con su vida. Es la de labios rojos y vestido que no hace ruido y, sin embargo, lo dice todo.

No se apresura. No quiere asustar al animal tímido que se les ha echado a dormir entre las costillas desde la terraza. Están a dos pasos. Hoy esa distancia es frontera y puente.

—Estoy aquí —dice él, en presente. Entero.

Ella alza la barbilla un milímetro.

El primer beso sabe a cava tibio y a algo de hace muchos años que él llevaba tarareando sin letra. Chris enmarca su cara con las manos, con cuidado de quien no quiere perder nada. Ella roza su muñeca con la yema de los dedos, un "estás" minúsculo que le recoloca el mundo. Se ríen idiotas sin separarse, como dos que llegan tarde, pero llegan.

Avanzan chocándose con la mesa, con la alfombra, con ellos mismos. Él no tira del vestido: encuentra la cremallera y la baja despacio; la espalda de ella se eriza bajo sus nudillos. Deja que la tela caiga. Se cubre un segundo por instinto; él le besa el cuello, la curva del brazo donde siempre olvida echarse crema. Recorre con la palma de su mano el lateral de su cuerpo hasta la cadera. Ahí aprieta más las manos atrayéndola hacia sí mismo. Cualquier pudor desaparece al instante. Ella siente fuego con su tacto. Vega le desabrocha la camisa mirándole a la cara y le muerde la clavícula con una lentitud que lo incendia.

—Ven —dice ella.

De la mano, lo guía al dormitorio como si conociera sus pasos antes que él. Chris observa y se deleita por cómo su cuerpo baila

mientras caminan hacia la cama. Sonríe y le pega una palmada en el culo. Ella se gira sin perder el paso.

—¡Oye! —dice exagerando—. ¿Quién te ha dado permiso para darme ese azote?

—Es justo y necesario —dice, mientras le da otro pellizco en la nalga.

Vega se gira y lo rodea con los brazos para llevar su boca junto a la suya.

La luz es baja; la ciudad dibuja una raya oblicua en la pared. La cama cruje una queja pudorosa.

Vega se sienta en el borde y lo trae por la cintura de un tirón. Él no suele hablar cuando le tiembla el pulso, pero hoy sí.

—Estoy —repite, torpe y seguro.

Ella asiente. Le quita el cinturón. A Chris le entra un pequeño escalofrío y levanta la cabeza mientras le coge del pelo a ella.

Chris se lanza sobre ella. Son dos que por fin cantan una canción que llevaron años tarareando. Él comienza por su cuello. Ese que tanto ha observado a lo largo de su vida y ha deseado recorrerlo y acariciarlo. Ahora puede. Lo besa desde la base de la oreja con pequeños besos hasta la clavícula. Ella cierra los ojos, los abre, vuelve a cerrarlos, como si quisiera quedarse a vivir en ese intervalo. Vega se frota el brazo para intentar bajar el vello erizado. Chris se aparta unos segundos para observarla. Para creer que está ahí y que no es una ilusión. Ella sonríe tímida. Luego continúa su viaje de caricias. Muerde su cuello y luego baja a por sus pechos. Es delicado pero rudo. Vega arquea la espalda cuando le rozan sus labios. Chris presiona su dureza contra su vientre. La cadencia de las respiraciones sube cada vez más como las pulsaciones.

Ella aprieta los ojos y él le quita su tanga con la brusquedad de quien no puede aguantar más. La atrae a sí mismo con fuerza.

Es su instinto. Ella hace que salga y lo domine sin avisar.

Se coloca encima de ella mirándola a la cara segundos antes de besarla. Los besos no le parecen besos, sino algo nuevo. Una conexión directa entre ellos que los zarandea, los une y los quema por dentro.

Y entra.

La cama respira con ellos; la madera, cruje bajito. No hay distancia. No hay emociones encerradas con llave. Lo que sí hay son dos cuerpos unidos y completos como un amanecer que llega por fin a su hora. Él hunde la cara en su cuello mientras sostiene su trasero con las manos tensas. No es consciente de las

partes de su cuerpo, sino de un placer intenso que le hace perder la noción del tiempo y espacio. Ella le muerde el labio, le pide que pare un segundo, que no pare, "así", "un poco más", "ya casi". Vega lo rodea con sus piernas atrayéndolo con más intensidad si cabe. Él respira fuerte cerca del lóbulo. No hay prisa. No hay miedo. Hay una coordenada exacta: ellos. Él la sostiene; ella lo sostiene. Y entonces, la unión es mayor. Ya no hay distancia entre ellos. Cuando por fin el cuerpo encuentra esa orilla donde todo encaja, se caen casi al mismo tiempo, con un mareo manso que lo obliga a cerrar los ojos.

—Hola —dice ella, bajito, con la frente en su cuello.

—Hola —responde él, y algo le cambia el tono por dentro.

Sale de ella con cuidado. Se tumba a su lado. Ella se gira y le ocupa el pecho con la cabeza, le cruza la pierna por el muslo, le anuda la cintura con el brazo. Encajan como si hubieran estado ensayando en secreto desde otra vida. El mundo se reduce a su peso, su pelo enredándole los dedos, su respiración encontrando la suya.

No dice "te quiero". No hoy, pero le apetece. La frase sube hasta el paladar y tiene que tragarla dos veces.

—¿En qué piensas? —murmura ella, sin abrir los ojos.

—En que lo haría mil veces —contesta él—. Estar a tu lado en los malos momentos.

Recuerda cómo las caricias después del incidente con Román.

—Ya llegaste —susurra ella, y se duerme, confiada, con la boca apenas abierta. Esa confianza le duele de bonita.

Silencio. Útil. De los que te ordenan los pensamientos. Chris la acaricia. Pasa el dorso de la mano por su cara. Por su pelo. Quiere aprenderse el ángulo de su nariz, la curva de sus labios… Ella se duerme bajo el roce de su piel.

Entonces vibra algo sobre la mesilla. Una vibración corta. Otra. El móvil, boca abajo, respira luz por los bordes. Él se tensa por reflejo; lleva demasiadas noches con hermanos que llaman a horas raras, con niñas con pesadillas, con emergencias de mentira y de verdad. Se ha ganado el derecho a asustarse con educación.

No toca el teléfono. No lo mueve. No lo coge. Gira solo la cabeza. La pantalla se enciende sola: la previsualización larga esa que nadie pidió y te enseña justo lo que no quieres ver.

Un banner claro sobre fondo oscuro. Icono de chat. Pablo. Lee sin querer; lee sin tocar; lee porque la noche se lo pone en la cara. Entran dos líneas, generosas, como si la notificación quisiera asegurarse de herir:

"Me hace mucha ilusión que hayas dicho que sí. He hablado con RR. HH.; ya te han añadido. Alojamiento listo. Te vienes conmigo estas semanas. Va a salir bien. Gracias por arriesgarte."

La sangre le zumba en las orejas. La notificación se apaga sola. Él no.

Lo primero no es "me ha mentido". Lo primero es "otra vez". Ese "otra vez" que lo conoce de memoria: a los dieciséis, a los veinte, a los treinta y pico. Otra vez lo tiene entre los dedos y alguien —ella, el mundo, su versión cobarde— abre una puerta y se va.

Respira hondo para no despertarla. Se sienta despacio. La mira dormir con esa boca de niña que no le había visto nunca. La quiere. Joder que la quiere. Y justo por eso no quiere montar ahora el juicio. No. No va a hacerse esa historia. No quiere odiarla. No puede.

Se levanta. Va al baño. Se pone la camisa sin encender la luz; falla un botón y le da igual. Pasa por la cocina, llena un vaso de agua al mínimo, como si no quisiera despertar a la noche. Lo deja en su mesilla, del lado por el que siempre busca a tientas. Ella no se mueve. Su pecho sube y baja, ordenado, contra la sábana.

Se queda en el marco de la puerta y, sin invitar, entra el flash. La fiesta. Ellos con 16 años.

No se inventa nada: esa noche existió. Se liaron. Estaban bastante borrachos, todos, el jardín olía a manguera y a verano, la música empujaba por detrás. Recuerda su risa cerca, sus hombros, un "por qué no" que se volvió semáforo en verde. Recuerda la electricidad clara, y luego un hueco. Al día siguiente él dijo que no se acordaba. Semanas después, la vida siguió rodando en la dirección que tenía que rodar a esa edad: el capitán del equipo se cruzó en su curva.

Años más tarde, Martín encontró unas cartas. "No debería enseñarte esto", dijo, y se las puso delante con su lealtad bruta de hermano. Eran de Vega. Cartas que nunca le envió. Allí estaba lo

que él había borrado: que aquella noche hubo beso de verdad, que hubo miedo, que él se fue por la puerta de atrás llevándose la mitad del cuento, que ella se quedó con la otra mitad en la mano. Y estaba también el remolino que vino después, esa semana de aplausos y ruido en la que el capitán ocupó el sitio que él no supo sostener. Cerró las cartas con cuidado.

Desde entonces se fabricó una armadura funcional: si la chica que quería se iba con el héroe, él aprendería a ganar de otra manera. Entrar y salir sin ventanas abiertas. Ser un ligón empedernido. Se lo creyó. Le gustó el papel. Funcionó hasta que dejó de hacerlo: hasta que Vega volvió a entrar en una habitación y el aire aprendió su nombre.

Vuelve del recuerdo a su cuarto. La ve dormir. La palabra "sí" de otro hombre aún parpadea en su retina. No quiere convertir su primera vez en un interrogatorio. Tampoco quiere quedarse esperando el avión de otro. No va a negociar cuando el contrato ya está firmado. Y, sin embargo, no sabe salir sin tocarla.

Se acerca y le deja un beso de aire un centímetro por encima de la frente. Si la toca, se queda. Si se queda, se pierde.

En el pasillo, el espejo le devuelve un tipo con la camisa mal abrochada y ojos de haber entendido tarde. Se dice, bajito:

—Te ha vuelto a pasar.

Y se corrige, como quien endereza al fin el cuadro del pasillo:

—No. No va a ser así.

Abre la puerta sin ruido. Baja por las escaleras; el ascensor le conocería la cara y no quiere que le haga preguntas. Camina.

Las manos le piden escribir. No para ella, se dice. Para él. Para no traicionarse dentro de dos horas. Camina diez calles, dobla dos esquinas. Llega a casa en horario de camiones de basura. No enciende la luz. Se deja caer en el sofá; el pecho tarda en recordar cómo se respira sin peso.

Saca el móvil. Abre su chat. El último mensaje es un meme idiota de ayer, antes del hotel. El cursor parpadea con descaro de aguja en vena.

Escribe: "Ha estado bien. Mucho. Pero tranquila: no eres un milagro. Eres una más. Nos vemos."

Lo borra. Duele. A él también. Vuelve:

"Vega, no te preocupes. La noche se nos fue. A mí me pasa. Tú y yo, una muesca bonita."

Lo detesta. Lo protege. Es cruel, sí. También es la única pared que tiene ahora para no pedirle, como un crío, que lo elija. No va a mendigar.

Lo envía.

El doble check aparece sin color. Boca abajo el teléfono sobre la mesa. Respira. El eco de los dieciséis le asoma otra vez, pero hoy se da el lujo de corregir la escena con voz adulta: no eran mejores que él; llegaron antes. Y él no va a llegar tarde otra vez a su propia vida.

El móvil vibra. No lo mira. No se regala la trampa de la respuesta inmediata. Sabe cómo suena su esperanza. No piensa darle altavoz. Apaga el teléfono. Se lanza a la cama con ropa, como si temiera que si se descalza se le escapa la verdad por los pies.

Cierra los ojos. Se repite a media voz:

—No va a ser así.

No esta vez.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Una rendija del sol se cuela como un ladrón educado por la persiana y dibuja un triángulo exacto en la pared. Vega parpadea dentro de ese triángulo. Se dice "cinco minutos más" y su cuerpo, traicionero, busca con la mano lo que debería estar a su lado. Toca sábana. Fría. Toca almohada. Hueco. Toca aire.

En la mesilla, un vaso de agua a medio llenar.

Un gesto precioso. Una condena.

—Buenos días —le dice al vaso, porque si no habla se rompe ella. La voz le sale como si hubiese dormido con piedras en la boca.

Se queda sentada, la sábana en el regazo, el pelo mal recogido en una coleta que perdió la guerra a las cuatro de la mañana. El vestido negro está colgado del respaldo de la silla, del revés; las medias en el suelo parecen dos medusas exhaustas. Huele a piel, a su colonia, a bergamota… y a su ausencia. Qué olor tan concreto tiene la ausencia cuando se va alguien que no quiere que se vaya.

Busca el móvil a tientas. Dos notificaciones la miran como dos ojos sin pestañas. Abre la última, la que aún no sabe que la va a partir.

"Ha estado bien. Mucho. Pero tranquila: no eres un milagro. Eres una más. Nos vemos."

El corazón de Vega hace un apagón y vuelve en falso, como un fluorescente que parpadea sin llegar a encenderse del todo. Siente un calor rarísimo subir de la nuca a las mejillas, como si alguien hubiera echado pimentón en su sangre.

Lo lee otra vez, por si las palabras se arrepienten. No lo hacen. Una tercera, por si su cerebro quiere jugar a "te equivocaste de chat". Tampoco. Es para ella. "Eres una más."

Se cubre la cara con la sábana. El algodón no borra letras. Baja la sábana. El mensaje sigue ahí, perfecto en su crueldad.

¿Cómo se pasa en seis horas de "estoy" a "eres una más"? ¿Cómo se puede besar como si se encontrara casa y, al amanecer, dejar una nota de motel barato?

Marca su número. Suena una, dos, tres veces. Salta el buzón. La misma voz con la que anoche dijo "estoy" le pide que le deje un mensaje. Cuelga antes del pitido. No va a regalarle la banda sonora de su rotura.

Va al baño como quien camina por un pasillo de hospital. La luz le hace daño. Se mira en el espejo: ojos hinchados, rímel corrido, la marca de su barba todavía agujereándole la clavícula como un recuerdo con dientes. Abre el grifo. Agua fría. Se lava la cara. El espejo le devuelve a una mujer que anoche pensó que, por fin, la vida hablaba su idioma y hoy no entiende ni el abecedario.

Vuelve al dormitorio con las piernas pesadas. En la pantalla, debajo del cuchillo, aparece el mensaje de Pablo, el que anoche vio de refilón, aunque no llegó a reparar qué decía:

"Me hace mucha ilusión que hayas dicho que sí. He hablado con RR. HH.; ya te han añadido. Alojamiento listo. Te vienes conmigo estas semanas. Va a salir bien. Gracias por arriesgarte."

Se ríe sin risa. Anoche, ese "sí" era un "NO". Anoche —y esto le duele reconocerlo— sabía que iba a decirle a Pablo que no se iba. Que se quedaba. Lo supo cuando cerró los ojos y Chris dijo "estoy" con la boca pegada a su nombre. Lo supo cuando le enmarcó la cara como si fuera lo único que hubiera que sostener en el mundo.

Lo supo.

Lo supo cuando su cuerpo, por fin, se ordenó dentro del suyo.

Ahora no sabe nada. Sólo sabe leer: "Eres una más."

El despecho le sube como fiebre. Pica, quema, empuja. Tiene una utilidad práctica: despeja niebla.

No va a quedarse aquí oliendo a bergamota sin dueño. No va a mirar la hendidura en la almohada como una adivinanza. No va a congelarse en este pasillo con cuadros torcidos. No va a mendigar explicaciones que no merecen su lengua.

Se va. A Noruega. Hoy.

No por épica. Por supervivencia.

Abre el armario y saca la maleta. El chirrido de las ruedas al desplegarse suena como un lamento de puerta antigua. La planta en el suelo, la abre como quien abre una boca y empieza a alimentar esa boca con ropa: vaqueros, jerseys gruesos, el abrigo que parece un edredón, los guantes de rebajas que compró sin saber por qué, el gorro con pompón indecente que le regaló Anto. Mete también medias térmicas (su dignidad tiene los pies fríos). Cada prenda cae encima de la anterior con una frase no dicha: ¿cómo te atreves?, ¿cómo puedes?, ¿qué clase de cobarde escribe "eres una más" después de pronunciar "estoy" mirándome como me miraste?

Pone el café. El ruido de la cafetera es una ambulancia. La cocina huele a café y a vela apagada. Apaga también el altavoz del salón; no quiere que ninguna canción reclame ser su banda sonora. No hoy.

Coge el cuaderno. La página la mira con una paciencia que le da rabia. "No hipotecar ilusiones. Disfrutar el camino." Debajo, a lápiz: "No confundir señal con ruido." Señal: un mensaje que dice "eres una más". Ruido: todo lo que su cabeza produce para abaratar esa frase ("estaba asustado", "bebió", "no quería atarme", "igual se refería a otra cosa", "igual… nada"). El radar en llamas.

Escribe debajo, con letra firme: "Anoche iba a decir que no me iba. Hoy me voy. No por él. Por mí."

Vibra el móvil. Martín. Audio.

—¿Estás en casa? —su voz suena gastada, como si hubiera dormido apoyado en un radiador—. Cuando puedas, te llamo. No hoy. En unos días voy a decirle a María todo. Necesito que estéis. Sobre todo por Anto.

Vega respira hondo. Le llama. Coge al segundo.

—Estoy —dice, y su boca traicionera usa la palabra maldita—. Dime.

—No hoy, ¿vale? —repite—. La semana que viene. Quiero hacerlo bien. Sin prisas feas. Pero necesito que os preparéis. Anto va a necesitar un ejército de películas de perros que hablan y meriendas indecentes.

—Aquí siempre hay palomitas y pijama de unicornios —dice ella —. Cuenta conmigo.

—Y otra cosa… —se le corta el aire un segundo—. He intentado hablar con Chris. No coge. Y… —traga— he visto un storie suyo: embarque a Ibiza.

La risa de Vega le sale con hierro. Se muerde el índice. Podría callárselo. Guardarlo como quien guarda una granada sin espoleta en el cajón de los calcetines. No quiere más secretos. No quiere crear otra noche como aquella de hace años con cartas no enviadas.

—Martín… —la voz le sale prestada—. Anoche… me lié con él.

Silencio. Se oye cómo la respiración de Martín choca contra algo.

—¿Qué? —no hay grito; hay incredulidad—. ¿Qué has dicho?

—Nos liamos. Estuvimos juntos. —Traga—. Y esta mañana me ha mandado esto —le reenvía la captura.

Silencio. Vega le imagina leyendo. Le imagina apretando la mandíbula. Le imagina decidiendo si la mata a ella o va a su casa a zarandearlo.

—No entiendo nada —dice por fin, con esa sinceridad que corta—. Si ese tío lleva años contigo en la cabeza… aunque él no lo diga, aunque se lo oculte a sí mismo… ¿cómo te suelta esa mierda?

Vega se cubre los ojos con la palma, como si pudiera sostenerlos para que no se le cayeran.

—Anoche lo tuve clarísimo, Martín. Iba a decirle a Pablo que no me iba. Que me quedaba. Anoche dije "ya está, por fin". Y hoy… —no termina de salirle el aire— hoy me encuentro con "eres una más".

—¿Él lo sabe? —pregunta, y en esa pregunta hay otra: ¿se lo vas a decir?

—No. Ayer, en la fiesta, le dije que no me iba. Que me quedaba. La decisión de irme la he tomado hoy, después de leer eso. No se lo pienso contar ahora para darle otra herramienta con la que hacer papiroflexia de mis tripas.

—Joder… —murmura, muy bajito—. Joder. Vega, escúchame: Chris te quiere. Está enamorado de ti desde hace años. Aunque se la dé de ligón funcional, aunque haga chistes, aunque salga corriendo. No lo excuso. No le quito culpa. Digo que es un idiota con miedo XXL. Y los idiotas asustados hacen cosas atroces.

—Pues ayer por la noche no parecía un idiota asustado —le sale en seco, y siente el filo del despecho—. Parecía un hombre que sabía lo que quería.

—Lo es. —Suspira—. Las dos cosas pueden ser verdad. Y por eso me asusta que esté en Ibiza. Y ahí… se hace daño.

Vega se sienta en el borde de la cama con la maleta abierta como una boca. Mira sus manos. Tiemblan las dos, pero no al mismo ritmo.

—No te pido que le cuides —corrige Martín—. Te pido que no cierres con cadenas. Deja la puerta encajada. Por si… —busca la palabra— por si os da por hablar como gente.

—No prometo nada —responde—. Lo que sí prometo es estar cuando le digas a María lo que le tengas que decir. Y con Anto, ya sabes: aquí hay cepillo de dientes, peli mala garantizada y helado.

—Gracias —su voz se ablanda—. Te quiero, hermanita.

—Yo a ti.

Cuelgan. El silencio ya no es agujero; es una sábana tendida. Bajo esa sábana, el despecho sigue, pero se ha colado una certeza humilde: lo quería más de lo que había admitido jamás, incluso en sus bromas, incluso en sus teorías, incluso en sus listas.

Vibra el teléfono. Pablo.

—¿Sigues con la idea de venir ya? —pregunta, sin invadir.

—Sí. Hoy. No puedo quedarme aquí —le sale sin adorno.

Hay un segundo de silencio, de esos que no perturban; que respetan.

Sin problema Pablo dice que puede mover los hilos para apresurar el traslado.

Vega se queda callada, helada, con una gratitud rara creciendo al lado de la vergüenza. Parte de ella quiere decirle "no hace falta, puedo sola". Otra parte —la que tiembla desde que leyó "eres una más"— agradece, sin saber cómo, que alguien decida precipitarse con ella.

—Gracias, Pablo —consigue decir.

—De nada. Te mando la tarjeta de embarque y nos vemos allí. Y, Vega… —su voz baja medio tono— me gusta estar contigo. No hace falta más.

Cuelga. El altavoz de la realidad anuncia "miremos esto con calma" y ella ya tiene la maleta casi hecha.

Hace una lista en un post-it, porque agarrarse a los enumerables la salva de los abismos: "Pasaporte / Tarjeta sanitaria / Cargadores / Adaptador / Cuaderno / Dignidad". Sonríe. La dignidad no cabe en el neceser, pero la dobla en cuatro y la mete en el bolsillo del abrigo.

Escribe a María: "Si necesitas hablar o estar en silencio con alguien, estoy. Sin preguntas. Abrazo grande". No espera respuesta. Lo importante del salvavidas es que flote, no que tenga lentejuelas.

Manda a Anto un audio con voz de tía que se hace la entera: "Tía se va unos días a un sitio con renos. Lista de encargos no horteras, por favor. Te quiero. Come verdura o finge." Le contesta con texto: "Quiero boli con luz y foto de nieve. Y que vuelvas. Te quiero, tía".

Coge el abrigo.

El cuadro del pasillo está torcido. Su guerra favorita. Durante años, al pasar, lo ha enderezado como quien endereza el mundo. Extiende la mano. La baja. Hoy deja lo torcido torcido.

Pide un taxi. Mientras espera, abre por última vez el chat con Chris. La frase está ahí, como un tajo limpio. Escribe "Recibido." Lo envía. El doble check gris no cambia de color.

El portero automático suena. Abre. Baja con la maleta. El portal huele a lejía barata y a planta de plástico con vocación de ficus. Doña Pilar aparece con su bata de flores y una barra de pan bajo el brazo.

—Te vi la cara de "hoy no" —dice—. ¿Quieres pan?

—Me voy unos días —responde—. Noruega.

—¿Noruega? —abre los ojos—. Llévate gorro. Y deja dicho que te riegue la planta esa. —La mira con esa sabiduría que no sale en TED Talks—. Y vuelve cuando te dé la gana, no antes.

Vega la abraza. Doña Pilar huele a jabón Lagarto y a bollo de canela imaginario.

El taxi la traga. El conductor pone la radio bajita. Suena una canción vieja sobre empezar de cero. El universo tiene un DJ con

humor literal. La ciudad se encoge por la ventanilla mientras ella se agarra al cuaderno como a un salvavidas con rayas.

Escribe: "Hoy iba a decir que no me iba. Anoche lo supe. Hoy me voy. No por él. Por mí."

En la terminal, las pantallas anuncian puertas, retrasos, embarques. Gente con mochilas y vidas. Un niño llora por un globo que no le compran. Una mujer discute con una maleta que ha decidido no colaborar.

—Vega.

Levanta la cabeza. Pablo está ahí. Mochila al hombro, camisa arremangada a la altura legal del codo, barba arreglada sin pretensión. Tiene una sonrisa tranquila que no exige nada. Es una sonrisa que, por una vez, no pide aplauso; ofrece compañía.

—Pablo —dice y le sonríe.

—Ya está todo preparado en tiempo récord. Ya tenemos preparada la casa. Jonás nos ha dejado las llaves en un cajetín.

Se le encoge algo en el pecho. Gratitud. Desconcierto. Necesidad. Todo junto.

No quiere que se le note, pero sabe que Pablo huele la tristeza y decepción. Aun así, no pregunta nada. Ella lo agradece.

—Gracias —le sale de verdad.

—Me gusta estar contigo, Vega. —No es una declaración: es una verdad mansa—. No hace falta más.

Se sientan un momento antes del embarque. Él habla de Noruega como quien te presenta a un amigo.

Vega se escucha y se parece a una versión de sí misma que juega a ser alguien que viaja por trabajo y no por huir con método.

—¡A por el salmón! —bromea, Vega intentando cambiar su estado emocional.

Él se ríe. Esa risa la calma. Vega mira su mano descansando sobre la rodilla. No siente mariposas ni fuegos artificiales. Siente una manta doblada. Y ahora mismo una manta doblada le parece un invento brillante.

El altavoz anuncia que embarcan. Se ponen en pie. La fila serpentea hacia el finger. Vega huele queroseno, plástico nuevo, colonias variadas, ansiedades. Pablo le cede el paso como si de verdad creyera que ella sabe a dónde va.

—Hoy, si quieres, no hablamos —dice, ya casi en la puerta—. O hablamos solo de cosas tontas. Tú mandas.

—Bueno… —No sabe qué decir.

—He traído chicles y una lista de temas absurdos —sonríe él—: rankings de panes, peores traducciones de menú, por qué los perros no deberían llevar gafas de sol.

—Los perros con gafas de sol son creaciones demoniacas —le da la razón con solemnidad.

Él asiente, serio, como si firmaran un tratado internacional.

Se sientan juntos, dos asientos de pasillo enfrentados con ese hueco estrecho que obliga a negociar codos.

El avión vibra como un animal que despierta.

El avión rueda. Ella se agarra al reposabrazos, no por miedo a volar, sino por miedo a quedarse clavada en un sitio que ya no reconoce. Despegan. Siente esa caída de estómago que se parece mucho a cuando entiendes, de golpe, que algo no era lo que creías. La ciudad se hace maqueta. Su casa, con el cuadro torcido, se vuelve una casita de juguete en la que no habitan personas sino versiones.

Pablo la mira de reojo. No pregunta. Le pasa, sin avisar, un papelito con un título: "Temas absurdos para hablar durante el vuelo si te apetece". Vega lee:

"1) ¿Cuál es tu pan favorito?

2) Ranking de abrigos: ¿edredón humano o capas cual cebolla?

3) Películas de perros que hablan (pros y contras).

4) Palabra española que debería exportarse ya.

5) El gato de Schrödinger aplicado al táper de tuppers perdidos."

No puede evitar sonreír. Marca el número 1 con el bolígrafo que Pablo saca del bolsillo de la mochila.

Hablan de pan. Y de abrigos.

Cierra los ojos un segundo. En la oscuridad del párpado, la frase aparece menos brillante. Menos cuchillo. Sigue doliendo, claro. El olor a café recalentado, el chicle de menta y la voz de Pablo diciendo "me gusta estar contigo, no hace falta más" hacen que el ruido baje.

Abre los ojos. El ala del avión corta una nube como si alguien pasara un cuchillo por nata montada. El mundo ahí abajo sigue: habrá panaderías abiertas, niñas con bolis con luz, vecinos con batas de flores, hombres que huyen a islas con dos caras. Habrá también gente que llega a tiempo.

Coge el cuaderno. Escribe una línea más, chiquita, casi como un secreto:

"Estoy aquí. Aunque sea lejos. Aunque duela."

Pablo observa el gesto de escribir y no pregunta qué. Se reclina un poco, cierra los ojos, como quien sabe esperar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Martín

No hay nada más ruidoso que una oficina cuando alguien lleva un terremoto por dentro. El ruido de la grapadora se vuelve disparo, la impresora tose como si estuviera pagando pecados y las teclas de todos son una lluvia de granizo. Cierra un plano y, sin querer, abre Instagram. Mala praxis. Ahí está: Chris, "Embarque → Ibiza", acompañado de una sandía con gafas. Humor barato de sticker para camuflar lo que de verdad duele.

No sabe por qué, pero amplía el video. A la gente la delata la arquitectura más que las palabras. En el reel aparece un plano de segundos: fachada blanca cal de líneas limpias, voladizo igualado con el canto del forjado, barandilla de vidrio con herrajes vistos, escalera exterior con peldañeado volado. Si no fuera por el toldo con logotipo mínimo y el mosaico hidráulico del vestíbulo que asoma un instante, no diría nada. Pero el mosaico es un trencadís geométrico con una rosa de cuatro piezas muy particular. Ya lo ha visto. Hotel pequeño, cala al noreste, reforma de 2018, recuerda el artículo en una revista de proyectos.

Le llama. Buzón. Le escribe: "Tío, dime algo." Doble check gris. Le arde el pecho. Se ve a sí mismo, hace mil años, diciéndole a su madre que iba a hacer un recado y volviendo con un amigo descompuesto. Hay cosas que no cambian. O cambian de isla.

Coge la americana, apaga el monitor, dice "reunión fuera" y nadie pregunta. Enciende el coche con precisión de quien arranca un avión de caza. Vueling 16:10. Hay urgencia.

En el avión, una señora le cuenta sin que pregunte que su hijo va a hacer paddle surf y que las algas últimamente son un problema existencial. Asiente como quienes asienten a planos imposibles: sí, señora, hay algas que son conceptos. Aterrizan. El aire de Ibiza tiene un olor que siempre le descoloca: mar limpio y viejo bronceador. Coge un taxi, dice el nombre del hotel. El taxista asiente. "Muy tranquilo." Perfecto. Chris no ha venido a los focos. Chris ha venido a esconderse donde no hay nadie para aplaudirle.

El hotel es el que recordaba: blanco limpio, proporciones bien resueltas, una humildad cara. Entra. En recepción, una chica con un moño perfecto y uñas cortas que dicen "esto no es un beach club, esto es un sitio con normas".

—Buenas. Busco a un amigo —dice, enseñando una sonrisa neutra—. Chris Philler. Tiene una reserva.

—Un segundo —teclea ella—. Sí, habitación 204.

—Soy familia —miente con cariño—. ¿Puedo subir?

Ella le mide con ojo de radar humano. Él asiente con los hombros, que es como asienten los hombres desesperados. Le deja pasar.

Sube. Pasillo de microcemento, puertas de madera natural sin barniz, iluminación cálida justa. La 204 está entornada, como si alguien la hubiera empujado sin métrica. Toca. Nada. Empuja.

Chris está en el suelo, la espalda contra el pie de la cama, camiseta gris de algodón, pelo a medio peinar con la mano, la misma cara que llevaba cuando suspendieron Física. A su lado, una mochila con arena en el bolsillo pequeño. En la mesilla, una botella de agua, un vaso, un recibo arrugado de un bocadillo con queso que no ha terminado. No hay música. No hay fiesta. Hay silencio con vasos.

—Tío.

La apatía le hace no reaccionar con mucha sorpresa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Arquitectura —responde él—. Y estupidez. La tuya con los reels.

Chris se ríe sin dientes.

Él se sienta a su lado. Se miran sin mirarse, como cuando dos miran una pantalla apagada por no mirar lo otro.

—¿Todo bien? —pregunta Chris, sabiendo la respuesta.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. —Silencio—. ¿Vienes a regañar?

—Vengo a sacar. Y a que me saques —dice—. ¿Has estado en la playa?

—Sí. —Chris se mira las manos—. Calas pequeñas. Agua limpia. Hice lo que hago cuando me jodo: me senté. No quería música, no quería luces. Solo quería no oírme.

Asiente. A veces el mar sirve para eso: para competir con tu cabeza y ganarle por decibelios.

Chris se adelanta.

—Vega me dijo que no se iba. —La frase cae como una piedra que ya conoce el fondo—. Me lo dijo. Me lo creí. Y… Era mentira.

Ahí es cuando él nota el tirón del pasado. Recuerdo con foto nítida. Con dieciséis años, ellos dos se liaron borrachos en una fiesta. Chris dijo después que no se acordaba; ella pensó que era mentira. Luego unas cartas escritas a lápiz, con esa letra adolescente donde su hermana decía lo que no se atrevía a decir. Se lo contó a Chris, que juntó valor y, cuando fue a besar por fin, la vio liándose con otro. Dos líneas que se cruzaron en momentos torpes. Prometer una cosa y hacer otra.

—Lo sé —respira—. Y sé otra cosa: que anoche iba a quedarse. No me pidas el teorema, no lo tengo. La conozco. Me lo dijo. Tenía el gesto de alguien que, por fin, llega a casa. Y luego leyó algo que no debía —se muerde—, y se fue. No vengo a salvarte de la culpa ni a colgarte una medalla. Vengo a sentarme aquí y decirte que no eres el único roto en esta habitación.

—La cagué, sí —dice Chris, con esa sinceridad que pesa—. "Eres una más." ¿Puedes creer? Me oí escribirlo. Y aún así lo envié. Pensé —cierra los ojos— que si le clavaba antes la espina, me dolería menos cuando se fuera. Vi RR. HH., Noruega, el vuelo, el "me alegra que vengas", y me sentí… sobrado. Como si lo de anoche hubiera sido una exposición temporal y hoy desmontaran la muestra.

Él no dice "imbécil". Chris ya lo lleva tatuado en la lengua.

—Has sido cruel, sí —dice—. Y también has sido un hombre con miedo. Las dos cosas pueden ser verdad. No te voy a absolver con una cerveza, pero te voy a acompañar a por ella.

Chris se levanta despacio, como si el cuerpo se hubiera llenado de libros. Se enjuaga la cara. Le mira en el espejo de la habitación con la honestidad de quien no busca aprobaciones.

—Antes —dice—, dime qué vas a hacer tú. Lo noto en tus hombros. Tienes algo que decir y te lo estás tragando por educación de pasillo.

Traga. Sí.

—Voy a dejar a María ya. —Dicho así, con la sencillez cruel de la verdad—. La semana que viene. Cuando vuelva Vega, quiero que esté. Y tú, si puedes. Antonella va a necesitar un ejército de gente que sepa ponerle nombre a los miedos y tortitas en la mesa. No quiero que mi hija crezca en una casa con habitaciones cerradas. Me he enamorado de otra persona, Chris.

Chris le mira con esa mezcla de respeto y dolor que tienen los amigos.

—No estarás solo cuando lo digas —responde—. No es valiente estar solo, es autocastigo a veces. Voy. Me quedo con Anto abajo, o subo, o hago lo que haga falta. Y —traga— estaré si Vega quiere que esté. Si no quiere, estaré esperando sin meter ruido.

Él asiente. La gratitud es una losa que, cuando te la colocan bien, no pesa: te alinea.

Bajan al puerto. Encuentran un bar con sillas de plástico que han visto cosas, un camarero con coleta que los llama "jefes" porque no quiere saber nombres. Piden dos birras, piden algo con sal. Mantienen una liturgia: no hablar de lo importante los primeros tres sorbos.

—Estamos todos… —empieza él.

—…hechos una mierda —termina Chris.

Brindan con esa frase. Suena hueca y, sin embargo, hace algo: ajusta la cota cero. Desde ahí se mide.

—Te voy a pedir una cosa —dice—. No le escribas hoy. No le expliques nada. Deja que llegue. Deja que respire.

Hablan de nada. Un ratito. Del mosaico hidráulico del hotel, de si las camisetas grises envejecen dignas o acaban todas del mismo color de basurero. Chris se ríe una vez, después dos. No es felicidad. Es oxígeno.

—Me mata —dice de pronto, sin aviso— pensar en estar con Vega la semana que viene cuando la mires tú a los ojos y le digas a María lo que le vas a decir. No por ella. Por mí. Porque no sé si podré sostenerle la mirada sin romperme.

—Entonces no la sostengas —responde él—. Sosténle el abrigo. O el vaso de agua. O a Anto. Sostener no siempre es mirar. A veces es hacer. —Lo mira—. Ya no somos de dieciséis. A los dieciséis se arreglaba todo con besos o con desapariciones. Ahora va de presencias. De estar de pie cuando todos se sientan.

Acaban las birras. Piden otras dos. El camarero les deja una tapa incomprensible que sabe a infancia con sal. Son patatas con algo.

—Hazme una lista, Martín —pide—. Ya sabes que yo funciono con listas si las hace otro.

—Vale. Lista de supervivencia hasta la semana que viene:

Uno, comer y dormir (parece tonto, no lo es).

Dos, no tomar decisiones gordas después de las diez de la noche.

Tres, si te entra la huida, me llamas. Antes de comprar billetes.

Cuatro, cero explicaciones a Vega por WhatsApp. Cero.

Cinco, empezar a pedir perdón en tu cabeza, sin "peros".

Seis, estar disponible para Anto.

Siete, respirar.

Vuelven caminando al hotel con esa sobriedad rara de los que han bebido solo lo justo para que el cuerpo se acuerde de estar en su sitio. Martín recoge la mochila. Él coge otro vuelo de vuelta a primera hora. Las despedidas no son épicas: mañana hay que volver al lugar donde se rompe todo.

Chris le mira, despeinado y agradecido. No hablan. Se dan un abrazo. Hombre con hombre, desastre con desastre. Se separan.

Martín, en el taxi, de camino al aeropuerto, mira el móvil. Un audio de Vega de dieciséis segundos. Respira antes de darle al play. Su voz llega cansada, pero entera.

—Llegué bien —dice—. Hace frío, pero el abrigo edredón funciona. Mañana te llamo. Un beso.

En el avión de vuelta, Chris se queda dormido con esa media boca abierta que es casi un gesto de niño. Cuando aterriza, el móvil vibra con un mensaje de María: "¿Cenamos mañana con Anto? Tengo ganas de verte." Le arde la cara. Responde: "Sí. Los tres."

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Martín

Vega y Chris se llevan a Antonella al parque. Los ve desde la ventana como si mirara a través de un vidrio templado: todo se mueve un poco más despacio. Anto agita los patines con esa manera suya de llamar a la velocidad por su nombre; Vega le coloca el gorro como si coronara un pastel; Chris hace una reverencia tonta que consigue una risa aún más tonta. La puerta se cierra, y la casa vuelve a su sonido habitual: el tic-tac del reloj de la cocina.

Martín se queda en el salón de pie, con la mano sobre el respaldo de la silla, como si necesitara tocar madera antes de decir lo que tiene que decir. María aparece desde la cocina con dos vasos de agua. Los deja en la mesa baja y se sienta. Está guapa sin esfuerzo, con un jersey blanco y el pelo recogido con esa pinza que él siempre encuentra entre los cojines. Su manera de estar ordena la estancia: coloca un cojín, alinea el mando, endereza una revista. Arquitectura doméstica. Le mira con esa mezcla de curiosidad tranquila y autoridad suya de siempre.

—¿Qué querías hablar? —pregunta, sin cortinas. No sospecha nada; o no quiere sospechar. Es la voz de una mujer que espera la logística de la próxima semana, no un terremoto.

Él se sienta frente a ella. Siente el cuero frío en las piernas, el vaso húmedo en la palma. Traga saliva. Ha ensayado esta frase mil veces y ninguna le ha servido de nada. Empieza por donde debe: por el borde.

—Necesitaba que estuviéramos solos.

María asiente con una leve sonrisa administrativa, como cuando un cliente se sienta y le pide diez minutos de su vida.

—Estamos solos —dice.

Martín asiente, inspira y salta.

—Estoy enamorado de otra persona.

El salón se queda sin aire. Las velas, de repente, le resultan una broma pesada. María no se mueve. Le cambia la piel de la cara, como si un flash le hubiera capturado el gesto y no supiera aún qué expresión poner. Él la ve quedarse helada en tiempo real: abrir un poco los labios, parpadear exacto, agarrar el vaso con dos dedos sin beber. No dice "¿qué?" ni "no puede ser". Dice, después de un silencio que podría ser un pasillo entero:

—No lo veo venir —susurra—. No… lo veía venir.

Su voz no hiere; hiere el hueco que la rodea. A Martín se le encienden todas las alarmas del cuerpo, como en una obra cuando nota el peso mal colocado. No hay marcha atrás.

—No te he querido preparar para esto —responde—. No quería ponerte pistas ni hacerte caminar hacia aquí conmigo. Quería estar seguro. Y ahora lo estoy. Y por eso te lo digo.

María traga, baja la mirada a su regazo, la sube otra vez a él. Cuando habla, su tono ya ha pasado del shock a la medida.

—¿Me has puesto los cuernos? —pregunta, directa.

—No —responde sin dudar—. No ha pasado nada. Ni un beso. Ni una promesa. Ni un mensaje que no soportara la luz. Nada. No te he engañado. No te he faltado al respeto en ese sentido. He intentado alejarme, y no he podido.

María asiente una sola vez, mínimamente, como si apuntara un dato en la cabeza. No le suelta. Se aferra a la línea de preguntas que le permite asimilar.

—¿Quién es?

Martín traga. Hay nombres que, si se pronuncian antes de tiempo, hacen ruido. Pero esconderlo sería otra clase de mentira, una que no quiere. Lo dice con cuidado.

—Se llama África.

El nombre cae sin estrépito, pero cae. María pestañea; no es un nombre que le suene ajeno. Sabe que existe. No sabe que existe así.

—¿Del trabajo? —pregunta.

—Hemos coincidido en reuniones. Hemos tomado cafés en la máquina fea del segundo. Hemos hablado de nuestras vidas como se habla en pasillos: a ratos, con cortes, con prisas. Tiene una niña pequeña. Hablamos mucho de niñas. De horarios, de cenas, de cosas absurdas que nos salvan el día. Me hace reír cuando no quiero reír. Y… —respira— y me he dado cuenta de que pienso en ella cuando no está con ella. Que la llevo a todas partes sin que esté. Que se ha colado como una luz por un sitio que no sabía que estaba abierto.

El cuerpo de María hace un gesto mínimo, un microtemblor que cualquiera no vería. Martín lo ve: lleva años viviendo su lenguaje. Ella le mira con dolor y con pudor. Y pregunta de golpe, como si necesitara arrancarse una espina ya:

—¿Ella lo sabe?

—No —dice—. No de verdad. Sabe que me caigo hacia algún sitio. Sabe que hay algo aquí —se toca el esternón— que se ha movido. Pero no le he dicho "estoy enamorado de ti". No le he pedido nada. No hemos hablado de futuro. No hay un plan. Puede que no quiera nada conmigo. Puede que nunca quiera nada conmigo. Lo que sí sé es que yo no puedo quedarme aquí contigo… así, sabiendo esto. No puedo ser tu marido si estoy enamorado de otra, aunque no tenga nada seguro al otro lado. No puedo mirarte y jugar a que soy el mismo.

María mira por encima del hombro de Martín, no ve nada; vuelve a él. Se pasa el pulgar por el borde del vaso, como si midiera una distancia con el dedo. Cuando habla, le tiembla un poco la voz:

—¿Entonces… lo nuestro? ¿Estos meses? ¿Los desayunos, los mensajes de "¿llego a por Anto o llegas tú?"…? ¿Era mentira?

—No —responde, y se le rompe algo por dentro al pronunciar la "o"—. No era mentira. Te quiero. Te he querido todo este tiempo. Me gustas como mujer, me gusta cómo piensas, cómo colocas, cómo resolvemos. Me he estado peleando contra esto con todas las herramientas que tenía: he cambiado horarios, he rechazado cafés, he evitado caminos. He vuelto a casa en cuanto podía, he cocinado con entusiasmo impostado, he forzado mi cabeza a quedarse en el plano que teníamos. Pero al final… —se queda corto— era inevitable. Y decírtelo así, de frente, sin adornos, le parece menos cruel que dejar que se les pudra lo suyo por dentro.

María cierra los ojos un segundo. No llora aún. Parece organizar estantes en su cabeza. Abre los ojos. Se inclina un poco hacia él.

—Dime que no me estás dejando por una promesa —pide—. Dime que no te vas porque alguien te ha dicho "ven" y tú corres.

—No hay promesa —responde—. No hay "ven". Hay cafés y silencios. Hay una conexión que no sabe explicarle sin sonar adolescente.

Hay una evidencia interna que no ha logrado desmontar con argumentos. Y hay una verdad que le debe. Lo va a intentar con África si un día tiene sentido intentarlo. O puede que no pase nada. Puede quedarse solo. Puede equivocarse. Pero no puede seguir con ella con esto así.

Ahora sí la ve encogerse. Como si el jersey le pesara de golpe. Ella se pasa la mano por la frente y la deja ahí, como un toldo. Martín la retira con la mirada, no con la mano: no sabe si tocarla sería egoísmo o consuelo; decide no confundir.

—No lo vi venir —repite María, más bajo—. Soy arquitecta, Martín. Vivo de intuir grietas detrás del gotelé. Y no lo vi venir.

—Yo tampoco hasta que fue demasiado —dice—. A veces los edificios se caen por dentro y por fuera parecen todavía de revista.

María suelta una risa mínima, injusta, casi sin sonido, que es más una exhalación.

—Qué rabia que tus metáforas me sirvan —dice—. Qué rabia que entienda lo que dices y, aun así, me duela como si me hubieras empujado por la escalera.

Entonces se hace el silencio, ese que no está vacío sino lleno de cosas. Y a Martín le llega un flash sin permiso: un domingo de enero, Anto con fiebre apoyada en él como un gato cansado; María en pijama, cantando bajito algo de Chavela mientras revuelve el chocolate; él sacando el pan del horno y gritando desde la cocina "¡listo!", y las dos respondiendo a la vez. El olor a café, a cacao, a fin de semana. La luz de las diez por la ventana. Y piensa con un pinchazo nítido: eso ya no será así. Habrá otros domingos, otros planes, otras canciones, pero ese cuadro exacto ha pasado a ser arqueología. Se le llenan los ojos de agua antes de que se dé cuenta. Hace un gesto torpe con la mano.

—Perdón —le sale—. No por decirte la verdad. Por todo lo que se queda sin sitio.

María le mira y entonces sí llora. No a gritos. No con teatro. Se le llenan los ojos, le tiembla la barbilla, cae una lágrima que limpia un camino en la mejilla. Martín la ve y se rompe de verdad. Llora también. Dos adultos llorando en un salón con velas encendidas a plena tarde. No se tocan. No se piden perdón. Solo lloran un rato, con ese pudor extraño de llorar bien delante de quien también llora.

Cuando afloja, ella se limpia con la muñeca y respira hondo. Suelta el aire lento. Se recompone lo justo para hablar.

—Tenemos suerte —dice, y la frase le sorprende—. No porque te vayas, sino porque no nos va a faltar nada. Tenemos patrimonio, tenemos pisos, tenemos familia que no nos va a cerrar la puerta. No tenemos que pelear por la nevera. Eso me da libertad para llorar sin calcular. Y la necesito. Tiempo. Lo voy a necesitar. No soy una estatua de sal.

—Te lo doy —dice él—. Todo el que haga falta. Voy a ser decente, María. Eso te lo prometo. Eso te lo mereces.

Ella asiente. Le mira con menos hielo. Le mira con algo parecido a un respeto cansado.

—Todo por nuestra hija —dice entonces—. No como bandera. Como método. A partir de ahora, todo pasa por ahí. Si tenemos dudas, pensamos qué es mejor para Antonella. Si nos entra el orgullo, lo masticamos. No hay trincheras. No hay susurros. No hay "tu padre" o "tu madre" dicho con veneno. ¿Puedes?

—Puedo —responde Martín.

María mira hacia la ventana, luego al pasillo, como si buscara medir la nueva planta de la casa. Vuelve a él.

—No quiero que te vayas corriendo —dice—. Hoy no. Mañana tampoco. Te quedas unas semanas en la habitación pequeña. Desayunas aquí. Llevas a Anto al cole. El movimiento no va a ser un golpe. Va a ser una mudanza decente.

—Me quedo —responde, con gratitud y con una punzada en el estómago.

—Y quiero una cosa —añade—. No quiero saber de África. Ni verla, ni oírla. Ni su nombre en la encimera mientras cortamos tomate. No por celos baratos. Por salud.

—Está bien —dice—. No estará aquí.

Ella asiente. Se seca las mejillas con la yema de los dedos. Le mira otra vez, un poco más cerca.

—¿Cuándo se lo decimos a Anto?

María no duda. Mira hacia la ventana como si pudiera ver el parque desde allí.

—Ahora —responde—. Vamos al parque, la sentamos en un banco y se lo decimos juntos. Mejor que lo escuche de nosotros antes de que empiece a intuir cosas que no sabe nombrar.

Martín asiente. Siente el peso en el estómago, pero también cierto alivio: la espera no haría más que agrandar la sombra.

—Juntos —repite, y la palabra le sirve de andamio.

Se quedan callados un segundo más. Siente que han dibujado un plano nuevo y, aunque tiemblan los márgenes, al menos saben por dónde caminar.

—Una última cosa —dice María, y la voz se le ablanda—. ¿Fingías cuando estábamos juntos? Te lo he preguntado antes… pero necesito que me lo digas de otra manera.

Martín la mira a los ojos.

—No fingía —responde—. Te he querido de verdad y siempre formarás parte de mi vida. Me he reído contigo de verdad. He deseado contigo de verdad. He querido que esto no pasara de verdad. Pero pasó. Y seguir aquí como si no hubiera pasado sería hacerte daño a cámara lenta. Y no quiero.

Ella asiente con los ojos mojados. Se pone de pie despacio. Él también. Se acercan a la puerta, pero se quedan un segundo parados.

Martín inspira con profundidad y abraza a María con una cotidianidad dolorosa. Sabe que es una despedida. Un hasta siempre. Una etapa que comenzó hace muchos años con mucha ilusión y que acaba justo en ese preciso momento. Las lágrimas contenidas brotan sin control alguno. La tristeza de despedir a la mujer con la que ha compartido tantas risas, momentos tristes, tropiezos… No es más que un adiós que duele.

CAPÍTULO VEINTISIETE

El parque huele a césped recién cortado y a gusanitos con manos pequeñas. Hace ese sol tibio que no decide si animarte o pedirte que te quedes quieta. Antonella da vueltas con los patines como un satélite con coleta, y Chris va detrás, a medio metro, con las manos en posición de "te agarro si el planeta cambia de gravedad". Vega está en el banco. La bolsa con agua, tiritas y pañuelos a su lado parece una declaración de intenciones: hoy toca sostener.

Es la primera vez que lo ve desde aquella noche. Y desde el mensaje. "Eres una más." Una frase tan breve que cabe en una cerilla y, aun así, quema la casa. Vega sonríe a Anto y aprieta los dientes. Su cuerpo recuerda solo lo que quiere, y hoy no quiere recordar: no quiere su vaso de agua en la mesilla, ni su "estoy" rozándole la clavícula, ni la bergamota que ahora mismo juraría que le llega con el viento del columpio. Se dice, como quien necesita un uniforme mental: está aquí por Martín y por Antonella. Punto. Si él está respirando a cinco pasos, que respire.

—¡Mira, tía! —Antonella levanta un pie—. ¡Freno sin matarme!

—Ese es el objetivo secreto de la vida, astronauta —responde Vega—: frenar sin morirse.

Chris ríe por lo bajo. A Vega se le tensa el cuello por reflejo. Lo odia por reír así, por saber reír así, por que le guste que se ría así. Anto se tambalea, hace ese patinazo que parece coreografía y casi la tira. Él la sujeta del codo; ella se lo quita como un gato dignísimo.

—¿Sabes qué parecéis? —dice Anto, plantándose delante de ellos con sonrisa de alarma de incendios—. ¡Novios!

Vega se atraganta con su propia saliva. Chris arquea una ceja sin prisas.

—¿Ah, sí? —pregunta—. ¿En qué te basas, señorita inspectora?

—En que os miráis raro —responde la criatura como si leyera un informe—. Y porque él siempre quiere sentarse donde estás tú, y tú te haces la que no, pero sí. Y porque cuando él te habla te pones roja. Roji-íiiiiiiiisima.

—Será del sol —dice Vega, mirando un sol que hoy está a media jornada.

—Será de Noruega —añade Chris, atándole a Anto el cordón con un nudo perfecto.

Vega se gira despacio. No corre, no muerde: se gira como quien ha oído su nombre en una lista de embarque.

—Noruega da un rubor de fiordo tremendo —responde—. Te pones pimiento con solo pisar el aeropuerto.

—Ibiza, en cambio, ofrece ese tono "arena mojada" que favorece tanto —dice él sin levantar la vista.

El pinchazo le recorre limpia, eficazmente. Antonella los sigue con la mirada como si fueran su serie favorita.

—¿Te trajiste pulsera fluorescente? —pregunta Vega—. ¿O fuiste al retiro del silencio silencioso?

—Fui al retiro "que nadie me hable o me desmonto" —contesta Chris—. Muy exclusivo. No admitían perros con gafas de sol.

—Qué injusticia —suspira Vega.

Antonella bate palmas, acercándose.

—¡Juego! Yo pregunto. Vosotros respondéis. Sin pensar. ¡Listos!

—Depende —dice Vega—. Si preguntas cuántas veces he querido estrangular a tu tío, suspendo.

—Dispara —dice él.

—¿Pizza favorita? —pregunta Anto en serio de tribunal.

—Con corteza que cruje —responde Vega.

—Con piña —dice Chris.

—La piña para postre —protesta ella.

—La pizza sin piña es un chiste malo —responde él, automático.

Antonella ríe, encantada de que su guerra sea sobre la pizza.

—Superpoder —sigue.

—Parar el tiempo cinco minutos antes de meter la pata —dice Vega.

—Deshacer mensajes enviados —dice él.

El aire se cuaja entre ellos. Chris no la mira. No hace falta. Vega escucha la tecla "Deshacer del teclado imaginario" como si existiera en la vida real, como si apretarla borrara tinta del cuerpo. "Eres una más". Anto aplaude la idea como quien aplaude a un mago. El cuerpo de Vega se afloja, se relaja y eso le da un poco de rabia.

—Tercera: lo peor y lo mejor de cada uno. —ordena Anto.

Chris se aclara la voz.

—Lo peor de tu tía —dice— es que confunde la señal con el ruido. Lo mejor… —respira— es que cuando entra en un sitio, la tonalidad y los colores cambian a mejor.

—¡Qué chulo! —añade Antonela—. Como si lo pintara de arcoíris.

—Sí, algo así.

Vega se muerde la lengua. Hace como que arregla el calcetín inexistente del patín.

—Lo peor de Chris —replica— es que cuando tiene miedo dispara primero y pregunta luego. Lo mejor… —le sale sin pedir permiso— es que si decide sostener, sostiene de verdad. Casi ni suena. Pero sostiene.

Antonella hace un "oooooh" kilométrico, satisfecha de la poesía sin saber que es autopsia. Vega se recoloca la coleta. Chris mira a los columpios, a ninguna parte.

—Última de la ronda uno —dicta Anto—: ¿cuántas veces habéis pensado el uno en el otro hoy?

—Dos —miente mal Vega—. Cuando casi se mata atándote y esta mañana, sentada en el wc.

Chris pone los ojos en blanco y ella se ríe.

—Yo unas cuantas —dice él, y deja la frase ahí, como una piedra en mitad del camino. Sin bromas.

—¡Entonces sois novios! —Anto se tapa la boca fingiendo escándalo.

—O enemigos públicos —contesta Vega.

Antonella se aburre de auditarlos y se va al columpio. Los reclama.

—Empujadme los dos. Quiero volar.

La suben. Vega a la derecha, él a la izquierda. Empujan a turnos, como si un coreógrafo invisible ordenara su distancia. Cuando se cruzan, el brazo de él roza un segundo el de ella. Es un roce idiota y, aun así, le prende a Vega una chispa que le enfada precisamente por existir.

—Tres, dos, uno… ¡despegue! —canta Chris. Anto grita con risa. El parque aplaude de oído.

El móvil de Vega vibra. Mensaje de María: "Estamos llegando". Guarda sin decirlo. Chris la mira un milímetro. Asiente con los ojos.

—Ronda dos —anuncia Anto cuando baja—. Teoría. Tía, explica la teoría de las doce citas. Papá me dijo, pero lo dijo con voz de "no escuches".

Vega se aclara la garganta. Siente el foco. Siente la trampa.

—La teoría la inventó tu tío —dice, sin decorados—. Según él, para encontrar el amor hacen falta doce citas.

—Y luego llega el examen final —la corta Chris, neutro que no engaña—. Y si te llega en la cita que no es la doce, también cuenta. Es que ese apartado no lo dije.

—Si te llega, no lo estropeas con un mensaje —responde ella, igual de neutra.

Anto, divina, aplaude la teoría como si fuera una manualidad.

—¿Y qué pasa si te salta el examen antes de las doce? —pregunta Anto, jugando a científica.

—Te estudias —dice Vega—. Y si fallas, vas a septiembre. O a Noruega.

—Te quedas en tu sitio —dice Chris—. Y te callas si no vas a quedarte.

La mirada de Vega sale sola. No sube el volumen, no le da teatro.

—No te debo mi itinerario vital —responde—. Y menos si vas a hacer papiroflexia con él.

—Y yo no te debo que te cambies de país sin decírmelo —dice él, seco.

—No eras quien para decidir dónde me quedo o me voy —replica ella con resquemor por delante.

—Ya, claro —se ríe sin risa—. Pero sí era quien para… —se muerde la palabra y su rabia—. Da igual.

—No. Dilo —le reta Vega, bajito.

—Para que no me dijeras "me quedo" con la boca y "me voy" con el billete —lanza, por fin.

A Vega le truena algo por dentro. Apretaría los puños si no tuviera al universo de ocho años mirándola con ojos de limón.

—Y yo era quien para no recibir "eres una más" después de… —no pone sustantivo— después de eso.

—Lo sé —dice él.

Silencio. No explica, no se disculpa, no saca un conejito del sombrero. "Lo sé". A Vega le duele que lo sepa. Le alivia que lo sepa. Quiere gritarle. Quiere decirle que el cuerpo no entiende de geografía: que ella decidió esa mañana irse por ella, pero que esa noche… esa noche iba a quedarse. No lo dice. Se lo dirá de cara o no se lo dirá. Aquí no. No con Antonella a dos metros. No con su hermano ahora mismo sujetando un mundo.

—Vale —interviene Anto con el talento de la gente pequeña para salvar el fuego con chispas—. Nueva ronda: perdones. —Le guiña un ojo a Vega—. Si uno mete la pata, ¿cómo se pide perdón? Vale responder "helado" pero con una frase también.

—Se dice "la cagué" —contesta Vega—. No "perdona si te molestó". Se llama por su nombre.

—Se dice "no lo vuelvo a hacer" —añade Chris—. Y se dice de cara.

—Y helado —remata Anto.

—Y helado —admiten los dos.

—Otra —sigue—: "señal y ruido". ¿Qué es?

—Señal es lo que vale —dice Vega—. Ruido es lo que te inventas para no mirarlo.

—Señal: "me voy a Noruega. Hoy" —dice Chris.

—Señal: "eres una más" —responde ella.

—Ruido: todo lo demás —dice Anto, satisfecha de su jerga nueva—. Vale, ahora juego. Quiero que me enseñéis a frenar en

curva. Con estilo de película. Yo hago "uuuuuh" y vosotros vais al ritmo. ¿Sí?

La levantan del banco como si fuera una coreografía con nombre. Chris y Vega se cruzan una vez, dos, tres, sin tocarse y tocándose en gestos milimétricos: pasarle el gorro, apartarle un mechón, sostener el patín cuando la puntera resbala. En esos microsegundos, el cuerpo de ella le recuerda que quiere. Vega se recuerda que no toca. La vida entera, a veces, es esa pelea.

El móvil vibra de nuevo. María: "Estamos en la esquina". Vega le contesta con un pulgar invisible al bolsillo. Chris mira la calle de acceso. Hace un gesto mínimo. Lo ha entendido. Antonella, mientras tanto, ejecuta su frenada más digna hasta la fecha. Se para a diez centímetros de un árbol y lo abraza como si lo hubiera planeado.

—¡Soy la reina del freno con árbol! —declara.

—Reina absoluta —aplaude Vega.

—Dejad que entre un notario —dice Chris, solemne—. Freno con árbol: aprobado, con matrícula.

Antonella se deja caer en el banco con el dramatismo de una diva de ocho años y apoya la cabeza en el costado de Vega. A ella se le afloja algo que no sabía tenso.

—Tía —le susurra Anto—. ¿Tú te vas a quedar siempre?

Vega no es Dios. No es Magia. No es adivina. Es una mujer que hoy quiere decir "sí" aunque la vida haya aprendido a llevarle la contraria.

—Siempre —responde—. A mi manera. Pero siempre.

Chris las mira. Hay un dolor honesto en su cara que a Vega la desarma y la enfada a la vez. Él se aclara la voz. Carraspea sabiendo el trasfondo de sus palabras.

—Yo también —dice—. Con monopatín humano cuando haga falta.

—¡Monopatín humano ya! —grita Anto.

Él se agacha. Ella se monta. Él hace el vehículo con una facilidad que le arranca a Vega una sonrisa. La empuja por el camino de tierra y ella grita "¡turbo, turbo!" y él finge fallos de motor y ella se descubre guardando esa postal en un sitio de la cabeza donde no llegan las polillas.

Entonces Vega los ve: María y Martín entrando por la esquina. Se acercan con esa forma de caminar de quienes ya han dicho lo que no querían decir y ahora solo quieren hacerlo bien. María roza el brazo de Vega al pasar, "gracias" en el roce, y a Chris le toca el hombro, "gracias" en el hombro. Martín los mira a los dos con algo que no es juicio. Es confianza con cansancio.

—Nos la llevamos a por helado —dice, y su voz es andamio.

Antonella se tira del monopatín humano para abrazarlos como si fueran un peluche compartido.

—¡Helado, helado, helado! —canta.

—Helado —confirma María, con una sonrisa que tiene filo y abrigo.

Chris baja la vista. Vega le endereza la mochila a Anto.

—Guárdame al unicornio —le pide.

—Te lo devuelvo con magia —le promete.

Se van. Tres cuerpos y una infancia doblando la curva del seto. Vega y Chris los ven hacerse pequeños. El parque, de golpe, parece otro: más grande y más silenciado.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Se han ido. María y Martín se llevan a Antonella hablando de sabores como si pudiera elegirse la vida en tarrinas: pistacho, nube azul, "esa que parece chicle pero sabe a cielo". Quedan el banco, el gorro de unicornio en mitad como un animal tranquilo, Chris a un lado, Vega al otro, y un silencio que no es agujero; es una mesa donde por fin toca poner los platos en orden.

Vega coge el gorro y lo gira entre las manos para no mirarlo a él. Chris se frota la nuca, una vez, otra. El parque sigue con su programa: un carrito chirría, una madre negocia con un niño que quiere subirse a la valla, un perro huele el mundo con la seriedad de un inspector.

—No quiero discutir —empieza, con la voz que tiene, no la que le gustaría—. Tampoco a hacer como si nada.

—Bien —dice él—. Yo tampoco.

Se miran el segundo exacto que hace falta para que duela. Él baja la vista y, cuando la sube, ya no lleva chistes.

—No vengas como si hubieras vuelto —suelta, sin rodeos—. No has vuelto, Vega. Has venido a recoger. A poner etiquetas en cajas. A firmar papeles. A dejar llaves. Has hecho la mudanza en tu cabeza y yo no salgo en el inventario.

Vega se muerde la cara por dentro. Podría decir "no sabes nada", en lugar de eso, dice la verdad de hoy, que es áspera.

—He venido a recoger, sí. Y a mirar de frente. No podía hacerlo desde allí.

—Desde Noruega —dice él.

—Desde Noruega —repite ella.

Él se queda un momento con la boca entreabierta, como si se hubiera preparado una réplica y no le sirviera. Le tiembla un poco el

párpado. Vega no dice que está cansada, que le duele la piel de pensar en maletas.

—"Me hace mucha ilusión que hayas dicho que sí" —dice, citando a Pablo y con la mirada perdida—. "Alojamiento listo." —Aprieta los labios—. Lo leí en el correo.

A Vega le recorre una ola de hielo y una ola de fuego al mismo tiempo. Traga saliva.

—¿Sabes? —añade él sin hacer contacto con sus ojos—. Me jodió muchísimo que te fueras y me jode que me jodiera.

Ella le mira a la cara. Por fin. Su voz sale más limpia de lo que se siente.

—Yo también tengo resquemor —dice—. Y tristeza. Y ganas de darte con el móvil en la frente para ver si te entra algo mejor que el mensaje. Y… —se traga el resto—. Y ya.

—Lo del mensaje —dice de pronto Chris, con una torsión en la voz— fue cruel. No hay "pero". No hay excusa. Lo escribí y, en cuanto lo vi en la pantalla, quise deshacerlo con una tecla que no existe. Lo siento.

Vega se traga un trozo de rencor que le venía subiendo desde la mañana en que leyó "eres una más". No tiene ningún discurso brillante preparado para esto; lo esperó tanto que ahora, dicho así, la deja sin muebles.

—Me dolió —consigue decir—. No la frase, que también. Me dolió que me nombraras así después de… —para, porque no necesita decirlo—. Y sí, me fui. Pero me fui por mí. No para castigarte.

—Lo sé —dice él—. Y aun así… —se atraganta con su propio orgullo—, me dolió que dijeras "no me voy" y luego hubiera un embarque. Me dolió llegar tarde a lo que llevaba años llegando tarde. Siempre llego tarde.

Vega cierra los ojos un segundo. El viento le mueve un mechón. Se lo quita de la cara con un gesto que se conoce demasiado.

—Si vas a enumerar agravios, dame un papel y hacemos columnas —responde—. O nos saltamos el Excel y usamos la lengua. También válida.

Le saca una media sonrisa que no arregla nada, pero le cambia el color a la cara. Él se inclina un poco hacia el respaldo.

—La teoría —dice, bajando la voz como si entrara en iglesia—. Aquello que te solté como si fuera una broma. Las doce citas.

—Sí… —responde ella—. El reto, la lista…

—Me lo inventé, sí —admite—. Vi un reel idiota, cambié cuatro palabras, lo vendí como si viniera con sello de universidad. Pero —traga— cuando te lo dije, se me hizo un nudo en la garganta. Porque muy adentro sabía que yo quería ser una de esas doce. Aunque fuera la doce. Aunque fuera después de todas. Me daba miedo llegar tarde.

Él la mira como si tuviera que pedir permiso para seguir.

—Y luego no fui la doce —dice, medio riéndose con rabia—. Me salté la cola, me colé por el lateral, me presenté antes de tiempo.

—No la saboteaste —contesta Vega—. La quemaste tú solo con ese mensaje.

Se quedan quietos un rato. Se oye un "¡cuidado!" en el columpio, un "gracias" en otra parte, una bici que pasa cerca y hace ruido de resorte viejo. El mundo insiste, no sabe de capítulos.

—¿Y ahora? —pregunta él por fin.

Vega lo mira. Podría pedirle que le dé tiempo. Podría decirle que no sabe. Pero lo sabe. Y se debe a sí misma.

—No vuelvo —dice. Le sale tan claro que se sorprende—. Voy a hablar con Pablo. Voy a decirle la verdad. No vuelvo. Y no lo digo por épica, ni por un arranque. Lo digo porque, si me voy fingiendo que no te quiero, me voy a otra mentira.

Chris parpadea una vez, dos. Esas dos palabras han chochado entre los pliegues de su cerebro. Vuelve a parpadear, esperando aclarar el significado que no tiene ambigüedad.

—Has dicho algo —afirma y traga saliva. Al verbalizar los sentimientos le suben las pulsaciones.

—Sí, Chris. Desde hace muchos años. Me quise engañar y decir que era una amistad muy bonita, pero había momentos que me imaginaba cada vez que te veía besar a otra chica, por ejemplo.

Él no corre hacia ella. No aplaude. No hace teatro. Baja la cabeza un momento, como si alguien le hubiera quitado una mochila invisible, y

cuando la sube ya no tiene el ceño en guerra.

—Estoy enamorado de ti —dice.

Vega traga saliva. Le sorprende que no le tirite la voz cuando contesta.

—Yo también estoy enamorada de ti. Y me cuesta decirlo con ese mensaje aún en la piel. Pero si me saco el orgullo como un tajo, debajo está eso. Y sí: poco a poco. No quiero promesas que se conviertan en llaves inglesas. Quiero estar. Quiero quedarme.

A Chris se le salta un latido al escuchar las últimas palabras. Se ríen un poco de la palabra, como si la estrenaran. Quedarme. Qué rara le suena en su boca acostumbrada a "ya veremos".

—¿Sabes, Vega? Desde que llegué al pueblo y te vi con esa seguridad y aquel reto que me propusiste, te metiste en mi cabeza y jamás has podido salir.

Él se pasa la palma por la pierna, nervioso, como si limpiara migas que no existen.

—Hay otra cosa que tengo que decir —añade—. No es grande, pero es enorme. A los dieciséis… —sonríe inclinado hacia su propia adolescencia—. A los dieciséis yo era idiota. Me besaste o te besé o nos besamos borrachos, ya ni lo sé, y al día siguiente dije que no me acordaba. Luego lo recordé. Recordé la camiseta que llevabas, de una hebra de pelo que me hacía cosquillas en la boca, de ti olfateando el aire como si fueras a reírte, de mi corazón haciendo ruido de olla a presión. Me acuerdo. Pero ya fue tarde. Luego, cuando quise arriesgarme, ya estabas con otro. Y se me puso cara de persona que llega tarde.

El corazón de Vega hace un ruido que no es bonito, es verdad.

—Yo escribí cartas —responde, sin dramatismo—. Martín te lo dijo y yo me enfadé porque él te las mostró. Siempre hemos hecho eso: a destiempo.

—Pues basta —dice él—. Basta de relojes rotos.

—Poco a poco —contesta ella.

—Y reglas —propone—. No desaparecer. No huir a islas con el móvil en modo avión. Si me da miedo, te lo digo. Si te da miedo, me lo dices.

—Hecho —dice Vega.

—Hecho.

Se les cuela el pasado otra vez, pero esta vez no como trampa, sino como álbum.

—¿Te acuerdas del verano del instituto? —pregunta él—. Cuando nos quedábamos hasta tarde en el banco de tu portal y tú decías que el aire olía a melocotón porque la frutera dejaba las cajas abiertas.

—Y tú asegurabas que era gasolina porque te gustaba más cómo sonaba —se ríe ella—. Sí. Se acuerda de que él se hacía el duro y luego se daba la vuelta para ver si ella le miraba cuando no miraba.

—Y tú me mirabas —dice Chris—. Siempre me mirabas.

—Siempre has estado —responde Vega, con una sensación rara de alivio—. Incluso cuando yo decidí que lo mejor era no saberlo. Estabas en mis listas, en mis chistes, en las cosas que me salían sin pensar. Aunque no te nombrara, estabas ahí.

Se ríen. Primero poco. Luego un poco más. El cuerpo encuentra una postura donde ya no duele todo.

—Tengo que llamar a Pablo —dice Vega, y no le tiembla—. Quedar con él, mirarle a los ojos y decirle la verdad. No merezco menos yo; no merece menos él. Haré esa llamada hoy. Lo veré mañana si me da cita.

—Gracias por decírmelo así —responde Chris.

Se quedan un rato más en ese "estoy" que por primera vez no suena a promesa barata. Entonces Vega se da cuenta de que se ha acercado al borde del banco. Él también. No sabe quién se mueve primero. Cree que nadie. Solo pasa que sus hombros están a la distancia en la que el mundo se escucha mejor.

—No sé cómo se hace —admite ella—. No esta vez. No después de todo.

—Tampoco yo —dice él—. Pero podemos aprender en voz baja.

Él se pone en pie. Ella también. Quedan frente a frente, ridículos y solemnes. Se acercan medio paso, y chocan las narices. Se ríen. La risa les salva del vértigo. Segundo intento: él le toca la cara con las yemas de los dedos, como si comprobara que está. Ella hace lo mismo. Se acercan despacio. El beso dura lo justo para

saber que no era un espejismo. No sabe a película. No sabe a victoria. Sabe a empezar.

Se separan un centímetro, sin soltar la risa que les quedó.

—Torpe —dice Vega.

—Primer capítulo —responde él.

Se miran, y hay algo tan simple en ese intercambio que ella siente que por fin se ha nivelado el suelo.

—¿Nos vamos? —propone él—. Te acompaño hasta casa de Martín. Luego te dejo. O me quedo si hace falta. O lo que haga falta para Anto.

—Vamos —asiente ella.

Él le ofrece la mano. Vega no la coge de golpe. La mira un segundo y entonces la agarra. No aprieta demasiado se acarician con el pulgar. Caminan hacia la salida del parque con el gorro de unicornio en su brazo como si fuera un votante. El camino es corto, pero hoy le da para acordarse de todo lo que ya no quiere contar en diferido.

—¿Recuerdas la apuesta que hicimos al principio? —pregunta él.

—¿La de que si no funcionaba la teoría te pondrías un modelito extravagante?

—Exacto. Pues me he decidido a declararme por eso. Para no hacer el ridículo, no por que esté enamorado —bromea él.

Vega le pega un manotazo en el hombro.

—Ya lo sabía yo… Te has librado de hacer un gran ridículo.

Se ríen otra vez. Ya no es la risa oxidada de antes. Es una que se parece a la de antes de "eres una más", pero con costura nueva. Giran la esquina. La calle de Martín aparece con su fila de árboles que siempre parecen en posición de saludo.

—Mañana —dice ella—. Cuando haga la llamada, te aviso. Para que sepas.

—Gracias —responde él.

Llegan a la puerta del chalet. Vega respira. Puede sentir a Anto, como un colibrí que intenta dormir. Puede sentir a María con un nudo organizado en el pecho y a Martín dándole al agua como si así se le pasara el incendio. Ella le mira.

—Pasemos un segundo.

—Paso un segundo —dice él.

Cruzan el jardín. El reflejo de las cristaleras les devuelve a cuatro personas: ella, él, los que fueron. Se ríen de los nervios cuando la puerta hace un ruido de lata. Sale un perfume suave que ella no se reconoce. Le sube el calor a las mejillas, le baja al estómago. No dice nada. Él tampoco.

En el descansillo, antes de tocar, él la detiene con la mirada.

Vega toca. María abre. Tiene los ojos cansados y la sonrisa encendida. Martín aparece detrás con cara de "esto sigue en pie". Se hacen sitio en el pasillo como si el día hubiera sido una mudanza de emociones.

María asiente. Sabe que ellos saben. Que están ahí. La mirada de Vega dice "siento que estés pasando por esto". No hacen falta palabras. Se lanza a abrazar a Vega y brota una lágrima. Las dos se funden y Chris se une. Martín espera en el dintel de la puerta de la cocina y observa.

El dolor acaba de empezar. El dolor es inevitable. La vida es dolor.

Antonella asoma con el pijama de rayas y abraza las piernas de su tía. "He llorado un poco", dice, como si confesara una travesura. Vega le dice que ella también. Chris le hace el gesto de "monopatín humano" y la niña dice "mañana", con autoridad. Martín aprieta el hombro de su hermana.

Se quedan unos minutos. No muchos. Lo justo para que se asiente la tierra. Cuando salen otra vez, Chris la mira como si quisiera decir algo y no supiera cuál. Ella le ahorra el esfuerzo.

Se acaban de dar cuenta de que ahora son uno.

Epílogo

Vega amanece con la cabeza en su pecho. Cuando se desvela a media noche, y hoy ha sido una de esas, lo único que le hace reconciliar el sueño es él: su cuerpo, sus latidos. La calma, la reconforta.

Él tiene la piel caliente, ese calor que no quema, solo avisa: hoy también están vivos. Ella pasa la yema por la curva del esternón y él hace ese sonido que no es palabra pero la entiende. Se entienden.

No hay coreografía. Hay esa compenetración tranquila de quien ya conoce dónde empieza el borde del otro. Ella se acerca, él la recoge. Él se inclina, ella le sale al encuentro. Se dan los buenos días en un idioma que no necesita diccionario, con la torpeza suficiente como para reírse cuando chocan las narices. Él se aparta un milímetro para verle la cara. Ella pone cara de "sí, otra vez".

Cuando el cuerpo decide que ya ha dicho lo que tenía que decir, se quedan pegados lo justo. Ella le besa esa marca mínima que él tiene bajo la clavícula. Él le aparta un mechón con una delicadeza sutil.

—Feliz cumpleaños —susurra él, y a ella le rozan los labios su aliento y una sonrisa—.

—No hay mejor regalo que empezar el día así —contesta ella, y por primera vez no siente que esté ensayando una frase para una taza. Es verdad. Es simple. Es de ellos.

Se quedan callados, pero no hay silencio incómodo. Ella se acomoda en su costado, dibuja con el dedo un ocho perezoso, el infinito de los que no quieren levantarse aún.

—Hoy el principio del plan era de paseo, ¿no?—pregunta él, y le acaricia el pelo con la atención concentrada de quien riega una planta.

—Con parada para café de especialidad—responde ella.

—Hecho.

—Pero antes… —ella se incorpora y se le sienta a horcajadas con el descaro—, antes hay que comenzar mi cumpleaños de la mejor forma y todavía quedan acciones.

Se duchan sin prisas. En la cocina él pone a calentar la leche, ella saca dos tazas que no combinan: una con un mapa de Oslo (la mira y ya no duele) y otra con un unicornio que Antonella le ha regalado y que ella guarda por si un día necesita recordar que también sabe hacer el ridículo.

—El gorro de unicornio nos vigila —dice Chris, sirviendo como si estuviera inaugurando un ritual secreto.

—Que vigile —responde ella—. Y si nos desviamos, que relinche.

Se sientan a la mesa, uno frente al otro, con esa distancia mínima. Él le acerca una tostada; ella, la mermelada de fresa. La planta de la esquina —su potus rescatado— asoma una hoja nueva que ayer no estaba. Ella se inclina a mirarla.

—Está creciendo —comenta, orgullosa como si la hubiera parido.

—Sin hacer ruido —dice él—. Como nosotros.

—Como nosotros —repite ella, probándose la frase en la boca. Le queda.

Los planes del día aparecen como si fueran piezas de un puzle que encaja sin gritos: paseo largo, comer en casa de Martín, siesta, llamadas pendientes en el hueco de la tarde, pelis de sobremesa que nadie termina. Ella lo dice en voz alta y se emociona lo normal que suena.

—¿Sabes qué me gusta? —pregunta Chris, mirando su taza como si fuera una brújula.

—Sorpréndeme.

—Que ahora lo cotidiano no es sinónimo de aburrido. Es… encajar. —Levanta la vista—. Suena cursi. Me da igual.

—Encajar —repite ella, y lo dice como quien sopesa una llave —. Antes tenía miedo de que encajar fuera dejar de ser yo. Y no. Resulta que encajo mejor cuando no me esfuerzo.

—Encajar es amar —dice Chris poniendo la mano en el pecho.

—Te estás volviendo sabio, cuidado —se burla ella, y él le dedica esa media sonrisa que le caracteriza.

—He estado pensando en la "previsión de familia" —dice ella, y el cuchillo de untar se queda en el aire como un punto y coma.

Él no se precipita. La deja terminar.

—No lo pienso como plan —sigue ella—. No quiero hojas de ruta. Me gusta más… preparar el terreno. Tener una habitación que pueda ser muchas cosas.

Chris asiente despacio, como quien escucha una música que reconoce.

—A mí me gustaría —dice—. Me gusta imaginarte poniendo nombres a plantas y a personas pequeñas. Me gusta imaginarme poniéndome nervioso por primera vez en mucho tiempo por algo importante y no por tonterías.

—¿Y el miedo? —pregunta ella, porque aprendió a no esconderlo.

—Podría venir, porque seguro que lo hará —responde él—. Lo mandamos a pasear.

—Trato hecho —dice ella, y le da la mano como si firmaran un contrato sin letra pequeña.

—El potus es nuestro hijo piloto —bromea ella—. Si sobrevive a nuestros despistes, igual estamos listos para un ser que no sea capaz de hacer la fotosíntesis.

A ella le da una risa que la pilla tragando y termina tosiendo media migaja. Él le da palmadas teatrales en la espalda y se parten.

—¿Sabes qué más me apetece? —dice ella, limpiándose la comisura.

—Pide.

—Un paseo sin auriculares. Ir comentando los perros que pasan y las vidas inventadas de la gente.

—Y que volvamos por el camino largo —añade él—. Y que a mitad me digas que te duelen un poco las piernas y yo diga "descanso técnico" como si estuviéramos en una expedición.

Terminan el desayuno. Ella recoge los platos y él enjuaga, como si hubieran nacido sabiendo repartirse las coreografías

domésticas. El gorro de unicornio los mira desde su esquina plegada. Ella le hace un saludo militar.

—Capitán, hoy no salimos de misión —le anuncia.

—Hoy hay otra misión —la contradice Chris—. Nivel "cumpleaños".

Ella coge una chaqueta, él mete la cartera en el bolsillo, se miran en el espejo de la entrada un segundo: dos personas normales con cara de haber dormido bien y ojos que se reconocen. Antes de salir, ella toca la hoja nueva del potus.

—A la vuelta le ponemos nombre —propone Chris.

—Depende. Si ha sobrevivido a la semana, se lo gana. —Ella se pone seria—. Igual "Anto II" no, porque nos va a regañar.

—"Hija Test" —dice él, orgulloso de su chiste.

—Vale. Me sirve —le da ella un beso rápido.

Abren la puerta. Entra un aire que no es especial, pero le da en la cara como si la estuviera felicitando. Ella cierra detrás de los dos con ese clic limpio de las cosas que están en su sitio. Bajan las escaleras con paso de domingo. Y en el rellano, antes de salir del todo, a ella le sale una frase que ya no le da vergüenza decir.

—Estoy bien —le dice.

—Yo también —responde él.

La casa de Martín la recibe con su fila de árboles en posición de saludo, como si hubieran ensayado para hoy. A ella le hace gracia pensar que, cuando todo parecía que iba a romperse, él decide quedarse ahí. La puerta está abierta —señal de fiesta— y le llega el olor a pizza de verdad, a globo recién frotado y a esa mezcla imbatible de colonia infantil y suelo fregado de última hora.

—¡Cumpleañera! —aparece Martín con un paño al hombro, orgulloso de su propio caos.

—Traigo refuerzos —anuncia ella, levantando una botella sin etiqueta que parece vino. África asoma detrás de él, coleta alta, sonrisa de persona que no finge.

—Bienvenidos —dice con un abrazo de esos que desenredan—. Pasad antes de las pizzas se quemen.

Chris le roza la espalda con los dedos al pasar. Ella siente el gesto en la piel como si le acariciaran por dentro. En el salón,

Antonella ya ha plantado su base de operaciones: ha extendido una manta y ha ordenado los lápices por colores con la seriedad de un arquitecto. A su lado, un niño con camiseta de dinosaurios lleva una nave espacial de Lego para que no se estrelle.

—Nico, enseña a Vega tu nave triple —presenta África a su hijo, orgullosa y algo temerosa de la autodestrucción.

—Tiene modo sigiloso —le confía Nico—. Si cierras los ojos, hace que no me veas.

—Magia de nivel —dice ella, y cierra los ojos un segundo para que funcione. Cuando los abre, él se ha escondido detrás de Antonella, que le pasa la mano por la coronilla con una ternura natural, de hermana mayor que no aprendió en tutoriales.

—Tranquilo, copiloto —le dice Antonella.

A Vega le quita un nudo del pecho esa frase. Porque hubo una temporada en la que Anto parecía caminar todos los días por una cuerda floja invisible, ajustando su equilibrio a base de llantos cortos y preguntas largas. Ella la mira ahora: Antonella sostiene el mundo con una paciencia de adulta pequeña. Martín le atrapa la mirada desde la cocina, como si le hubiera leído el pensamiento, y le hace un gesto de "estamos bien". Ella se lo cree.

—¿Te ayudo? —le dice a Martín, entrando en el campo de batalla de la encimera.

—Sí: di "qué buena pinta tiene todo" con convicción —responde él, teatral.

—Qué buena pinta —repite ella, seria, y África le guiña como si acabaran de invocar a un santo.

Suena el timbre y el pasillo se llena de pasos y de voces superpuestas. Llega María a la que fue su casa. Debe sentir una mezcla de emociones al llegar al lugar donde creó tantos recuerdos y que ya no le pertence. Lleva el moño deshecho, pero le queda bien. A su lado, Dani. Lo conoció en Crossfit, trae una tarta con fresas que parece sacada de una revista con filtros. Detrás de ellos aparece Alba, hija de Dani, con una camiseta de sirenas y los ojos encendidos por el derecho de estrenar casa ajena.

—No he podido resistirme —dice María, levantando la tarta como si fuera un trofeo—. ¡Feliz!

Se abrazan con la naturalidad que solo consigue el paso del tiempo. Sus brazos no pesan. María le cuenta al oído, que está bien. Y Vega la cree porque lo ve: porque Dani coloca la tarta en la mesa y, sin que nadie se lo pida, busca a Antonella que corre para abrazar a su madre—.¿Puedo dejar la tarta aquí, jefa de protocolo? —pregunta.

El rencor no tiene cabida entre estas personas.

—Chicos necesitamos más refuerzos para la nave —dictamina Antonella, y se llevan a Alba y a Nico a su zona, donde los lápices son antenas, micrófonos y carreteras según convenga. A Vega se le afloja algo por dentro al ver cómo Alba y Anto se cogen la mano sin ceremonia, como si se hubieran conocido en otra vida y hoy solo estuvieran recordando.

—La vida puede cambiar en muy poco tiempo —le sale a Vega, en voz baja, sin aviso.

—Y a veces por fin cambia hacia donde tocaba —responde Chris, como si siguiera la cuerda de su pensamiento.

En la cocina, Martín narra su guerra con la comida como si fuera una crónica deportiva. África le seca una gota de sudor con el reverso de la mano y en ese gesto hay la intimidad de los que ya han recogido emociones y juguetes juntos. Ella piensa que ojalá todas las parejas pudieran hacer eso: sostener sin examen.

—¿Corto la pizza como triángulos o como diplomacia internacional? —pregunta Martín, cuchillo en alto.

—Diplomacia internacional —deciden al unísono, que viene a ser trozos generosos y de tamaño irregular que nadie cuestiona.

—¿Te conté que Anto le enseñó a Nico a perder al parchís? —dice Martín, hinchando el pecho de padre—. No sabía que se podía perder con esa alegría.

—Le dijo que perder es una forma de aprender a ganar sin pisar a nadie —añade África—. Y luego se comieron un yogur compartido.

Es bonito cuando los adultos suman en la vida de los niños sin darse importancia. Y más bonito aún cuando esos niños se tratan bien entre ellos sin rivalidades importadas.

La mesa larga del jardín aparece por arte de magia: manteles que no combinan, vasos que sí, servilletas que parecen sobrantes de fiestas antiguas y que hoy vuelven a tener sentido. Anotan puntos: pizza, ensalada, la tarta con fresas, una fuente de tortilla que mira con ojos de "ven". Chris se sienta al lado de Vega y le pone una servilleta en el regazo con una seriedad ridícula.

—Te estás volviendo señor de domingo —le dice.

—Solo cuando el domingo eres tú —responde, y África desde el otro lado hace un "ooooh" que le obliga a reírse de la cursilería compartida.

En algún momento, el portón del jardín se abre y aparece Lilián, sin Román, con un vestido azul y una dignidad tranquila. Viene con sus gemelas. El aire hace un pequeño silencio a su alrededor, como si la casa la reconociera. Me levanto a recibirla. Me abraza con contención, que es el abrazo de los que han llorado.

—Te debía un "feliz" — dice.

—Y yo a ti —responde Vega—. Pasa. Hoy la pizza es terapia aprobada por la OMS de este barrio.

Al sentarse en un rincón del jardín, Lilián mira alrededor: Anto, Nico y Alba están probando si una silla puede ser un castillo y sus hijas disfrutan de su compañía. María se ha agachado para decirles algo y se aparta un mechón de la cara con un gesto que Vega no veía desde que eran otras.

—Dejé a Román —suelta Lilián.

Vega asiente. Ya lo sabían, pero no de su boca, que era lo que faltaba.

—Me enteré de la brasileña —continúa Lilián—. Y de su nueva vida. Se olvidó de las gemelas una semana entera. —Hace un gesto con la mano—. Una semana es un siglo cuando tienes ocho años y tu padre es un holograma.

—Hiciste lo mejor —dice Vega, sin redoble—. Hay cosas que no hay que aguantar ni por deporte ni por miedo.

—Estaba podrido —añade Chris, con la precisión de una frase limpia.

Lilián suelta una risa pequeña que suena a cierre de cremallera.

—Gracias por no decirme "ya se le pasará" —murmura—. Estoy cansada de eso.

Vuelven a la mesa grande. Martín, erigido en maestro de ceremonias, decide que es momento de los parlamentos absurdos.

—Esta casa fue un rompecabezas —declama, colocando una porción de pizza en cada plato—. Ahora es un Lego con instrucciones claras: si una pieza duele, se cambia de sitio; si no encaja, se guarda para otra cosa.

—O se regala —aporta África, besándole el hombro .

—O se recicla —dice María, sonriendo con los ojos hacia Dani, que en ese instante consigue su primer cisne de servilleta y lo exhibe como si hubiera descubierto el fuego.

—O se convierte en un avión que no se estrella —grita Antonella desde el suelo.

Comen, hablan por encima, por debajo, alrededor. Las conversaciones se cruzan y no chocan: un milagro. Dani enseña a Anto a hacer un truco de equilibrio con cucharas; África pregunta a Lilián por el cole de las gemelas; María le guiña a Vega cuando Dani no la ve, pero no con complicidad clandestina, sino de feliz compartido.

—La vida puede cambiar en muy poco tiempo —repite Vega, ahora en voz alta, y la frase encuentra sitio en la mesa como un cubierto más.

—Y tú puedes cambiar con ella sin romperte —dice María, como si se hablara también a sí misma.

Salen las velas. Cantan a varias velocidades, como siempre. Ella pide un deseo tan simple que le da risa: más de esto. Más días con olor a platos lavados y a manteles arrugados; más noches con el portallaves torcido por fuera y recto por dentro.

—Discurso —pide Martín, levantando la copa de plástico.

—Pero corto. Gracias por estar a todos —dice—. Por hacer fácil lo que parecía difícil. Por tratar bien a los niños —mira a Dani y a África, a Lilián, a María—, que es la única prueba que importa. Por reíros de los cisnes fallidos y de mis chistes repetidos. —Se aclara la voz—. La vida cambió en nada, y a veces pensé que me iba a tragar el suelo. Pero mira. —Abre la mano hacia la mesa—. No nos tragó. Hizo sitio.

Aplauden con ese aplauso blandito de las fiestas que no quieren postureo. Chris le besa la sien con puntería de cirujano. Antonella aplaude dos veces y se va corriendo a discutir con las gemelas si las sirenas llevan zapatillas. Nico se cuelga de la silla de Martín y grita "¡soy un koala!" como si fuera una declaración de independencia.

—Me encanta esta versión de la ONU —susurra Lilián al lado de Vega.

La tarde prosigue. María y África amontonan platos en una coreografía.

Chris ya la mira con cara de "cuando quieras". Ella se sienta a su lado y apoya la cabeza en su hombro; oye su corazón con ritmo de "todo en su sitio". Anto se acerca y les sube un cuenco con dos bolas de helado que huelen a infancia internacional.

Vega se ríe. Chris le besa la mejilla. Martín levanta su taza de café.

Vega se guarda la escena en el bolsillo, junto a las llaves. Todo es lo mismo y no lo es; lo son todos, y ninguno. La vida cambió en un pestañeo, y esta vez, por fin, cambió a tiempo.

Vuelven a casa cuando la tarde ya ha hecho ese gesto de plegarse como una sábana. La planta del pasillo. Hija Test, así la bautiza Chris y así se queda, luce otra punta verde como una idea que insiste.

—¿Cansada? —pregunta él.

—Y contenta —añade ella, que no es lo mismo.

Vega se sonríe sola.

—¿Te acuerdas de la teoría de las doce citas? —pregunta Vega, porque hacía rato que pedía paso.

—La teoría famosa —dice él, con esa media sonrisa que inaugura comedia.

—Si no llega ser por cómo me querías estafar, esto no hubiera pasado.

—Los hilos rojos del destino —añade él.

—Pero al final, con esta teoría, aunque no sea aplicada correctamente, he encontrado el amor.

—Doce es un número mágico según los aztecas —dice él.

—Me encanta que te inventes cosas, Chris. —Lo besa con suavidad—. Porque de ahí siempre salen cosas buenas.

Ríen un rato más, con esa risa buena que no pide permiso. En algún momento, él se levanta a traer dos vasos de agua. Se fija en sus llaves colgadas: tintinean poco.

—¿Sabes? —dice Vega, ya en voz de confidencia pequeña—. En realidad no sé si mi vida cambió.

—¿Cómo dices?

—Digo que si la vida nos cambió o esta era nuestra vida. Que ya formábamos parte uno del otro y nos amábamos, pero no lo sabíamos.

En la habitación, las sábanas tienen memoria de la mañana. Ella se pone su camiseta, él apaga la luz con el codo. Se dan un beso rutinario; tienen un regusto a primera vez. Antes de quedarse dormida, suelta la última frase que le quedaba: a veces, lo que menos esperas es justo lo que más esperabas.

FIN

Nota de la autora

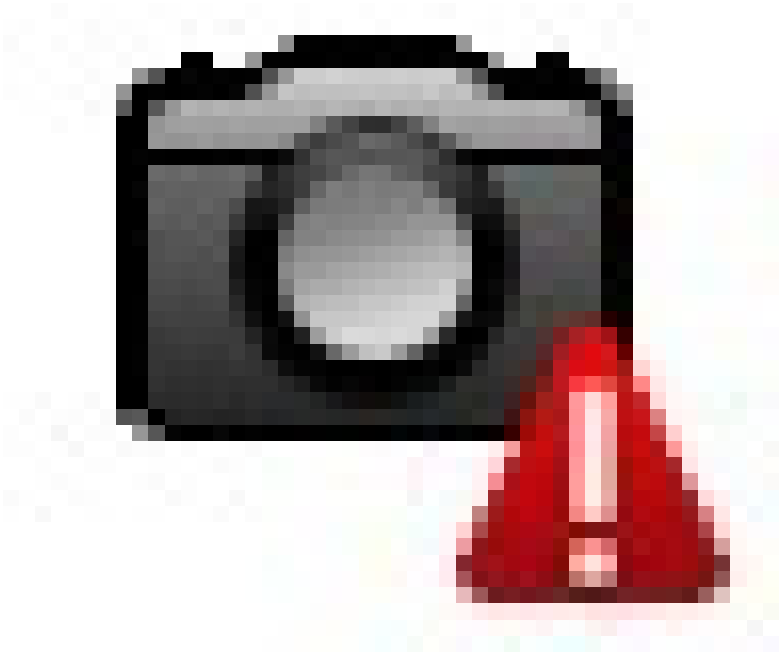
Querida lectora:

Muchas gracias por acompañar a Vega y a Chris en su camino.

Si te apetece, puedes valorarla en Amazon o mejor, si te ha gustado, recomendarla a una amiga.

Más novelas…

Serie Seduciendo…



Todas las de la serie Magazine…









